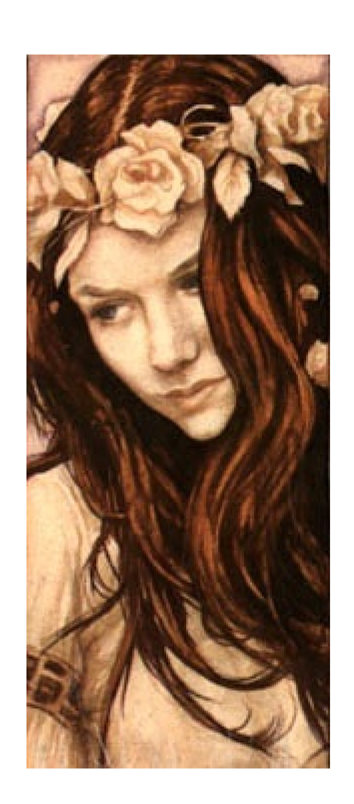

Donde todo es posible y nada es lo que parece...
A. C. H. Smith
Jim Henson
DENTRO DEL LABERINTO
TM
Traducción de
Noemí Risco Mateo

Una noche, Sarah, una adolescente de carácter fantasioso, se ve obligada a quedarse en casa cuidando de Toby, su hermano pequeño. Cuando sus padres se marchan a una fiesta, harta de oír llorar al niño, Sarah recita unos versos de su libro favorito, *Dentro del laberinto*, y ordena a los goblins que se lleven a su hermano. Al momento, unas extrañas criaturas aparecen y se esfuman con Toby. Poco después, un hombre misterioso y atractivo surge de la nada y se presenta como Jareth, el rey de los goblins, para a continuación sugerirle a Sarah que se olvide del niño. Arrepentida de lo que ha hecho, Sarah le pide que le devuelva al niño, pero el rey se niega. Entonces él le propone un trato:

«Tienes trece horas para atravesar el laberinto y encontrar a tu hermano. De lo contrario, se convertirá en uno de nosotros».

Y el tiempo apremia…

Una novela con tintes de *Alicia en el país de las maravillas* y *El mago de Oz*, por la que desfilan extrañas criaturas, bailes de máscaras y, por encima de todo, interminables laberintos.





A. C. H. Smith

Dentro del laberinto

ePub r1.2
nalasss 13.02.14

Título original: *Labyrinth*
A. C. H. Smith, 1986
Traducción: Noemí Risco Mateo

Editor digital: nalasss
ePub base r1.0



En alguna parte al borde de tu imaginación
hay un Laberinto
Se tuerce y gira como malvados pensamientos,
y nadie… ningún hombre, mujer o niño…
ha alcanzado nunca el centro.

Allí,
dentro de las paredes de la Ciudad de los Goblins,
está el castillo de Jareth,
el rey de los goblins.

Los Goblins son asquerosas criaturitas
cuyo mayor deleite es robar bebés
y convertirlos en goblins

Pero esto sólo puede ocurrir
si tú lo deseas.

Debes pronunciar las palabras adecuadas
para que el deseo se convierta en realidad.

«Deseo que los goblins vengan
y se te lleven ahora mismo» son las palabras correctas.

Cuando los Goblins las oigan,
Vendrán…

Y vinieron

Capítulo Uno

El Búho Blanco

Nadie vio al búho, blanco a la luz de la luna, negro contra las estrellas, nadie le oyó mientras se deslizaba sobre alas silenciosas como terciopelo. El búho lo vio y lo oyó todo.

Posado en un árbol, con las garras aferradas a una rama, y mirando a la chica del claro de abajo. El viento gemía, meciendo la rama, empujando las nubes por el cielo de la noche. Alzaba el pelo de la chica. El búho la observaba, con sus ojos redondos y oscuros.

La chica se apartó lentamente de los árboles hacia el centro del claro de hierba, donde brillaba una charca. Estaba concentrada. Cada paso deliberado que daba la acercaba más a su propósito. Sus manos estaban abiertas, y ligeramente extendidas ante ella. El viento suspiró de nuevo en los árboles. Sopló la capa firmemente contra la esbelta figura, y le alborotó el cabello alrededor de la cara de ojos ampliamente abiertos. Sus labios estaban ligeramente separados.

—Dame al niño —dijo Sarah, con voz baja pero firme, con el coraje que su empresa precisaba. Se detuvo, con las manos todavía extendidas—. Dame al niño —repitió—. A través de innombrables peligros e incontables dificultades, me he abierto paso hasta el castillo más allá de la Ciudad de los Goblins, para recuperar al niño que me has robado. —Se mordió el labio y continuó—. Porque mi voluntad es tan fuerte como la tuya… y mi reino tan grande…

Apretó los ojos con fuerza. Un trueno retumbó. El búho parpadeó, una vez.

—Mi voluntad es tan fuerte como la tuya —dijo Sarah, incluso más intensamente esta vez—. Y mi reino tan grande… —Frunció el ceño, y sus hombros cayeron.

—Oh, demonios —masculló. Buscando bajo la capa, sacó un libro. Su título era *Dentro del Laberinto*. Sujetando el libro ante ella, lo leyó en voz alta. A la luz mortecina, no era fácil divisar las palabras—. No tienes ningún poder sobre mí…

No siguió. Otro trueno, más cercano esta vez, la hizo saltar. También alarmó a un gran y peludo perro pastor, a quien no le había importado sentarse junto a la charca y ser amonestado por Sarah, pero que ahora decidió que ya era hora de volver a casa, y así lo expresó con varios ladridos agudos.

Sarah se cerró la capa alrededor. No le daba mucho calor, al no ser más que una vieja cortina, cortada y sujeta al cuello con un broche de fantasía. Ignoró a Merlín, el perro pastor, mientras se concentraba en aprender el discurso del libro.

—No tienes ningún poder sobre mí —susurró. Cerró los ojos de nuevo y repitió la frase varias veces.

El reloj del pequeño pabellón del parque repicó siete veces y penetró en la concentración de Sarah. Miró fijamente a Merlín.

—Oh, no —dijo—. No me lo puedo creer. Fueron siete, ¿verdad?

Merlín se levantó y se sacudió a sí mismo, sospechando que a continuación vendría algo de acción. Sarah se giró y corrió. Merlín la siguió. Las nubes de tormenta los salpicaron a ambos con grandes gotas de lluvia.

El búho lo había observado todo. Cuando Sarah y Merlín abandonaron el parque, todavía

estaba sentado en la rama, no tenía ninguna prisa por seguirlos. Éste era su momento del día. Sabía lo que deseaba. Un búho nace con respuestas a todas sus preguntas.

Durante todo el camino por la calle, que estaba bordeada a ambos lados por casas victorianas rodeadas de setos, similares a la suya propia, Sarah murmuraba para sí misma.

—No es justo. No es justo. —El murmullo se había convertido en jadeo para cuando tuvo a la vista su casa. Merlín, que había estado brincando a su lado sobre sus peludas patas, también respiraba con dificultad. Su ama, que normalmente se movía a un paso gentil y soñador, tenía el raro hábito de volver corriendo a casa desde el parque por las tardes. Quizás ese búho tuviera algo que ver con ello. Merlín no estaba seguro. No le gustaba el búho, eso lo sabía.

—No es justo —Sarah estaba casi sollozando. El mundo era injusto en general, pero en particular su madrastra era cruelmente injusta con ella. Allí estaba ahora, en la puerta principal de la casa, disfrazada con uno de sus espantosos trajes de noche, con el abrigo de piel abierto para revelar el corte bajo de su escote, la horrorosamente vulgar gargantilla centelleando sobre su pecho pecoso y… ¿cómo no?… estaba mirando su reloj. No sólo lo miraba, sino que lo miraba fijamente, para asegurarse de que Sarah se sintiera culpable antes de acusarla, una vez más.

Cuando Sarah hizo una pausa en el camino del jardín delantero, pudo oír a su hermano bebé, Toby, pegando gritos dentro de la casa. En realidad era su medio hermano, pero ya no lo llamaba así, no desde que su amiga de la escuela Alice le había preguntado, «¿Y de quién es la otra mitad entonces?» y Sarah había sido incapaz de pensar en una respuesta. «Medio-nada-que-ver-conmigo». No estaba bien. Ni era cierto tampoco. Algunas veces se sentía ferozmente protectora con Toby, quería vestirle, llevarle en brazos y alejarle de todo esto, llevarle a un lugar mejor, un mundo de hadas, una isla en alguna parte, quizás. Otras veces… y ésta era una de ellas… odiaba a Toby, que tenía dos veces más atención de sus padres que ella. Cuando odiaba a Toby, eso la asustaba, porque la llevaba a pensar en cómo podía hacerle daño. Debe haber algo malo en mí, reflexionaba, si puedo pensar en hacer daño a alguien a quien adoro; ¿o es que hay algo malo en adorar a alguien a quien odio? Deseaba tener un amigo que entendiera su dilema, y quizás se lo explicara, pero no había nadie. Sus amigos de la escuela pensarían que era una bruja si mencionaba siquiera la idea de hacer daño a Toby, y en cuanto a su padre, la idea le asustaría incluso más de lo que asustaba a la propia Sarah. Así que mantenía su perplejidad adecuadamente oculta.

Sarah se detuvo ante su madrastra y mantuvo la cabeza deliberadamente en alto.

—Lo siento —dijo, con voz aburrida, mostrando que no lo lamentaba en absoluto, y que de todos modos era innecesario fingirlo.

—Bueno —le dijo su madrastra—, no te quedes ahí afuera en la lluvia. Vamos. —Se hizo a un lado, dejando sitio a Sarah para pasar por la puerta, y miró de nuevo fijamente a su reloj de pulsera.

Sarah ponía mucho cuidado en no tocar nunca a su madrastra, ni siquiera rozar su ropa. Se arrimó todo lo que pudo al marco de la puerta. Merlín comenzó a seguirla.

—El perro no —dijo su madrastra.

—Pero está diluviando.

Su madrastra amonestó a Merlín con un dedo. Dos veces.

—Tú, al garaje —ordenó—. Vamos.

Merlín agachó la cabeza y procedió a rodear el costado de la casa. Sarah le observó marchar y se mordió el labio. ¿Por qué, se preguntó por trillonésima vez, mi madrastra siempre tiene que adoptar esta actitud cuando salen por la noche? Es tan afectada… ésa era una de las palabras favoritas de Sarah, desde que había oído al compañero de reparto de su madre, Jeremy, utilizarla para referirse a otro actor de la obra que estaban representando… una bolsa-de-clichés-pasados-de-moda. Recordaba cómo había sonado el francés Jeremy al decir *clichés*, estremeciéndola con su sofisticación. ¿Por qué no encontraba su madrastra una nueva forma de destacar? Oh, le encantaba la forma en que Jeremy le hablaba de otros actores. Estaba decidida a convertirse ella misma en actriz, para poder hablar así todo el tiempo. Su padre rara vez hablaba mucho sobre la gente de su oficina, y cuando lo hacía resultaba aburrido en contraste.

Su madrastra cerró la puerta principal, mirando su reloj una vez más, tomó un profundo aliento, y empezó uno de sus consabidos discursos.

—Sarah, llegas una hora tarde…

Sarah abrió la boca, pero su madrastra la cortó, con una pequeña sonrisa sin humor.

—Por favor, déjame terminar, Sarah. Tu padre y yo raramente salimos…

—Salís cada fin de semana —interrumpió Sarah rápidamente.

Su madrastra ignoró eso.

—… y te pedimos que hagas de canguro sólo si no interfiere con tus planes.

—¿Cómo lo sabrías? —Sarah medio se había girado para marcharse, para no halagar a su madrastra con su atención, y estaba ocupada dejando su libro en el aparador del vestíbulo, desabrochándose el broche, y doblando la capa sobre su brazo—. No sabes cuáles son mis planes. Ni siquiera me preguntas. —Miró fijamente a su propia cara en el espejo del aparador, comprobando que su expresión fuera fresca y compuesta, no exagerada. Le gustaba la ropa que llevaba: una camisa color crema de mangas abullonadas, un chaleco de brocado holgado sobre la camisa, vaqueros azules y cinturón de cuero. Se giró, alejándose más de su madrastra, para comprobar cómo su camisa colgaba de los pechos hasta su cintura. La metió un poco en el cinturón, ajustándola.

Su madrastra la observaba fríamente.

—Asumo que me lo contarías si tuvieras una cita. Me encantaría que tuvieras una cita. Una chica de quince años debería tener citas.

Bueno, estaba pensando Sarah, si tuviera una cita tú serías la última persona a la que se lo contaría. Qué afectada… no, pegajosa, vida tienes. Se sonrió desagradablemente a sí misma. Quizás tenga una cita, pensó, quizás lo haga, pero no te gustará en lo más mínimo, cuando veas con quién salgo. Dudo que le veas. Todo lo que sabrás es que oirás la puerta cerrarse de golpe detrás de mí, y espiarás por la ventana, como haces siempre, y asomarás la nariz entre esas horrendas cortinas de encaje falso que tienes, y verás las luces traseras de una limusina gris desvaneciéndose en la esquina. Y después de eso, verás fotos de nosotros dos en las revistas, juntos en las Bermudas, y en St. Tropez, y Benares. Y no habrá nada que puedas hacer tú al

respecto, con todos tus firmes puntos de vista sobre la hora de irse a la cama y el desarrollo psicológico y mis obligaciones y lo de enrollar el tubo de pasta de dientes desde abajo. Oh, madrastra, lo vas a lamentar mucho cuando leas en el Vogue las cantidades cósmicas que los productores de Hollywood nos ofrecen por…

El padre de Sarah bajó las escaleras hasta el vestíbulo. En los brazos llevaba a Toby, arropado en un pijama a rayas rojas y blancas. Palmeaba la espalda del bebé.

—Oh, Sarah —dijo suavemente—, al fin estás aquí. Estábamos preocupados por ti.

—¡Oh, dejadme en paz! —Temiendo echarse a llorar, Sarah no les dio oportunidad de razonar con ella. Corrió escaleras arriba. Siempre eran tan razonables, particularmente su padre, tan sufrido y suave con ella, tan absolutamente convencido de que siempre tenían obviamente la razón, y que sólo era cuestión de tiempo que ella consintiera en hacer lo que deseaban. ¿Por qué su padre siempre se ponía del lado de esa mujer? Su madre nunca ponía esa mirada de dolida tolerancia. Era una mujer que podía gritar y reír y abrazarte y darte una bofetada todo en un minuto o dos. Cuando ella y Sarah tenían una riña, ésta era explosiva. Cinco minutos después, estaba olvidado.

En el vestíbulo, su madrastra se había sentado, todavía con su abrigo de piel. Estaba diciendo cansinamente.

—No sé que más hacer. Me trata como a la malvada madrastra de un cuento de hadas, no importa lo que diga. Lo he intentado, Robert.

—Bueno… —El padre de Sarah palmeaba a Toby pensativamente—. Debe ser duro que tu madre se largue a esa edad. A cualquier edad, supongo.

—Eso es lo que dices siempre. Y por supuesto tienes razón. ¿Pero cambiará alguna vez?

Sujetando a Toby con un brazo, Robert palmeó a su mujer en el hombro.

—Iré a hablar con ella.

Un trueno retumbó de nuevo. Un chubasco de gotas de lluvia traqueteó contra las ventanas.

Sarah estaba en su habitación. Ése era el único lugar seguro en el mundo. Había convertido en un hábito el recorrerlo cada día, comprobando que todo estuviera justo donde tenía y debía de estar. Aunque su madrastra rara vez entraba allí, excepto para entregar alguna ropa planchada o dar a Sarah un mensaje, no se fiaba. Sería muy típico de ella entrar a quitar el polvo del cuarto, aunque Sarah se aseguraba que mantenerlo limpio, y mover las cosas por doquier y no volver a ponerlas en su lugar. Era esencial protegerse de ese espíritu perturbador.

Todos los libros debían quedarse en sus posiciones correctas, en orden alfabético por autor y, dentro el grupo de cada autor, por orden de adquisición. Otros estantes estaban llenos de juguetes y muñecas, y éstos estaban colocados de acuerdo con afinidades sólo conocidas por Sarah. Las cortinas tenían que colgar exactamente así, de forma que cuando Sarah estaba tendida en su cama, enmarcaran simétricamente el segundo álamo de la fila que podía verse desde la ventana. La papelera estaba colocada de forma que su base tocara sólo el borde de un bloque del parquet en particular. Sería arriesgado que las cosas no estuvieran así. Una vez instalado el desorden, la habitación nunca volvería a resultar familiar. La gente hablaba de cómo les contrariaba sufrir un robo, y Sarah sabía exactamente cómo debía ser, que algún descuidado desconocido revolviera tus

tesoros más preciados. La mujer que venía a limpiar tres veces por semana sabía que nunca debía hacerlo en esta habitación. Sarah se ocupaba de todo ella misma. Había aprendido cómo arreglar enchufes eléctricos, apretar tornillos, y colgar cuadros, para que su padre no tuviera necesidad de entrar excepto para hablar con ella.

Sarah estaba ahora de pie en medio de la habitación. Sus ojos estaban rojos. Sorbió por la nariz, y se mordió el labio inferior. Después caminó hasta su tocador y miró fijamente a una fotografía enmarcada. Su padre y su madre, y ella misma, a los diez años, le devolvieron la mirada. Las sonrisas de sus padres eran confiadas. Su propia cara en la fotografía era, pensó, ligeramente exagerada, sonriendo demasiado firmemente.

Por toda la habitación, otros ojos observaban. Fotografías y pósteres que mostraban a su madre con variados vestuarios, en diversas partes. Había recortes de Variety pegados al espejo de su tocador, alabando las actuaciones de su madre o anunciando otras que realizaría. En la pared junto a su cama estaba colgado un póster anunciando su última obra; en la foto, la madre de Sarah y su compañero de reparto, Jeremey, estaban mejilla con mejilla, rodeándose con los brazos, sonriendo confiadamente. El fotógrafo había iluminado hermosamente a la pareja, mostrándola a ella tan bella, a él tan guapo, con su pelo rubio y la cadena de oro alrededor de su cuello. Bajo la foto había una cita de un crítico de teatro: «Rara vez he sentido tanto calor irradiando de una audiencia». El póster estaba firmado, con una alargada letra florida: «Para mi Querida Sarah, con todo mi amor, Mamá», y, con otra mano diferente: «Con todos mis deseos de felicidad, Sarah… Jeremy». El siguiente póster tenía más recortes, de diferentes periódicos, arreglados en orden cronológico. En ellos, podía verse a las dos estrellas cenando juntos en restaurantes, bebiendo juntos en fiestas, y riendo juntos en un pequeño bote de remos. Los textos estaban todos en la línea «Romance dentro y fuera del escenario».

Todavía sorbiendo de vez en cuando, Sarah fue hasta la mesita que había junto a su cama y cogió la caja de música que su madre le había regalado por su decimoquinto cumpleaños. El recuerdo de ese hermoso día todavía resultaba vívido. Habían enviado un taxi a por ella en la mañana, pero en vez de llevarla a casa de su madre éste la había llevado a la costa donde Jeremy y su madre esperaban en el mercedes negro antiguo de Jeremy. Salieron al campo para almorzar junto a una piscina en algún club del que Jeremy era miembro y donde los camareros hablaban francés, y después, en la piscina, Jeremy había hecho el payaso, fingiendo ahogarse, con tanto éxito que un hombre mayor había gritado dando la alarma. Se habían estado riendo todo el camino de vuelta a la ciudad. En casa de su madre, le habían dado el regalo de Jeremy, un vestido de noche azul pálido. Se lo puso para ir con ellos a un nuevo musical esa misma noche, y después a cenar, en un restaurante tenuemente iluminado. Jeremy se había burlado maliciosamente de cada miembro del reparto al que habían visto en el musical.

La madre de Sarah había fingido desaprobar sus escandalosos cotilleos, pero eso sólo había hecho que Sarah y Jeremy rieran más incontrolablemente, y pronto los tres tenían lágrimas en los ojos. Jeremy había bailado con Sarah, sonriéndole. Bromeó diciendo que un flash significaría que todos estarían en las columnas de cotilleos a la mañana siguiente, y todo el camino a casa condujo rápido, para librarse de los fotógrafos, reclamó, sonriendo. Cuando se despidieron, su madre le

entregó un pequeño paquete, envuelto en papel plateado y atado con una cinta azul pálido. De vuelta en su habitación, Sarah lo había desenvuelto, y había encontrado la caja de música.

La tonada de «Greensleeves» tintineó, y una pequeña bailarina con un vestido plisado rosa giró haciendo piruetas. Sarah la había observado reverentemente, hasta que se volvió lenta y torpe en sus movimientos. Entonces la había dejado, y tranquilamente había recitado un poema que había estudiando en su clase de Literatura:

—Oh, cuerpo balanceado por la música, oh brillante mirada, ¿cómo podemos conocer al bailarín de la danza?

Era tan fácil aprender de memoria poesía. Nunca había tenido ninguna dificultad para recordar esas líneas, siempre que abría la caja de música. De hecho, reflexionó, era más fácil aprenderlas que olvidarlas. ¿Entonces por qué tenía tantos problemas en aprender el discurso de *Dentro del Laberinto*? Era tan sólo un juego al que estaba jugando. Nadie esperaba que lo recitara, ninguna audiencia, excepto Merlín, juzgaría su actuación. Debía haber sido pan comido. Frunció el ceño. ¿Cómo esperaba subirse a un escenario si no podía recordar un discurso?

Lo intentó de nuevo.

—A través de innombrables peligros e incontables dificultades, me he abierto paso hasta el castillo más allá de la Ciudad de los Goblins, para recuperar al niño que me has robado… —Se detuvo, con los ojos sobre el póster de su madre en brazos de Jeremy, y decidió que la ayudaría en su desempeño prepararse para ello. Si vas a meterte en tu papel, le había dicho su madre, tienes que tener el marco apropiado. Vestuario, maquillaje, y las pelucas… son más para beneficio del actor que de la audiencia. Les ayudan a escapar de su propia vida y a meterse en el papel, como decía Jeremy. Y después de cada actuación, te lo quitas todo, y estás limpio de nuevo. Cada día era un nuevo comienzo. Podías volver a inventarte a ti mismo otra vez. Sarah tomó un lápiz de labios del tocador, se puso un poco en los labios, y los unió en una mueca, como hacía su madre. Acercándose al espejo, se aplicó un poco más en la comisura de los labios.

Se oyó una llamada a su puerta, y la voz de su padre llegó desde fuera.

—¿Sarah? ¿Puedo hablar contigo?

Todavía mirándose al espejo, replicó.

—No hay nada de qué hablar.

Esperó. No entraría a menos que le invitara. Se lo imaginó allí de pie, frunciendo el ceño, frotándose la frente, intentando pensar en qué decir a continuación, algo lo bastante firme como para complacer a esa mujer pero lo suficientemente amigable como para tranquilizar a su hija.

—Será mejor que te des prisa —dijo Sarah—, si no quieres llegar tarde.

—Toby ya ha cenado —dijo la voz de su padre—, y está en la cama. Si pudieras sólo asegurarte de que duerme bien, volveremos alrededor de la medianoche.

Una vez más una pausa, después el sonido de pasos alejándose, con una lentitud medida para expresar una mezcla de preocupación y resignación. Había hecho todo lo que podía esperarse de él.

Sarah dio la espalda al espejo y miró acusadoramente a la puerta cerrada.

—Realmente querías hablar conmigo, ¿eh? —murmuró—. Prácticamente has derribado la

puerta. —Hubo un tiempo en el que no se habría ido sin darle un beso. Resopló. Las cosas ciertamente cambiaban en esta casa.

Se puso el pintalabios en el bolsillo y se limpió la boca con un pañuelo de papel. Cuando iba a arrojarlo a la papelera, algo captó su atención. Para ser más exactos, algo no estaba allí para captar su atención. Launcelot no estaba.

Rápidamente, registró su estante de juguetes, muñecas y cosas blandas, perros, monos, soldados y payasos, aunque sabía que sería inútil. Si el oso de peluche hubiera estado allí, habría estado en su posición señalada. Había desaparecido. El orden de la habitación había sido violado. Las mejillas de Sarah enrojecieron.

Alguien ha estado en mi habitación, pensó. La odio.

Fuera, el taxi estaba saliendo. Sarah lo oyó y corrió a la ventana.

—Te odio —gritó.

Nadie la oyó salvo Merlín, y él no podía hacer más que lo que ya estaba haciendo, que era ladrar ruidosamente, en el garaje.

Sabía donde encontraría a Launcelot. Toby ya tenía todo lo que su corazón de bebé podía desear, tenía mucho más de lo que la propia Sarah había tenido nunca; aunque se le daría más, cada día, sin lugar a dudas. Entró como una tromba en la habitación del niño. El oso estaba tendido sobre la alfombra, simplemente tirado allí, sin más. Sarah recogió a Launcelot y lo abrazó. Toby, lleno de leche caliente, casi se había dormido en su cuna. La entrada de Sarah lo despertó.

Miró fijamente al bebé.

—La odio. Te odio.

Toby comenzó a llorar. Sarah se estremeció y abrazó a Launcelot más firmemente.

—Oh —gimió—. Oh, que alguien… me salve. Que me lleve de este horrible lugar.

Toby estaba aullando ahora. Su cara estaba roja. Sarah gemía, Merlín ladraba fuera. La tormenta descargaba un resplandor relampagueante y truenos directamente sobre la casa. Sacudía ruidosamente las ventanas en sus marcos. Las tazas de té danzaban en la alacena de la cocina.

—Que alguien me salve —imploró Sarah.

—¡Escuchad! —dijo un goblin, abriendo un ojo.

A su alrededor, sobre él, bajo él, el nido de goblins se removió despertando de su sueño. Se abrió un ojo, y otro, y otro, todos enloquecidos, rojos y fijos. Algunos de los goblins tenían cuernos y otros dientes puntiagudos, algunos tenían dedos como garras; algunos vestían restos de armaduras, un yelmo, una babera, pero todos tenían pies escamosos, y ojos maliciosos. Dormían amontonados desordenadamente, en su cámara sucia del castillo del Rey de los Goblins. Sus ojos se abrieron, y sus orejas se alzaron.

—Vale, calla ya, calla. —Sarah estaba intentando calmarse a sí misma tanto como a su hermano—. ¿Qué quieres? ¿Hmm? ¿Quieres una historia? Muy bien. —Con apenas un momento para pensar, pensó en *Dentro del Laberinto*—. Había una vez una hermosa joven cuya madrastra siempre la hacía quedarse en casa con el bebé. El bebé era un niño malcriado que lo quería todo para sí mismo, y la joven prácticamente era una esclava. Pero lo que nadie sabía era esto: el Rey de los Goblins se había enamorado de ella, y le había dado ciertos poderes.

En el castillo, los ojos de los goblins se abrieron de par en par. Todos prestaban atención.

El relámpago y el trueno colisionaron otra vez, pero Sarah y Toby se habían callado algo más.

—Una noche —continuó Sarah—, cuando el bebé había sido particularmente malvado, la chica llamó a los goblins para que la ayudaran. Y ellos le dijeron: «Di las palabras mágicas, y nos llevaremos al bebé a la Ciudad de los Goblins, y entonces serás libre». Ésas fueron sus palabras.

Los goblins asintieron entusiasmados.

Toby casi había vuelto a dormirse, con sólo una ligera protesta en su respiración. Sarah, disfrutando de su propia invención, se inclinó más cerca de él, sobre el costado de la cuna. Estaba manteniendo a su audiencia bajo su hechizo. Launcelot estaba entre sus brazos.

—Pero la chica sabía —siguió— que el Rey de los Goblins mantendría al bebé en su castillo para siempre jamás, y lo convertiría en un goblin. Así que sufrió en silencio, durante casi todo un largo mes… hasta que una noche, cansada tras un día de agotadoras tareas domésticas, y dolida más allá de toda medida por las ásperas e ingratas palabras de su madrastra, no pudo soportarlo más.

Ahora, Sarah estaba inclinada tan cerca de Toby que estaba susurrando a su orejita sonrosada. De repente el niño se dio la vuelta en su cuna y la miró a los ojos, a sólo un par de centímetros de distancia. Hubo un momento de silencio. Entonces Toby abrió la boca, y empezó a aullar ruidosa e insistentemente.

—Oh —bufó Sarah con disgusto, volviendo a enderezarse.

El trueno resonó, y Merlín daba todo lo que tenía.

Sarah suspiró, frunció el ceño, se encogió de hombros, y decidió que no había forma de evitarlo. Cogió en brazos a Toby y paseó por la habitación, meciéndole en sus brazos, junto con Launcelot. La luz de la mesilla lanzaba sus sombras contra la pared, enormes y oscilantes.

—Vale —dijo—, vale. Vamos, ya. Duérmete niño, y todo ese rollo. Vamos, Toby, duérmete ya.

Toby no iba a dormirse sólo porque lo pasearan. Sentía que tenía una seria queja que expresar.

—Toby —dijo su hermana severamente—, cállate ¿vale? ¿Por favor? O… —Bajó la voz—… yo… diré las palabras.

Levantó la mirada rápidamente hacia las sombras de la pared y se dirigió a ellas teatralmente.

—¡No! ¡No! No debo. No debo. No debo decir… Deseo… Deseo…

—Escuchad —dijo de nuevo el goblin.

Cada brillante ojo del nido, cada oreja, estaba ahora abierto.

Un segundo goblin habló.

—¡Va a decirlo!

—¿Decir qué? —preguntó un goblin estúpido.

—¡Shush! —El primer goblin se esforzaba por oír a Sarah.

—¡Calla! —dijeron los demás goblins.

—¡Callaos vosotros! —dijo el goblin estúpido.

En medio de la barahúnda, el primer goblin pensó que se volvería loco intentando oír.

—¡Sh! ¡Shhhh! —Puso una mano sobre la boca del goblin estúpido.

El segundo goblin chilló.

—¡Calla! —Y golpeó al que tenía más cerca.

—Escuchad —amonestó el primer goblin al resto—. Va a decir las palabras.

El resto de ellos se las arregló para quedar en silencio. Escuchaban atentamente a Sarah.

Ella estaba de pie, erguida. Toby había alcanzado tal crescendo de gritos, con la cara roja, que apenas podía respirar con dificultad. Su cuerpo estaba rígido entre los brazos de Sarah por el esfuerzo que estaba haciendo. Launcelot había caído al suelo de nuevo. Sarah cerró los ojos otra vez y se sacudió a sí misma.

—No puedo soportarlo más —exclamó, y sostuvo al bebé aullante sobre la cabeza, como una ofrenda de sacrificio.

Empezó a entonar:

—¡Rey Goblin! ¡Rey Goblin! Estés donde estés, ¡ven y toma a este niño, apártalo de mí!

El relámpago centelleó. El trueno rugió.

Los goblins dejaron caer las orejas, descorazonados.

—No son las correctas —dijo el primer goblin, decepcionado.

—¿Dónde habrá aprendido semejante basura? —gruñó el segundo—. Ni siquiera empiezan con «deseo».

—¡Sh! —dijo un tercer goblin, aprovechando de dar órdenes a los otros.

Sarah todavía sostenía a Toby sobre su cabeza. Ofendido por ello, Toby estaba gritando incluso más ruidosamente que antes, algo que Sarah no hubiera creído posible, Lo bajó y lo acunó, lo cual tuvo el efecto de restaurar los gritos al nivel estándar.

Exhausta ya, Sarah le dijo:

—Oh, Toby, basta. Pequeño monstruo. ¿Por qué tengo que aguantar esto? Tú no eres responsabilidad mía. Yo quiero ser libre, divertirme. ¡Basta! Oh, deseo, deseo… —Cualquier cosa sería preferible a este caldero de ruido, furia, culpabilidad y cansancio, en el que se encontraba. Con un pequeño sollozo agotado, dijo—: desearía saber las palabras correctas que decir a los goblins para que se te llevaran.

—¿Y cuál es el problema? —dijo el primer goblin con un suspiro impaciente. Las dijo pedantemente—: «Deseo que los goblins vengan y se te lleven, ahora mismo». ¿Hmm? No es tan difícil, ¿verdad?

En la habitación de los niños Sarah estaba diciendo:

—Deseo… Deseo…

Los goblins estaban alerta otra vez, mordiéndose los labios a causa de la tensión.

—¿Lo ha dicho? —preguntó alegremente el goblin estúpido.

Como uno, el resto se volvió hacia él.

—Cállate —dijeron irritados.

El tornado de Toby se había acallado. Estaba respirando profundamente, con un sollozo al final de cada respiración. Tenía los ojos cerrados. Sarah volvió a ponerlo en la cuna, no demasiado gentilmente y lo arropó.

Caminó calladamente hasta la puerta y la estaba cerrando a su espalda cuando el niño emitió

un extraño chillido y empezó a gritar de nuevo. Estaba ronco ya, y en consecuencia resultaba más ruidoso.

Sarah se quedó congelada con una mano en el pomo de la puerta.

—Aah —gimió impotente—. Deseo que los goblins vengan y se te lleven… —Se detuvo.

Los goblins estaban ahora inmóviles, podrías haber oído parpadear a un caracol.

—… ahora mismo —dijo Sarah.

En el grupo de goblins se produjo una exhalación de placer.

—¡Lo dijo!

En un instante, todos los goblins se desvanecieron en diferentes direcciones, dejando solo al goblin estúpido. Se quedó allí plantado, con una sonrisa bobalicona en la cara, hasta que notó que el resto le había dejado atrás.

—Eh —dijo— esperadme —e intentó correr en varias direcciones a la vez. Después, él también se desvaneció.

El relámpago centelleó y un trueno atravesó el aire. Toby soltó un chillido agudo, y Merlín ladró como si todos los ladrones del mundo estuvieran intentando entrar en la casa.

Capítulo Dos
Lo Dicho, Dicho Está

La tormenta rabiaba sobre la casa de Sarah. Las nubes burbujeaban. La lluvia azotaba las hojas de los árboles. El trueno fue seguido por el relámpago.

Sarah estaba escuchando. Lo que escuchaba era el silencio antinatural de la habitación. Toby había dejado de llorar, tan repentinamente que la asustó. Volvió a mirar en la habitación del niño. La luz de la mesilla estaba apagada.

—¿Toby? —llamó. Él no respondió.

Accionó el interruptor de la luz junto a la puerta. No ocurrió nada. Lo apretó varias veces sin ningún efecto. Una tabla crujió.

—¿Toby? ¿Estás bien? ¿Por qué no lloras?

Entró nerviosamente en la habitación silenciosa. La luz del rellano, que llegaba a través de la puerta, lanzaba formas extrañas contra las paredes y la alfombra. En un momento de calma entre dos truenos, creyó haber oído un zumbido en el aire. No podía detectar ningún movimiento en la cuna.

—Toby —susurró con ansiedad, y se acercó a la cuna conteniendo el aliento. Sus manos estaban temblando como hojas de álamo. Extendió la mano para tirar hacia atrás de la sábana.

Retrocedió sobresaltada. La sábana se convulsionaba. Formas raras empujaban y se revolvían bajo ella. Creyó vislumbrar cosas asomando por el borde de la sábana, cosas que no eran ninguna parte de Toby. Sintió el corazón palpitar, y se cubrió la boca con una mano, para evitar gritar.

Entonces la sábana se quedó inmóvil otra vez. Se hundió lentamente contra el colchón. Nada se movía.

No podía darse la vuelta y huir dejándole ahí. Tenía que saber. Fuera cual fuera el horror que encontrara, tenía que saber. Impulsivamente, extendió la mano y tiró de la sábana.

La cuna estaba vacía.

Durante un momento o una hora, nunca supo cuando tiempo pasó, se quedó mirando la cuna vacía. Ni siquiera estaba asustada. Su mente se había quedado en blanco.

Y entonces se asustó por un golpeteo suave y rápido en el cristal de la ventana. Sus manos se cerraron con fuerza, las uñas se le clavaron en la piel.

Un búho blanco aleteaba insistentemente contra el cristal. Podía ver la luz del rellano reflejada en sus grandes, redondos y oscuros ojos, observándola. La blancura de su plumaje estaba iluminada por una serie de relámpagos que parecían continuos. Tras ella, un goblin alzó brevemente la cabeza, y la agachó de nuevo. Otro hizo lo mismo. Ella no les vio. Sus ojos estaban fijos en los del búho.

El relámpago crujió y brilló intermitentemente de nuevo, y esta vez distrajo su atención de la ventana iluminando el reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Vio que sus manecillas apuntaban a las trece en punto. Estaba mirando distraídamente al reloj cuando sintió algo golpear la parte de atrás de sus piernas. Bajó la mirada. La cuna se movía a través de la alfombra sobre patas escamosas como de lagarto, con garras en vez de dedos, una pierna en cada esquina de la

cuna. Los labios de Sarah se abrieron, pero no emitió ningún sonido.

Tras ella, algo rió disimuladamente. Se giró y vio cómo se agachaba rápidamente tras la cómoda. Las sombras corrían por las paredes. Los goblins brincaban y saltaban tras ella. Sarah estaba observando la cómoda. Como la cuna, tenía un pie escamoso en cada esquina, y estaba danzando.

Se dio la vuelta, con la boca abierta, las manos cerradas en puños, y vio a los goblins haciendo cabriolas. Éstos se agacharon entre las sombras, para evadir su mirada. Sarah buscó algo que pudiera servirle de arma. En la esquina de la habitación había una vieja escoba. La cogió y avanzó hacia los goblins.

—Largo. Largo —lloriqueó, intentando barrerlos, pero el mango de la escoba se retorció entre sus manos y reptó fuera de su agarre.

El viento tormentoso elevó su tono. El relámpago iluminó la habitación como si fuera de día, y las caras aterradoras de repente se desvanecieron dentro de los armarios, cajones o bajo las grietas del suelo. Cuando el trueno resonó y el viento sacudió las cortinas, una ráfaga de aire abrió la ventana. Entre las cortinas flameantes entró el búho blanco.

Sarah se cubrió la cara con las manos, y gritó, y volvió a gritar. Estaba petrificada ante la idea de que el búho aleteara hacia ella. Pensó que se moriría si lo hacía.

Sintió el viento soplar alrededor de su cabello, pero el aleteo había cesado. Espió entre los dedos, para ver donde estaba posado el pájaro. Quizás había vuelto a salir volando.

El prolongado chisporroteo de un relámpago lanzó una sombra gigante sobre la pared que daba a la ventana. Era la sombra de una figura humana.

Sarah se dio la vuelta. La silueta recortada contra el cielo tormentoso era la de un hombre. Llevaba una capa, que se arremolinaba con el viento. Podía ver que su cabello era rubio y le llegaba hasta los hombros. Algo centelleaba en su cuello. Mas no podía ver a la luz tenue.

—Uh —dijo, y se aclaró la garganta—. ¿Quién eres?

—¿No lo sabes? —La voz del hombre era tranquila, casi amable.

Los relámpagos trazaban venas en el cielo e iluminaron su cara. No estaba sonriendo como podía sonreír uno al saludar a un desconocido, ni su expresión era feroz. Sus ojos estaban fijos en los de Sarah con una intensidad que ella encontraba compeledora. Cuando dio un paso hacia ella, a la luz que brillaba desde la puerta, no retrocedió. Si los ojos no la hubieran hipnotizado, la cadena dorada que colgaba de su cuello podría haberlo hecho. Su camisa era color crema, abierta por delante, de mangas sueltas, con puños sedosos en las muñecas. Sobre ella vestía un abrigo negro y ajustado. Calzaba botas negras sobre mallas grises, y en sus manos guantes negros. En una de ellas sostenía el mango enjoyado de un curioso bastón con forma de cola de pez en el extremo.

—Yo… —respondió Sarah—. Yo…

El zumbido que había creído oír en el aire era ahora bastante claro, y musical. El desconocido sonrió ante su vacilación. Era indudablemente guapo. No había esperado eso. Cuando habló, su voz fue un susurro.

—Eres… él, ¿verdad? Eres el Rey de los Goblins.

Él hizo una inclinación con la cabeza.

—Jareth.

Sarah resistió el ridículo impulso de hacer una reverencia.

—Te he salvado —dijo él—. Te he liberado de las ataduras que te afligían y asustaban. Ahora eres libre, Sarah.

—Oh, no. No quiero ser libre —respondió ella—. Quiero decir, si, pero… Quiero recuperar a mi hermanito. Por favor. —Le dirigió una pequeña sonrisa—. Si no te importa.

Jareth cruzó las manos sobre el extremo de su bastón.

—Lo dicho, dicho está.

—Pero no lo dije en serio —replicó Sarah rápidamente.

—¿Ah, no?

—Oh, por favor. ¿Dónde está?

Jareth rió ahogadamente.

—Sabes muy bien donde está.

—Por favor, tráelo de vuelta, por favor. —Se oyó a sí misma hablar con una vocecilla—. ¡Por favor!

—Sarah… —Jareth frunció el ceño, y sacudió la cabeza. Su expresión era toda preocupación por ella—. Vuelve a tu habitación. Lee tus libros. Ponte tus disfraces. Ésa es tu auténtica vida. Olvídate del bebé.

—No. No puedo.

Durante un momento, se evaluaron el uno al otro, adversarios intentando medirse al comienzo de una larga empresa. El trueno retumbó.

Entonces Jareth alzó su brazo izquierdo e hizo un largo gesto con su mano. Sarah miró alrededor, pensando que él estaba convocando ayuda. Cuando volvió a mirarle de frente, un brillante cristal había aparecido en su mano.

—Te he traído un regalo, Sarah —dijo, ofreciéndoselo.

Ella hizo una pausa. No podía confiar en él.

—¿Qué es?

—Un cristal, nada más. Excepto que si miras en su interior… te mostrará tus sueños.

Los labios de Sarah se entreabrieron involuntariamente. Con una sonrisa burlona, Jareth observó su cara, mientras giraba el reluciente cristal entre sus dedos. La mano de ella comenzó a extenderse hacia él. Jareth sonrió un poco más, y retiró el cristal.

Alzando el bastón con su otra mano, le dijo.

—Pero éste no es un regalo para una chica ordinaria, que se preocupa por un bebé gritón. —Su voz era más callada ahora, y más ronca—. ¿Lo quieres, Sarah? —Lo extendió hacia ella de nuevo.

Esta vez las manos de Sarah permanecieron a sus costados, y no respondió. Sus ojos estaban fijos en la danza, en los destellos del cristal. Ver sus propios sueños… ¿qué no daría a cambio de eso?

—Entonces olvida al niño —dijo Jareth firmemente.

Mientras Sarah dudaba, otro trueno y relámpago iluminaron el cielo tras el Rey de los Goblins.

Se sentía desgarrada. El regalo era realmente seductor, y también la idea de que alguien la

entendiera, alguien que se preocupara por los lugares secretos de su imaginación y supiera lo infinitamente preciados que eran para ella, más que cualquier otra cosa. A cambio, tendría que renunciar a su responsabilidad para con un niño afrentosamente malcriado, que hacía interminables demandas y nunca mostraba el más mínimo signo de gratitud; que era, después de todo, sólo su medio hermano. El cristal giraba, reluciendo.

Consiguió cerrar los ojos. Desde detrás de los párpados cerrados, oyó una voz respondiendo. Era su propia voz, pero parecía ser un recuerdo.

—Yo… no puedo. No es que no aprecie lo que estás intentando hacer por mí… pero quiero de vuelta a mi hermanito. Debe estar muy asustado… —Abrió los ojos.

Jareth resopló, echándose hacia atrás la melena rubia. Había perdido la paciencia con la chica. Con un ademán de su mano, extinguió el cristal. Con otro ademán, extrajo una serpiente viva del aire. La sostuvo con un brazo estirado ante él, de forma que se retorciera y siseara junto a la cara de Sarah. Luego la lanzó hacia ella.

—No me desafíes —la advirtió.

La tenía enredada alrededor de su cuello. Agarró desesperadamente a la cosa, y pensó que era como una bufanda de seda. Chilló, la dejó caer, y se alejó de un salto. Cuando golpeó el suelo se rompió en un gran número de pequeños goblins, que corrieron riendo, hacia las esquinas de la habitación. Otros goblins se arrastraron desde las sombras, o salieron de improviso de sus escondites, y se pusieron en pie, por toda la habitación, ahora descarados, deseando ver lo que su rey haría a continuación.

—No eres rival para mí, Sarah. —Jareth sonaba impaciente—. Olvida al niño. Coge mi regalo. No te lo ofreceré de nuevo.

Antes de que pudiera hacer aparecer el cristal, Sarah le dijo:

—No. —Hizo una pausa—. Gracias de todos modos, pero no puedo hacer lo que deseas. ¿No lo ves? Debo recuperar a mi hermano.

—Nunca le encontrarás.

—Ah —dijo Sarah, y tomó un profundo aliento—. Entonces… hay un lugar en el que buscar.

Durante un momento, la cara de Jareth se sobresaltó. Sarah lo vio, el más ligero rastro de un temor fugaz atravesó sus ojos. ¿Era posible? Las fosas nasales se apretaron, aferró su bastón, y pareció dudar ligeramente antes de responderle. No podía creérselo del todo, pero sospechaba que el Rey de los Goblins tenía miedo de ella, aunque sólo fuera momentáneamente, era alentador.

—Sí —dijo él—. Hay un lugar.

Y ahora, con un gesto realmente afectado sacado de un vodevil, giró la mano y señaló a través de la ventana.

—¡Allí!

Relámpago y trueno, en el instante preciso, pensó ella. Pasó junto a él y miró a la noche. Sobre una colina distante, brillando entre los destellos, vio un castillo. Se inclinó sobre el alféizar, intentando ver más claramente. Había torres con torretas, enormes muros, capiteles y bóvedas, un rastrillo y un puente levadizo. Alrededor de él el relámpago lamía y se ahorquillaba como lenguas de serpiente. Más allá, oscuridad.

Desde detrás de su hombro, Jareth murmuró.

—¿Todavía quieres ir a buscarlo?

—Sí. —Tragó saliva—. ¿Eso es… —recordó las palabras—… el castillo más allá de la Ciudad de los Goblins?

Jareth no respondió esta vez, y Sarah se dio la vuelta. Todavía estaba allí, observándola intensamente, pero ya no estaban en su casa. Estaban cara a cara sobre una cumbre barrida por el viento. Entre ellos y la colina en la que se alzaba el castillo había un amplio valle. En la oscuridad no podía verse lo que había ahí abajo.

Se giró de nuevo. El viento le sopló el cabello sobre la cara. Echándoselo hacia atrás, dio un tímido paso hacia adelante.

La voz de Jareth llegó desde su espalda.

—Vuelve atrás, Sarah. Vuelve atrás, antes de que sea demasiado tarde.

—No puedo. Oh, no puedo. ¿No lo entiendes? —Sacudió la cabeza lentamente, mirando hacia el lejano castillo, y para sí misma, quedamente, repitió—. No puedo.

—Qué pena. —La voz de Jareth era baja, y gentil, como si realmente lo dijera en serio.

Sarah miraba hacia el castillo. Parecía estar lejos, pero no a una distancia imposible de recorrer. Dependiendo de lo que encontrara en el valle, podía ser cruzada fácilmente. ¿La oscuridad de ahí abajo sería perpetua?

—No parece estar tan lejos —dijo, y oyó en su propia voz el esfuerzo que estaba haciendo para sonar valiente.

Jareth estaba junto a su codo ahora. La miraba, con una sonrisa helada.

—Está más lejos de lo que piensas. —Señalando a un árbol, añadió—. Y el tiempo es corto.

Sarah vio que un reloj antiguo de madera había aparecido en el árbol, como si hubiera crecido en una rama. Marcaba las trece horas, como había hecho el reloj del cuarto de Toby.

—Tienes trece horas para resolver el Laberinto —le dijo Jareth—, antes de que tu hermanito se convierta en uno de nosotros.

—¿Nosotros?

Jareth asintió.

—Para siempre.

La magia todavía zumbaba en el aire. Sarah estaba de pie todavía, con el cabello azotado por el viento, mirando más allá del valle hacia el castillo. Después de un rato, dijo:

—Dime por dónde empezar.

Esperó una respuesta, y finalmente le oyó decir:

—Una pena.

—¿Qué? —Giró la cabeza para mirarle, pero él ya no estaba allí. Se dio la vuelta. Se había desvanecido. Estaba sola en medio de la noche, sobre la ventosa colina.

Miró otra vez al castillo. La tormenta estaba pasando. Las sombras de las nubes atravesaban la luna. Creyó vislumbrar la figura de un búho, bien alto, con las alas extendidas en el aire, mientras volaba firmemente alejándose de ella.

Dio otro paso hacia adelante, bajando la ladera. Pero no había tierra bajo sus pies. Empezó a



caer.

Capítulo Tres

Renacuajo



Sarah se sintió caer hacia adelante en la oscuridad. Sólo balanceando los brazos frenéticamente se las arregló para mantener el equilibrio. La ladera era muy pronunciada.

Su boca se había quedado seca del miedo, se sentó. Así se sentía segura, pero no podía permitirse quedarse allí sentada mucho rato, cuando sólo le quedaban trece horas para atravesar el Laberinto y encontrar a Toby en el castillo.

Intentó reptar ladera abajo sobre el trasero, pero eso tampoco funcionaba. Rocas y pequeños arbustos se lo impedían, y no se atrevía a ponerse en pie para pasarles por encima. Estaba todo tan negro que bien podría haber estado intentado encontrar su camino a través de un mar de tinta. Sintió las lágrimas florecer, pero parpadeó para contenerlas. Lo haría. No había límites en lo que ella podía hacer, con determinación (cosa que indudablemente tenía), e ingenio (cosa que nunca le había faltado), y tal vez un poco de suerte (cosa que se merecía, ¿no?). «Lo lograré», prometió, mientras estaba sentada sobre la negra ladera sin tener ni idea de cómo dar un paso más.

Alto sobre ella, hacia donde la lechuza había volado, se oyó a una alondra cantar. Miró hacia arriba con atención y al apartar la vista de la negrura de abajo fue consciente de un indicio de luz que manchaba el borde del cielo oscuro. Observó cómo la luz se hacía más y más brillante, cambiando de rojo a rosa, y después a un azul pálido, y cuando vio el borde del sol alzarse sobre el horizonte cerró los ojos y tomó un profundo aliento. Sintió cómo el sol caldeaba su piel. Lo conseguiría.

Cuando abrió de nuevo los ojos, el castillo de Jareth brillaba ante ella, sus escaleras y torrecillas recortadas contra la luz del sol. Ansiosamente escrutó el valle, el cual, como una fotografía revelándose, tardó un rato más en mostrarse a sí mismo.

La primera cosa que pudo evaluar fue su anchura. La extensión de tierra entre sí misma y el castillo no era tan grande. «Puedo correr hasta allí en un par de horas», consideró. Sólo eran unas pocas millas. «Jareth estaba intentando embaucarme. Creyó que me asustaría tanto en la oscuridad que me rendiría y olvidaría a Toby. ¿Cómo podría hacer eso? De cualquier modo, en trece horas

puedo estar allí y volver con tiempo de sobra».

Se preguntó si trece horas en la tierra de Jareth serían lo mismo que en casa. ¿Y qué pensarían su padre y su madrastra cuando volvieran? Probablemente llamaran a la policía. Bueno, no había nada que ella pudiera hacer al respecto. No esperaba encontrar un teléfono en el castillo de Jareth. Sonrió débilmente.

El sol estaba por encima del horizonte, colores y formas penetraban el valle. Había un montón de cosas horribles allá abajo; podía verlo. Siguió observando y gradualmente tomó conciencia de la verdadera naturaleza del valle.

Al principio no podía creérselo. Cuando el sol se alzó aún más arriba revelándole más, sus hombros se encorvaron y su cara perdió la sonrisa. Sacudió la cabeza lentamente, atónita.

Al pie de la ladera donde estaba sentada, hasta el castillo y más allá, y hasta donde alcanzaba la vista en cada dirección, se extendía un vasto e intrincado laberinto de muros y setos.

—El Laberinto —murmuró—. Así que esto es el Laberinto.

Lo estudió, intentando descifrar en él algún patrón, algún diseño principal que pudiera guiarla al atravesarlo. No pudo ver ninguno. Pasillos que giraban, volvían y se enroscaban. Portales que conducían a portales que conducían a portales. Le recordó a miles de huellas digitales colocadas lado a lado, superponiéndose unas a otras. «¿Alguien diseñó todo esto o simplemente ocurrió sin más?», se preguntó.

La imposibilidad de encontrar el camino a través del Laberinto comenzó a abrumarla. Se puso en pie, apretando los puños y tensando la mandíbula, y se aclaró la garganta.

—Bueno —dijo—, allá vamos. Adelante, un pie delante del otro.

A la luz naciente, podía ver bajo ella un sendero que zigzagueaba ladera abajo. Escogió su camino con cuidado a través de las rocas y arbustos. Al pie del sendero, encontró un gran muro, fortalecido con contrafuertes. Se extendía hasta donde alcazaba la vista a derecha e izquierda.

Vacilante se aproximó a la pared, sin tener idea de qué haría cuando la alcanzara. Mientras se acercaba, un movimiento justo en la base captó su atención. Era un hombrecillo, de pie junto a un estanque. Cacareaba mientras aplastaba algo con los pies.

—Perdone —dijo Sarah.

El hombrecillo casi saltó fuera de su piel.

—Sigue adelante —dijo, incluso antes de levantar la mirada para ver quién era.

Cuando se volvió, su cara resultó estar muy abajo así que la evaluó desde debajo de unas espesas y peludas cejas.

—¡Vaya! —exclamó, pareciendo asombrado y enfadado al mismo tiempo—. ¡Vaya! —Al parecer nunca antes había posado los ojos en una persona como Sarah. O quizás era que ninguna persona como Sarah le había cogido nunca desprevenido—. ¡Vaya! —dijo de nuevo.

Así nunca llegaremos a ninguna parte, pensó Sarah.

Era una personita extraña. Sus cejas pobladas claramente pretendían ser feroces, pero su cara arrugada no estaba a la altura de tal ferocidad. Su expresión era cauta ahora, no particularmente amigable, pero tampoco hostil. Parecía evitar su mirada y notó que cada vez que movía las manos, los ojos de él las seguían. En lo alto de la cabeza tenía una gorra de piel. Del cinto que sujetaba

sus calzas, pendía una cadena de ornamentos tintineantes, bisutería por lo que Sarah podía ver. Vio que su boca se movía para decir otra vez «¡Vaya!» y lo interrumpió rápidamente.

—Perdone, pero tengo que atravesar el Laberinto. ¿Puede mostrarme la forma de entrar?

La boca se quedó congelada en la formación de la V, parpadeó hacia ella una vez o dos. Entonces sus ojos se lanzaron a un lado. Se apresuró a recorrer unos pocos pasos hasta una caléndula, al mismo tiempo que sacaba una lata de spray de su chaqueta. Cuando apuntó el spray, Sarah vio una pequeña hada diáfana emergiendo de la caléndula.

El hombrecillo la roció con un par de rápidas ráfagas. El hada languideció de inmediato, como un pétalo marchito.

—Cincuenta y siete —dijo él con algo de satisfacción.

Sarah estaba atónita.

—Oh, ¿cómo has podido?

Él respondió con un gruñido.

Sarah corrió hacia el hada que yacía en el suelo, con las alas estremeciéndose y arrugándose.

—¡Pobrecita! —exclamó. La recogió gentilmente con la punta de los dedos y se giró acusadora hacia el asesino de hadas—. Monstruo.

Sintió un dolor agudo, como al pincharse con un vaso roto. El hada le había mordido el dedo.

—¡Oh! —Sarah dejó caer al hada y se metió el dedo en la boca—. Me mordió —murmuró alrededor del dedo.

—Por supuesto —rió ahogadamente el hombrecito—. ¿Qué esperabas que hiciera un hada?

—Yo… —Sarah estaba frunciendo el ceño, perpleja—. Creía que hacían… bueno, cosas agradables. Como conceder deseos.

—¡Ja! —Las cejas del hombrecillo se alzaron y rió con satisfacción—. Eso demuestra cuanto sabes, ¿verdad? —Alzó su spray y roció casualmente otra caléndula con él. Una segunda hada reluciente cayó, arrugándose y marchitándose como una hoja en otoño—. Cincuenta y ocho —dijo él, y sacudió la cabeza—. Proliferan tan rápido como yo rocío.

Sarah todavía estaba haciendo una mueca mientras se chupaba el dedo.

—Ooh —se quejó—, duele. —Se sacó el dedo de la boca y lo sacudió.

El hombrecillo se acercó a una planta tan alta como él, arrancó una de sus grandes hojas grisáceas y se la ofreció.

—Toma —le dijo—. Frótate con esto.

Agradecida, hizo lo que le decía. Tan pronto como comenzó a frotar dejó caer la hoja, apretándose el dedo con la otra mano y saltando de dolor.

—¡Ow! —gritó—. Eso lo ha hecho peor. Mucho peor. ¡OOOWW!

Él se sujetaba los costados con sus manitas regordetas y rugía de risa.

—Por supuesto. Imagina frotar con una de ésas el mordisco de un hada. No sabes nada, ¿verdad?

Con la cara arrugada por el dolor, Sarah respondió indignada.

—Creía que me estabas dando algo para arreglarlo. ¡Oh! ¡Ooh!

—Eso pensaste, ¿verdad? Tienes un montón de opiniones —rió—. Y todas equivocadas. ¡Y

tienes hierba por todo el trasero de los pantalones!

A pesar del dolor del dedo, miró sobre su hombro y vio que él tenía razón. Era de haberse deslizado por la ladera. Mientras se sacudía como podía, comprendió que el hombrecito se las estaba haciendo pagar por haberle cogido desprevenido.

—Eres horrible —le dijo.

—No, no lo soy. —Parecía sorprendido—. Soy Hoggle. ¿Quién eres tú?

—Sarah.

Él asintió.

—Eso es lo que pensaba. —Divisando a otra hada, la roció. Para asegurase, le puso un pie encima y lo giró aplastándola contra el suelo. El hada chilló—. Cincuenta y nueve —dijo Hoggle.

Sarah estaba pensando, todavía chupándose el dedo. Parecía conocerla. Así que debía tener algo que ver con Jareth, ¿no? Una especie de espía, tal vez. Bueno, quizás. Aunque no era precisamente su idea de un espía. Los espías no eran gruñones. No te hacían trastadas. ¿No?

Si todas sus opiniones estaban equivocadas, como él había dicho, entonces ésta debía estar equivocada también. Pero en ese caso, pensó, suponiendo que fuera un espía, su trabajo sería persuadirme de que todas mis opiniones están equivocadas cuando en realidad todas son correctas. Y si todas eran correctas, no era un espía. Pero eso significa que no tiene motivos para persuadirme de que estoy equivocada en todo, así que probablemente esté equivocada en eso también, así que…

—¡Oh! —exclamó exasperada. Era como uno de esos dibujos que había visto en un libro en su casa, donde el agua parecía estar fluyendo cuesta arriba y aunque nunca pudieras señalar el error, sabías que era una mentira.

Hoggle arrancó una hoja de una planta diferente y se la ofreció, con una especie de ceño centelleante en la cara.

Sarah se sacó el dedo de la boca. El dolor aflojaba ahora. Sacudió la cabeza y tuvo que sonreír un poco por la cara divertida y marchita que puso él.

La expresión de Hoggle, en respuesta, se volvió a oscurecer. La miró desconfiado. No estaba acostumbrado a que le sonrieran.

Bueno, pensó, aquí no hay nada que hacer. Esté aquí para espiarme o no, es la única persona a la que puedo pedir ayuda. Así que lo intentó.

—¿Sabes dónde está la puerta del Laberinto?

Él arrugó la cara.

—Quizá.

—Muy bien, ¿dónde está?

En vez de replicar, él amagó a un lado, alzando la lata de spray.

—Sesenta.

—He dicho, ¿dónde está?

—¿Dónde está qué?

—La puerta.

—¿Qué puerta?

—La puerta para entrar en el Laberinto.

—¡La puerta! ¡Entrar en el Laberinto! Oh, ésa sí que es buena —rió, no muy amablemente.

Sarah tenía ganas de darle un puñetazo.

—Es inútil preguntarte nada.

—No si haces las preguntas correctas. —Le estaba dedicando una mirada de reojo—. Estás tan verde como un pepino.

—Bueno, ¿cómo entro al Laberinto?

Hoggle inhaló por la nariz, sus ojos chispeaban.

—¡Ah! Ésa está mejor.

Sarah creyó oír de nuevo esa música en el aire, la música mágica que había zumbado alrededor del Rey Goblin.

—Ahí tienes —asintió con la cabeza, señalando tras ella—. Tienes que hacer las preguntas correctas si quieres llegar a alguna parte en el Laberinto.

Sarah se dio la vuelta. Ahora, en el gran muro, vio una enorme verja grotescamente diseñada. La miró casi acusadoramente. Podría haber jurado que no estaba allí antes.

—No hay ninguna puerta, ¿ves? —estaba explicando Hoggle—. Todo lo que tienes que hacer ahora es encontrar la llave.

Ella se volvió a mirarle y después observó a su alrededor. Vio al instante que no iba a ser un problema encontrar la llave. Cerca de ella había una pequeña alfombrilla, y en cada uno de sus extremos una enorme llave.

—Bueno —dijo—, ha sido bastante fácil.

Se acercó a la llave e intentó cogerla. Sólo podía lograr levantar un extremo del suelo, o el otro, pero la llave entera era demasiado pesada para levantarla hasta la cerradura de la verja. Miró a Hoggle.

—Supongo que es mucho esperar que me eches una mano.

—Sí —dijo Hoggle.

Lo intentó de nuevo, luchando por levantarla. Fue inútil.

—Oh —dijo—. Esto es tan estúpido.

—Querrás decir que tú eres estúpida —la corrigió Hoggle.

—Cállate, malvado renacuajo.

—¡No me llames así! —Hoggle estaba agitado—. No soy un renacuajo.

—Sí, lo eres —dijo Sarah. Estaba recordándose ansiosamente a sí misma mucho más pequeña, en la escuela, cantando mofas crueles a alguna niña atormentada, pero insistió—. Si, eres un… un… ¡Un feo, sucio y malvado renacuajo!

Hoggle estaba fuera de sí de rabia.

—No puedes llamarme así —dijo histéricamente—. ¡Tú! ¡Ja! ¡Eres tan estúpida, lo das todo por supuesto!

—¡Renacuajo! ¡Renacuajo!

—No lo soy. No lo soy. ¡Basta! ¡Basta!

—¡Asqueroso y espeluznante renacuajo!

Hoggle se recompuso y con algo de dignidad le dijo:

—Si no fueras tan descerebrada, probarías la verja.

Eso la detuvo en el acto. Pensó un momento, luego fue hasta la verja y le dio un pequeño empujón. Se abrió.

—Nadie dijo que estuviera cerrada —observó Hoggle.

—Muy astuto.

—Te crees tan lista —dijo Hoggle—. ¿Sabes por qué? Porque no has aprendido nada.

Sarah estaba mirando con atención más allá de la verja. No le gustaba lo que veía. Estaba oscuro y parecía amenazador. La música que zumbaba en el aire parecía más intensa. Había un olor a putrefacción.

Reunió su coraje y dio dos pasos dentro del Laberinto. Entonces se detuvo. Un pasaje cruzaba la entrada. Era tan estrecho, y la pared tan alta, que el cielo no era más que una rendija sobre su cabeza. En la penumbra resonaba un continuo goteo de agua.

Se aproximó a la pared más alejada, la tocó y apartó la mano. Estaba húmeda y resbaladiza, como mohosa.

A su espalda, la cabeza de Hoggle se asomaba a través de la puerta.

—Acogedor, ¿verdad?

Sarah se estremeció.

Los modales de Hoggle se habían alterado. Estaba callado, casi era posible detectar un indicio de preocupación en su voz.

—Realmente vas a entrar ahí, ¿verdad?

Sarah dudó.

—Yo… sí —dijo—. Sí, voy a hacerlo. ¿Hay… hay alguna razón por la que no debiera hacerlo? —Estaba apretando los puños. Lo que había dentro de la verja parecía un lugar horriblemente sombrío.

—Hay muchas razones por las que no deberías —replicó Hoggle—. ¿Hay alguna razón por la que deberías? ¿Alguna razón realmente buena?

—Sí, la hay. —Hizo una pausa—. Así que supongo… que debo hacerlo.

—De acuerdo —dijo Hoggle, con un tono de voz que implicaba, *allá tú*—. Ahora, —preguntó —, ¿por qué camino irás? ¿Derecha o izquierda?

Sarah miró a un lado y después al otro. No había razón para escoger uno u otro. Ambos parecían sombríos. Las paredes de ladrillo parecían extenderse hasta el infinito. Se encogió de hombros, esperando alguna ayuda, pero demasiado orgullosa para pedirla.

—Ambos parecen iguales —dijo.

—Bueno —le dijo Hoggle—, no vas a llegar muy lejos entonces, ¿no?

—Vale —dijo ella malhumoradamente—, ¿por cuál irías tú?

—¿Yo? —Él rió sin alegría—. No iría por ninguno.

—Menudo guía estás hecho.

—Yo nunca dije que fuera un guía, ¿verdad? Aunque ciertamente te vendría bien uno. Probablemente acabarás volviendo a donde empezaste, dado tu historial de aciertos.

—¡Bueno —le espetó Sarah—, si ésa es toda la ayuda que me vas a prestar, bien podrías dejarme seguir en paz!

—¿Sabes cuál es tu problema? —preguntó Hoggle.

No hizo caso al consejo, sino que intentó aparentar determinación y ponerse en camino en una dirección u otra. Izquierda, derecha; pensaba, ése era el orden normal. Así que en este lugar anormal, bien podría intentar con la derecha, ¿verdad?

—Te lo he dicho, das muchas cosas por supuestas —siguió Hoggle—. Este Laberinto, por ejemplo. Incluso si logras llegar al centro, lo cual veo sumamente dudoso, nunca volverás a salir.

—Ésa es tu opinión —Sarah se movió a la derecha.

—Bueno, es una opinión mejor que cualquiera de las tuyas.

—Gracias por nada, Hogwart.

—¡Hoggle! —Su voz llegó resonante desde la verja, donde él se había quedado—. Y no digas que no te lo advertí.

Tensando la mandíbula, avanzó a grandes pasos entre las paredes húmedas y horrendas.

Sólo había recorrido unas pocas zancadas cuando, con un poderoso y reverberante ¡clang!, la verja se cerró tras ella. Se detuvo, y no pudo resistirse a volver la vista atrás, para ver si la verja se abriría de nuevo. No lo hizo.

Hoggle estaba fuera. Ahora el único sonido en el Laberinto era el goteo del agua y la respiración acelerada de Sarah.



Capítulo Cuatro
¿Cuál Es Cuál?

Sarah tomó un profundo aliento y avanzó nuevamente por el largo pasillo. Una acumulación de liquen que se encontraba sobre el pilar de la verja abrió los ojos y la observó marchar.

Los ojos, entreabiertos, mostraban una expresión ansiosa y cuando Sarah se hubo alejado un tanto de él, el liquen giró la mirada hacia el otro lado, murmurando para sí mismo. La mayor parte eran muestras de desaprobación por la dirección que Sarah había tomado. Podía verse por la forma en que los ojos miraban significativamente al otro lado. El liquen sabía cosas.

Cuando llevaba caminando un rato entre las paredes de imponente altura del aparentemente interminable pasillo y ya que nada parecía diferente, siguió andando un rato más, y todo era lo mismo. «Otros cien pasos. Y si todavía no llego a ninguna parte pensaré qué hacer a continuación», se dijo a sí misma.

Uno, dos… noventa y ocho, noventa y nueve. Las paredes se extendían hasta la eternidad.

—¿En esto consiste un laberinto? —dijo en voz alta, por el consuelo de oír al menos su propia voz—. No hay ni una sola esquina, o giro, o… nada. Sólo sigue y sigue. —Se detuvo, pensando en lo que Hoggle le había dicho—. Pero quizás no lo sea —razonó—. Tal vez… sólo lo doy por supuesto. Porque eso es todo lo que he hecho hasta ahora, seguir y seguir. Podría seguir haciéndolo para siempre… y no terminar jamás. —Deseó saber cuantas de las trece horas le quedaban ya. No era justo no saberlo.

Tomando un profundo aliento, comenzó a correr. Ahora la única diferencia era que las paredes revelaban su eternidad más rápidamente. Corrió más rápido, patinando en el barro, dándose contra los costados del pasillo, más rápido y más rápido, y las paredes se extendían ante ella sin doblar o cambiar de dirección o acabar, hasta que empezaron a dar vuelta sobre su cabeza y comprendió que se estaba desmayando, exhausta, con lágrimas corriendo por las mejillas.

Se tendió en un montón, sollozando. Un trozo de liquen que estaba cerca la miró simpáticamente, con los ojos saltones.

Cuando se hubo recobrado, abrió los ojos muy lentamente, esperando ver algo diferente esta vez: una esquina, una puerta, incluso su propio dormitorio. Todo lo que había para ver eran las dos paredes.

Con un pequeño chillido de frustración, golpeó los puños contra una de las paredes.

Como respondiendo al timbre de una puerta, una diminuta criatura agusanada con grandes ojos saltones asomó la cabeza entre los bloques donde Sarah había golpeado.

—¿Hola? —preguntó una voz alegre.

Desolada, Sarah miró al gusano. Un gusano parlante, reflexionó; sí, nunca debería haber dado por supuesto que un gusano no puede hablar. Se encogió de hombros. Si un gusano podía hablar, quizás pudiera darle algún consejo. Con voz baja, le preguntó:

—¿Sabes cómo atravesar el Laberinto?

—¿Quién, yo? —Sonrió abiertamente—. No, sólo soy un gusano.

Sarah asintió. Puede que hubiera sido esperar demasiado.

—Entra y conoce a mi señora —la invitó el gusano.

Ella se las arregló para sonreír débilmente.

—Gracias —dijo al gusano—, pero tengo que atravesar el Laberinto. Y no hay giros, ni aberturas, ni nada. —Parpadeó para contener las lágrimas calientes—. Sólo sigue y sigue.

—Ooh —dijo el gusano—, no estás mirando bien, eso es. Está lleno de aberturas. Es sólo que tú no las ves, eso es todo.

Sarah miró alrededor con incredulidad. Las paredes se extendían por siempre a ambos lados.

No había lógica en ello. O quizás no tenía nada que ver con la lógica y ése era el problema: todo lógica y nada de razón.

—Hay una abertura justo ahí —siguió el gusano—. Justo delante de ti.

Ella miró. Pared de ladrillo, musgo húmedo, liquen, nada más.

—No, no la hay.

El gusano resopló, y con voz amable dijo:

—Pasa y toma una taza de té.

—No hay abertura. —La voz de Sarah era insistente.

—Intenta atravesarla, por allí —dijo el gusano, con un ademán de la cabeza que pretendía inspirar coraje—. Ya verás. Pero primero, ¿por qué no tomas una taza de té?

—¿Dónde? —Sarah volvió a mirar de nuevo la pared.

—Lo tengo en la tetera.

La hospitalidad del gusano se malgastaba con ella.

—Es sólo una pared —mascullló—. No hay forma de atravesarla.

—Ooh —observó el gusano—, este lugar, oh, querida. Las cosas no siempre son lo que parecen, ya sabes, no aquí. Aquí no, no. Así que no des nada por supuesto.

Sarah lanzó al gusano una mirada penetrante. ¿Cómo es que utilizaba la misma frase que Hoggle? Y en su mente oyó de nuevo la voz de Hoggle. «¿Yo? No iría por ningún lado».

Ningún lado. Justo delante de ti. ¿Qué más quedaba por hacer? Lo intentaría. Muy tentativamente, sobresaltándose por anticipado, se acercó a la pared y la atravesó, hasta otro pasillo.

Sarah estaba deleitada. Este pasillo también se extendía infinitamente por ambos lados, pero al menos era un pasillo diferente. Se giró agradecida.

—Gracias —dijo al gusano—. Eso ha sido increíblemente útil.

Había comenzado a avanzar a lo largo del nuevo pasillo cuando oyó un pequeño grito a su espalda.

—¡Yo no iría por ahí! —estaba gritando el gusano, y levantó la mirada hacia el liquen, cuyos ojos se mostraban preocupados mientras observaban a Sarah. El gusano dedicó al liquen una sonrisa alegre, pero el liquen siguió mirando ansiosamente a la chica.

Ella se detuvo y volvió jadeando.

—¿Qué has dicho?

—Lo que dije —le dijo el gusano—, fue que no vayas por ahí.

—Oh —asintió Sarah—. Gracias. —Se puso en camino en la otra dirección.

El liquen la observó marchar de nuevo, y suspiró con alivio.

—Guau. —El gusano puso los ojos en blanco—. Ha estado cerca. Si hubiera ido por el otro camino, hubiera llegado directamente a ese horrendo castillo.

En la recámara de piedra del Rey Goblin, Toby, todavía con su pijama a rayas rojas y blancas, tenía la boca abierta de par en par y estaba aullando. Sus pequeños puños estaban firmemente apretados, su cara estaba escarlata y sus ojos cerrados, y estaba montando un escándalo que hubiera hecho gemir a Sarah en voz alta.

Jareth lo observaba con una sonrisa divertida. En este lugar nadie más se fijaba mucho en Toby. Duendes con cuernos, hadas y goblins con yelmos armaban barullo por el lugar, en el suelo sucio, sobre los escalones del trono, subidos a los salientes de las paredes de la habitación, algunos persiguiendo pollos o a un cerdo negro con un yelmo, algunos disputándose algún bocado, algunos asomándose a alguna vasija con la esperanza de encontrar algo para comer, algunos sólo sentados royendo huesos, otros mirando maliciosamente a todos los demás a través de los ojos entrecerrados. El lugar estaba literalmente cubierto de platos de comida a medio terminar, trozos de carne podrida y verdura pasada, basura y porquería. Un pequeño pterodáctilo aleteaba por ahí, buscando su oportunidad. Los cuervos se posaban heráldicamente sobre el trono, decorado con cuernos de carneros que un buitre se había apropiado para utilizar como nido. O tal vez Jareth había instalado al buitre allí para su diversión.

Necesitaba algo que le mantuviera entretenido. Los goblins eran, francamente, aburridos. Eran tan estúpidos que no podían encontrar el camino a través del Laberinto. Carecían de sabiduría o ingenio. En los viejos tiempos, cuando se le ofrecían muchos bebés, Jareth había sido más tolerante, considerando que indudablemente pronto encontraría a uno que pudiera ser entrenado como compañero digno del trono, uno cuya sangre joven serviría para refrescar la de Jareth, cuyo buen ánimo dispersaría los pensamientos de vejez que oprimían al Rey de los Goblins. Cuando las llamadas para que robara a un niño se convirtieron en algo más esporádico, Jareth se había hundido aún más profundamente en el abatimiento. Evitaba los espejos y el reflejo del agua. Podía sentir que la comisura de su boca se había tensado y no necesitaba pruebas de que su frente se surcaba de arrugas cuando no entrecerraba deliberadamente los ojos para tensar su piel.

Tumbado en su trono encortinado, que tenía la forma de un círculo interrumpido, Jareth miraba a la aullante figura de Toby. Con algo de suerte, éste podría crecer hasta convertirse en un goblin inteligente. Quizás pudiera hacer alguna broma, o al menos ver las cosas desde el punto de vista de Jareth. Podría ser de alguna ayuda para controlar este reino desvencijado. Como mínimo, podría proponer alguna travesura novedosa. Las ovejas bicéfalas, la leche cuajada, sartenes ruidosas, robar pijamas, volver áridos los frutales, intercambiar mesas, pan mohoso… Jareth lo había visto todo, demasiadas veces. Pero esta cuadrilla estancada, que se pasaba haraganeando todo el día, todavía consideraba estos viejos y anticuados clichés la maldad perfecta. Era penoso.

Jareth bostezó y examinó cansadamente la habitación. Las paredes estaban decoradas con calaveras y murciélagos. Dios mío, pensó. Calaveras y murciélagos aún. ¿Cómo de lerdos podéis

llegar a ser? Miró esperanzado al reloj. Las tres y media, indicaban las manecillas con forma de espadas. Otras nueve horas y media de espera, hasta que dieran las trece. Tendría que hacer algo para pasar el tiempo.

Se puso de pie ante el trono, estiró los brazos y se paseó intranquilamente. Otro goblin pasó como un rayo. Jareth extendió el brazo y lo atrapó, cogiéndolo por el cogote. Los ojos del goblin se apartaron asustados de los suyos.

—Eres un goblin asustadizo —dijo Jareth con una risa forzada.

El resto de los goblins aullaron con algarabía. Jareth había sido su rey desde que podían recordar, lo cual debían de ser cuatro segundos al menos, y esperaban que fuera el rey para siempre.

Jareth hizo una mueca ante el dolor que suponía eso.

Sarah vagaba a lo largo de pasillos de ladrillos. Todavía eran altos y adustos, pero al menos no se extendían hasta el infinito en el espacio y tiempo, y a veces encontraba unos pocos escalones, lo cual era un cambio agradable. Siempre que encontraba una bifurcación o giro y hacía una elección, había dado con una forma sensata de asegurarse de no vagar en círculos: con el lápiz de labios que se había metido en el bolsillo en casa, dibujaba una fecha sobre el ladrillo en cada intersección, para mostrar por donde había venido. Y siempre que se guardaba el pintalabios y avanzaba por el nuevo pasillo, una pequeña criatura alzaba el ladrillo marcado, lo ponía del revés y lo volvía a colocar, de forma que la flecha ya no era visible.

Después de haber marcado dieciocho flechas, un trozo del pintalabios se rompió mientras hacía la siguiente. Decidida a mantener la calma, lo giró hasta sacar el otro pedazo, y siguió por el camino escogido, subiendo algunos escalones, hasta una cámara. En el extremo del pasillo a su espalda una patrulla de goblins pasó susurrando, pero los ojos de Sarah estaban fijos en lo que tenía delante y no los vio.

La cámara era un callejón sin salida. Se asomó a cada hueco y detrás de los contrafuertes, pero definitivamente no había salida. Se encogió de hombros y volvió sobre sus pasos hacia la decimonovena flecha. Cuando alcanzó la esquina, buscó su flecha y no pudo verla. «Qué raro», pensó. «Estoy segura de que estaba aquí, en esta esquina, en ese ladrillo de ahí». El ladrillo estaba en blanco. Frunció el ceño y miró alrededor. En el suelo divisó el trozo quebrado de pintalabios. Miró otra vez, con decisión, y aún así no pudo ver la flecha. Eso lo demostraba. Aquí había gato encerrado. Arrojó al suelo el resto del lápiz de labios.

—¡Qué horrible lugar es éste! ¡No es justo!

—Tienes razón —dijo una voz a su espalda—. ¡No es justo!

Saltó y se dio la vuelta.

Tras ella, en la cámara que no tenía salida, vio ahora dos puertas talladas en la pared, y a un guardia apostado en cada una de ellas. Al menos, creyó que debían ser guardias, ya que estaban de pie firmes y vestían una armadura con blasón. Pero cuando los estudió ya no estuvo tan segura. Eran bastante cómicos en realidad. Sus enormes escudos, que curiosamente mostraban un patrón

de figuras geométricas, rollos de pergamino y otros artefactos, parecían extremadamente pesados, lo cual explicaría la postura de piernas abiertas de cada uno de ellos. Pobres, pensó, tener que estar así de pie todo el rato y permanecer bien erguidos. El de su izquierda tenía unos ojos increíblemente astutos bajo el yelmo, y se dijo a sí misma que le llamaría Alf, por un tío suyo que tenía unos ojos así; pero entonces se fijó en su gemelo no-idéntico de la derecha (al cual no podía verle los ojos porque tenía un yelmo demasiado grande para él) que por consiguiente debía llamarse Ralph (R por right, que en inglés significaba derecha, ya ves), y así mentalmente corrigió la ortografía del nombre del primero dejándolo en Alph (no es que le importara a nadie, ya que no podía escribirlos).

Habiendo decidido en su mente la cuestión de los nombres, notó lo más curioso de todo, por debajo de cada escudo asomaba otra cara, bocabajo, como en una jota de picas. Los personajes bocabajo, a los que llamó Jim y Tim (el primer par de nombres que rimaban que le vino a la cabeza), parecían estar colgando de sus incómodas posiciones con las manos nudosas y correosas que podía ver aferradas a la parte de abajo de los escudos. Debían añadir aún más carga a los tambaleantes Alph y Ralph.

Había sido Jim Bocabajo quien la había hecho saltar al dirigirse a ella. Añadió:

—Y eso es sólo la mitad.

—¿La mitad de qué? —preguntó Sarah, retorciendo y agachando la cabeza para conseguir una buena perspectiva de la cara de Jim. Habría sido, tenía la sensación, bastante grosero permanecer bocarriba. Tenías que ajustarte a la gente que conocías, incluso aquí.

—La mitad del doble es más —replicó Jim.

—¿El doble de qué? —Sarah estaba exasperada.

—El doble es más que la mitad.

—Mira —Sarah alzó un dedo y señaló otra vez a la pared de la cámara—. Esto era un callejón sin salida hace un momento —dijo.

—No. —Era Tim Bocabajo quien hablaba ahora—. Ése es el callejón sin salida, a tu espalda.

Sarah se enderezó de nuevo y se dio la vuelta. Tenía razón. El camino por el que había venido estaba ahora cerrado por una sólida pared.

—¡Oh! —exclamó indignada—. No es justo. Este lugar sigue cambiando. ¿Qué se supone que debo hacer?

—Depende de quien haga la suposición —dijo Jim.

—Ni la mitad —añadió Tim.

—Intenta con una de las puertas —sugirió Jim.

—Una de ellas conduce al castillo —le dijo Tim con voz alegre—, y la otra a una muerte segura.

Sarah jadeó.

—¿Cuál es cuál?

Jim sacudió su cabeza bocabajo.

—No podemos decírtelo.

—¿Por qué no?

—¡No lo sabemos! —cacareó Jim triunfante.

—Pero ellos sí. —Tim asintió confidencialmente con la cabeza hacia Alph y Ralph. Eso tiene mérito, estando cabezabajo, pensó Sarah.

—Entonces les preguntaré.

Antes de poder decir nada más, Ralph estaba hablando con voz muy lenta y pedante.

—¡Ah! No, no puedes preguntarnos. Sólo puedes preguntarle a uno. —Parecía tener dificultad para pronunciar las palabras, especialmente las Rs y las Ts.

—Son las reglas. —La voz de Alph era rápida y burlona, y al mismo tiempo sus ojos se movían ansiosamente. Golpeó ligeramente con un dedo algunas cifras en su escudo, las cuales presumiblemente debían ser las reglas—. Y creo que debo advertirte que uno de nosotros siempre dice la verdad y el otro siempre miente. Ésas son las reglas también. —Su mirada voló hacia Ralph—. Él siempre miente.

—No le escuches —dijo Ralph, sentenciosamente—. Está mintiendo. Yo soy quien dice la verdad.

—¡Eso es mentira! —replicó Alph.

Jim y Tim reían disimuladamente tras los escudos, bastante insolentemente, pensó Sarah.

—Ya ves —le dijo Tim—, incluso si le preguntas a uno de éstos, no sabrás si la respuesta que consigas es verdadera o falsa.

—Espera un minuto —dijo ella—. Conozco este acertijo. Lo he oído antes, pero nunca he conseguido resolverlo.

Oyó a Ralph murmurando para sí mismo:

—Está mintiendo.

—Él está mintiendo —replicaba Alph.

Sarah se rascaba la frente.

—Puedo hacer una única pregunta y no importa cuál de ellos conteste. —Chasqueó la lengua impacientemente—. Oh, ¿cuál podría ser?

—Vamos, vamos —dijo Tim con irritación—. No podemos quedarnos aquí todo el día.

—¿Qué quieres decir con que no podemos? —exclamó Jim—. Ése es nuestro trabajo. Somos los vigilantes de las puertas.

—Oh, sí. Lo olvidé.

—Silencio —ordenó Sarah—. No puedo pensar.

—Yo te diré la verdad —declaró Ralph pedantemente, desde debajo de su yelmo.

—¡Ooh! —respondió Alph mecánicamente—. ¡Qué mentira!

Sarah estaba intentando averiguar la lógica por sí misma. Con un dedo pensativamente en el aire, razonaba.

—Lo primero que debo averiguar es quien es el mentiroso… pero, no, no hay forma de hacer eso. Así que… lo siguiente es encontrar una pregunta que pueda hacer a cualquiera… y conseguir la misma respuesta.

—Oh, ésa sí que es buena —Tim se reía a carcajadas—. Uno de nosotros siempre dice la verdad y el otro siempre miente, ¿y tú quieres encontrar una pregunta a la que ambos demos la

misma respuesta? Oh, éste será el día. Ésa sí que es buena, sí. Oh.

Sarah entrecerró los ojos. Pensaba qué podría ser que lo hubiera conseguido.

—Veamos —dijo—, ¿a quién debo preguntar?

Alph y Ralph se señalaron el uno al otro.

Con una sonrisita, Sarah dijo a Ralph:

—Contesta sí o no. ¿Él —señaló a Alph—, me dirá que esta puerta —señaló a la puerta que había detrás de Ralph—, conduce al castillo?

Alph y Ralph la miraron, y después se miraron el uno al otro. Conferenciaron en susurros.

Ralph levantó la mirada hacia ella.

—Uh… sí.

—Entonces la otra puerta conduce al castillo —concluyó Sarah—. Y ésta conduce a la muerte segura.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ralph lentamente. Su voz parecía agraviada—. Él podría ser el que dice la verdad.

—Entonces no serías tú —replicó Sarah—. Así que si me dices que él diría sí, sé que la respuesta es no. —Estaba muy complacida consigo misma.

Ralph y Alph parecían decaídos, considerando que habían sido oscuramente burlados.

—Pero yo podría estar diciendo la verdad —objetó Ralph.

—Entonces sería él quien estaría mintiendo —dijo Sarah, permitiéndose una amplia sonrisa de placer—. Así que si me dices que él diría sí, la respuesta seguiría siendo no.

—Espera un minuto —dijo Ralph. Frunciendo el ceño. ¿Eso es correcto?

—No lo sé —replicó Alph airadamente—. No estaba escuchando.

—Es correcto —les dijo Sarah—. Lo he averiguado. Nunca lo había hecho hasta ahora. —Sonrió—. Puede que me esté haciendo más lista.

Se dirigió a la puerta que había detrás de Alph.

—Muy astuta, seguro —comentó Jim molesto y le sacó la lengua.

Ella le devolvió el gesto mientras abría la puerta. Sobre el hombro, mientras se iba, dijo:

—Pan comido.

Atravesó el umbral y cayó directamente en un pozo.

Sarah gritó. La parte alta del pozo era un disco de luz que menguaba.



Capítulo Cinco
Malos Recuerdos

Mientras gritaba, cayendo hacia abajo por el pozo, Sarah comprendió que su caída estaba siendo ligeramente impedida por cosas que la rozaban. Grandes y gruesas hojas que no podían ser, o alguna suerte de musgo áspero que brotaba de las paredes del pozo. Fuera lo que fuera, intentó aferrarse a una, para salvarse del terrible golpe que esperaba a cada instante. Estaba cayendo demasiado rápido.

Entonces, por pura casualidad, su muñeca aterrizó sonoramente en una de esas cosas, que se cerró al instante y con firmeza alrededor de ella. Con una sacudida que casi la desarticuló, se encontró colgando de un brazo.

—¡Oh! —gimió con alivio, y se sintió a sí misma jadear en busca de aliento.

Miró hacia abajo, para ver lo cerca que había estado de romperse todos y cada uno de los huesos. Todo lo que pudo ver fue un largo túnel, bordeado por cosas que ella misma había roto al caer. Miró hacia arriba. La abertura por la que había entrado en el agujero estaba muy alta.

Cuando sus ojos se ajustaron a la luz sombría, vio que lo que la había cogido era una mano. Por todas partes a su alrededor, brotando de los costados del pozo, había manos que tanteaban en el aire, como algas bajo el agua.

Su alivio dio paso a una sensación asqueada: estaba sujeta por el apretón de una mano sin brazo o cuerpo adherido, y aparentemente ésta no tenía intención de soltarla. Quizás fueran manos carnívoras, o fueran como esas arañas que simplemente te disolvían lentamente. Miró nerviosamente arriba y abajo del pozo de nuevo, esta vez buscando algún esqueleto colgando por ahí, como capturado en una trampa de la jungla. No vio ninguno.

Y ahora sentía que otras manos la buscaban y la encontraban, sujetándola de las piernas y el cuerpo. Había manos sobre sus muslos y tobillos, en su cuello. Se estremeció y gritó.

—¡Basta! —Sabiendo lo fútil que era, gritó—. ¡Socorro! ¡Socorro! —Se retorció, intentando sacudírselas, y con su mano libre buscó un punto de apoyo, en un desesperado intento de alejarse escalando. Todo lo que puedo encontrar para agarrarse fue otra mano. Dubitativamente la cogió, y ésta respondió inmediatamente, apretándole la mano firmemente. Con la idea de quizás escalar de mano en mano hasta un rellano, intentó liberar la muñeca de la primera mano. No fue bien. Ahora estaba más firmemente sujeta que antes, atascada entre una red de manos.

—¡Socorro! —lloriqueó.

Sintió un golpe ligero en su hombro, y giró la cabeza para ver qué era. Para su desconcierto, vio que las manos de uno de sus costados se colocaban para tomar la forma de una especie de cara, con dedos y pulgares formando círculos a modo de ojos y dos manos trabajando juntas para modelar una boca. Y la boca le habló.

—¿Qué quieres decir con «Socorro»? —dijo—. Estamos socorriendo. Somos las Manos Amigas.

—Me estáis haciendo daño —les dijo Sarah. No era del todo cierto. El miedo, en vez del dolor, era lo que la afligía.

Ahora había varias caras más formadas por manos a su alrededor.

—¿Querrías que te soltáramos? —preguntó una de ellas.

Sarah miró había abajo.

—Uh… no.

—Bueno, entonces —dijo una de las manos—. Vamos. ¿En qué dirección?

—¿En qué dirección? —preguntó ella, desconcertada.

—¿Arriba o abajo?

—Oh… —Estaba más que confusa—. Er… —Volvió a mirar hacia arriba, hacia la luz, pero eso sería una especie de retirada. Miró abajo, al desconocido abismo insondable.

—¡Vamos! ¡Vamos! —la urgió una voz impaciente—. No tenemos todo el día.

¿De verdad?, pensó Sarah para sí misma.

—Es una gran decisión para ella —dijo una voz compasiva.

—¿En qué dirección quieres ir? —preguntó una insistente.

Todo el mundo en el Laberinto era tan imperativo. Tengo una buena razón para tener prisa, sintió Sarah. Sólo tengo trece horas para encontrar a mi hermanito, y sólo Dios sabe cuánto de ese tiempo ha pasado ya. ¿Pero, por qué toda esta gente… si puede llamárseles gente… es tan mandona?

—¡Vamos! ¡Vamos!

—Bueno, er… —Sarah todavía dudada. Arriba era una cobardía, y abajo era aterrador.

Muchas caras observaban su indecisión. Varias de ellas reían disimuladamente, cubriéndose las bocas con otra mano.

Tomó un profundo aliento.

—Bueno, ya que llegué de arriba… bajaré.

—¿Ha escogido abajo? —oyó a los burlones tras sus manos—. ¡Ha elegido… abajo!

—¿Es que he escogido mal? —inquirió Sarah tímidamente.

—Ahora ya es demasiado tarde —dijo una de las caras de manos, y con esto empezaron a pasársela pozo abajo, no rudamente. Los oía canturrear algo parecido a una cantinela.

—Abajo, abajo, abajo, abajo. Abajo, pasadla abajo, chicos. Todos iremos abajo, chicos. Abajo, abajo, abajo. Abajo, pasadla abajo, chicos. Nunca un ceño fruncido, chicos. Abajo, abajo, abajo, abajo.

Y abajo fue, muy abajo, hasta que se encontró momentáneamente sostenida sobre una boca de alcantarilla, mientras las Manos Amigas la cubrían. Entonces las manos más bajas la soltaron, dejándola caer pulcramente por el hueco de la alcantarilla, y lo último que vio fue a las manos ondeando un adiós servicialmente.

Cuando aterrizó sobre el suelo de piedra de una oscura y pequeña celda, la tapa fue vuelta a colocar en la alcantarilla, con un golpe apagado.

En una oscuridad absoluta, Sarah se sentó. Su cara estaba en blanco.

La imagen de su cara silenciosa brillaba claramente en un cristal en la cámara del Rey Goblin.

—Está en el olvidadero —observó Jareth.

Los goblins cacarearon malvadamente, danzando y haciendo cabriolas alrededor. Sus mandíbulas se abrían de par en par con algarabía, y se palmeaban los muslos.

—Silencio —les dijo Jareth.

Se quedaron congelados. Sus cabezas se retorcieron para mirar a su Rey. Un goblin astuto preguntó.

—¿Risa equivocada?

—No debería haber llegado tan lejos como para alcanzar el olvidadero. —Jareth todavía estaba mirando a la imagen de la cara de Sarah en el cristal. Sacudió la cabeza—. Debería haberse rendido ya.

—Nunca se rendirá —dijo un goblin agudo.

—Ja —rió Jareth tristemente—. ¿No? Se rendirá tan pronto como tenga que comenzar otra vez.

Le complacía pensar en su Laberinto como en el tablero de un juego; si te acercabas demasiado a la casilla ganadora, podías encontrarte una serpiente que te llevara de vuelta a la salida. Nadie lo había logrado, y muy pocos habían llegado tan lejos como esta perturbadora chica, que era demasiado mayor para convertirse en un goblin. Jareth examinó su cara en el cristal. Demasiado mayor para ser un goblin, pero demasiado joven para quedarse con él, malditos fueran sus ojos inocentes. Tenía que ser enviada de vuelta al principio inmediatamente, antes de que se convirtiera en una seria amenaza para Toby, y sabía qué serpiente podía llevar a cabo el trabajo.

—¡Hoggle! —llamó, haciendo girar el cristal.

La cara de Hoggle apareció en él.

—Está en el olvidadero —dijo Jareth—. Llévala de vuelta a la muralla exterior.

Hoggle ladeó la cabeza, haciendo una mueca.

—Está bastante decidida, Su Majestad. No será fácil…

—Hazlo —Jareth lanzó el cristal al aire, donde se desvaneció como si fuera una pompa de jabón.

Rió ahogadamente, imaginando la cara de Sarah cuando se encontrara junto al estanque de Hoggle otra vez. Entonces echó atrás la cabeza y rugió de risa.

Los goblins le observaron inseguros. ¿Era correcto reír ahora?

—Bueno, adelante —les dijo Jareth.

Con el regocijo simple que es natural en la gente malvada de corazón, los goblins se lanzaron a su rutina de cacareos y risitas burlonas. El goblin astuto los dirigía, como un conductor, liderándolos en un crescendo de maligno regocijo.

Sarah estaba sentada en el suelo de la celda negra deseando haber pedido a las Manos Amigas que la subieran por el pozo, hacia la luz. ¿Qué podía esperar de este lugar?

Cuatro de sus sentidos se agudizaron en la oscuridad; y detectó un pequeño sonido de arañazos.

—¿Quién está ahí? ¿Quién está conmigo? —Su cuerpo estaba tenso por la alarma.

—Yo —replicó una voz brusca.

Hubo arañazos, seguidos de un resplandor de luz como el de una cerilla prendida, que se convirtió en una antorcha en llamas. Hoggle estaba sentado allí, en un banco basto, sujetando una antorcha en alto para que él y Sarah pudieran verse el uno al otro.

—Oh —dijo ella—. Me alegro de verte, Hoggle. —Estaba tan aliviada que podría haberle abrazado.

—Si, bueno —dijo Hoggle bruscamente, como si se sintiera ligeramente avergonzado por la situación—. Bueno, yo también me alegro de verte.

Sarah se colocó junto a él, a la luz de la antorcha.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Hoggle se encogió de hombros, y medio se dio la vuelta.

—Supe que ibas a meterte en problemas en cuanto te vi. Así que yo… vine a echarte una mano.

«Una mano amiga», pensó Sarah, y se estremeció. Ya había tenido bastantes de ellas.

—¿Quieres decir —preguntó—, que vas a ayudarme a cruzar el Laberinto?

—¿Cruzar el Laberinto? —respondió Hoggle desdeñosamente—. ¿No sabes dónde estás?

Sarah miró a su alrededor. En el círculo de luz derramado por la antorcha vio las paredes de piedra, el suelo de piedra, el techo de piedra. Un banco basto de madera era el único lujo.

—Oh, sólo ahora es cuando mira alrededor, ¿verdad? —El desdén de Hoggle se había convertido en sarcasmo—. Supongo que la señorita habrá notado que no hay ninguna puerta… sólo el agujero de allí arriba.

Sarah espió tan duramente como pudo en el interior de las sombras, y comprendió que él tenía razón.

—Esto es —estaba diciendo Hoggle—, un olvidadero. El Laberinto está lleno de ellos.

Se sintió ofendida por su tono de sabelotodo, por el tono burlón de su voz.

—¿De veras? —replicó, imitando su sarcasmo—. Vaya, que curioso.

—No intentes hacerte la lista —le dijo él—. No sabes lo que es un olvidadero.

—¿Y tú sí?

—Sí —dijo Hoggle, con un dejo de orgullo—. Es un lugar donde pones a la gente para olvidarte de ellos.

Sarah recordó los verbos de sus clases de lengua, y, complacida consigo misma, dijo:

—Por supuesto. Viene del verbo olvidar. Pero tú ya sabías eso, por supuesto.

Hoggle alzó la barbilla para rascársela, y al mismo tiempo dejó que sus ojos se alzaran portentosamente hacia el techo de la celda.

Cuando lo que Hoggle había dicho empezó a calar, Sarah miró a las oscilantes paredes de piedra y se estremeció. Olvidarse de ellos… ¿Era eso lo que Jareth estaba haciendo con ella? ¿Simplemente olvidarla? Empezó a sentirse indignada. No era justo. La había desafiado a completar su búsqueda. Todas las probabilidades estaban en su contra, pero había sido lo suficientemente valiente como para empezarla… él no podía ahora, simplemente dejar que se

pudriera aquí. ¿Podía?

Hoggle había cogido la antorcha y se había bamboleado hasta una esquina del olvidadero. La llamó por señas para que le siguiera. Lo hizo, lanzando una gran sombra por las paredes. Tendido en la esquina había un esqueleto, recostado sobre la espalda, con las rodillas encogidas y la cabeza apoyada contra la pared.

Sarah se puso una mano en la boca y estuvo a punto de gritar, después lo pensó mejor. Se obligaría a sí misma a permanecer fría.

—¿Ves? —Hoggle estaba mirándola de reojo—. Este Laberinto es un sitio peligroso. No es lugar para una chica pequeña.

Ella le miró. ¿Quién era pequeño?

Él hizo un ademán con la cabeza hacia el esqueleto.

—Así es como terminarás si sigues adelante. En un olvidadero, como él. Hay un montón de malos recuerdos en el Laberinto, te lo digo yo. Lo que tienes que hacer, señorita, es salir de aquí.

—Pero debo encontrar a mi hermanito.

—Olvídate de todo eso. Ahora bien —dijo Hoggle, rascándose la mejilla con un dedo índice—, resulta que conozco un atajo para salir del Laberinto desde aquí.

—No —dijo ella al momento—. No voy a rendirme ahora. He llegado demasiado lejos. Lo he hecho bastante bien.

Él asintió con la cabeza, y con voz calmada la tranquilizó.

—Has estado maravillosa —sacudió la cabeza y dejó escapar un ruido sordo entre los dientes —. Pero esto es sólo el borde del Laberinto. Apenas has empezado. A partir de aquí, se pone peor.

Había algo en su tono cargado de secretismo que hizo sospechar a Sarah.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí? —le preguntó.

—¿Qué? —Hoggle pareció agraviado—. Yo soy así. Eso es todo. Una agradable jovencita… en un olvidadero terriblemente negro…

—Escucha —le interrumpió Sarah—, ¿te gustan las joyas, verdad?

Él frunció la cara.

—¿Por qué? —preguntó él lentamente.

—Tienes algunas piezas muy bonitas. —Señaló a la cadena de ornamentos que colgaba de su cinturón. A la luz de la antorcha no podía estar segura del todo, pero creyó ver un ligero sonrojo en sus mejillas cubiertas por una ligera barba.

—Gracias —dijo Hoggle.

—Si me ayudas a atravesar el Laberinto… —Tomó aliento—… te daré… —Se quitó el brazalete. Era sólo una baratija de plástico, no uno de los especiales que le había regalado su madre, y que llevaba sólo cuando salía—… esto —concluyó, ofreciéndoselo.

—Hm —Hoggle se lamió los labios y ojeó el brazalete, evaluándolo.

—Te gusta, ¿verdad? —Podía ver que sí. También vio que estaba echando el ojo al anillo de su dedo. Éste no tenía ningún valor intrínseco tampoco, sin embargo Sarah le tenía cariño porque su madre lo había llevado al hacer de Hermione en *La Historia de Invierno*.

—Entonces… entonces —dijo—. Te diré una cosa. Tú me das el brazalete y esto es lo que haré

yo: te mostraré el camino para salir del Laberinto. ¿Qué tal?

—Eso ibas a hacerlo de todos modos —señaló ella.

—Sí —replicó él—. Por eso sería en un gesto particularmente bonito por tu parte. —Extendió la mano.

—¡Oh, no! —Sarah retiró bruscamente el brazalete—. Para eso debes mostrarme el camino dentro de él. Todo el camino.

Hoggle resopló.

—¿Qué hace estar a la señorita tan segura de que conozco la forma de atravesarlo?

—Bueno —respondió ella—, has llegado hasta aquí, ¿no?

—¿Qué? —cloqueó Hoggle, sacudiendo la cabeza—. Sí, sí, pero… ya te lo dije, esto es solamente el principio. No has llegado a ninguna parte aún. Vamos, ¿dónde está tu sentido común? Confía en mí, no quieres seguir adelante con esto. De veras. Has hecho lo que has podido, y más. Has probado que eres lista, una chica valiente, y no te mereces lo que sería de ti aquí dentro. —Miró mordazmente al esqueleto, que parecía mecerse ligeramente a la parpadeante luz mortecina de la antorcha—. No, no, mereces salvarte de esto. Te lo aseguro. Así que… ¿qué me dices? —Levantó la mirada hacia ella con sus ojos sagaces de cerdito bajo sus pobladas cejas.

Ella le devolvió la mirada francamente. Fuera cual fuera su juego, lo estaba jugando muy mal. Tuvo que morderse el labio para evitar reírse como una tonta de él.

—Te diré qué —dijo, entrecerrando los ojos—. Si no me llevas todo el camino a través del Laberinto, llévame por lo menos tan lejos como puedas. Y a partir de ahí intentaré hacer lo que pueda por mí misma.

Él la miró con disgusto.

—¡Aggh! De todos los estúpidos cabezaduras me he venido a cruzar con…

Sarah ondeó el brazalete ante sus ojos.

—Un trato justo —ofreció—. Sin trampas. Un brazalete ¿hmm? ¿Qué me dices?

El brazalete danzaba en su mano, y los ojos de Hoggle danzaban con él. A regañadientes el hombrecito preguntó:

—¿Y de qué es, de todos modos?

—Plástico.

Los ojos de él brillaron. Entonces alzó su brazo rechoncho para que Sarah le pusiera el brazalete en la muñeca. Lo miró allí colocado y no pudo ocultar su orgullo.

—No prometo nada —dijo—. Pero… —gruñó resignado—… te llevaré tan lejos como pueda. Después será cosa tuya, ¿correcto?

—Correcto —estuvo de acuerdo Sarah.

Él asintió con la cabeza. Sus ojos todavía brillaban cuando miraba el brazalete en su muñeca.

—¡Plástico! —murmuró, excitado.

—Vamos pues —le urgió Sarah.

Hoggle entró en acción. Agarró el pesado banco de madera y, con una fuerza que Sarah no hubiera sospechado en su pequeño cuerpo regordete, le puso en vertical de forma que el asiento quedó pegado a la pared. Sarah se sorprendió al ver dos picaportes de puerta en la parte de abajo

del asiento, uno a la derecha y otro a la izquierda, y se quedó desconcertada cuando Hoggle giró uno de los pomos y el asiento se convirtió en una puerta incrustada en la pared de piedra. Esto no es justo, pensó.

Con una sonrisa traviesa… porque estaba disfrutando, pavoneándose ante la jovencita… Hoggle abrió y atravesó el umbral.

Sarah estaba a punto de seguirle cuando oyó un crujido y un parloteo. Escobas y cubos cayeron por la puerta hasta el olvidadero. Sarah sonrió, reconociendo la vieja broma del armario de las escobas.

—¡Oh, maldición! —oyó decir a Hoggle, dentro del armario. Éste salió, y evitando su mirada empujó las escobas y cubos de vuelta al interior y cerró la puerta.

Todavía tímido, aferró el otro pomo.

—No podemos acertar siempre, ¿no? —mascculló. Esta vez, abrió la puerta bastante menos atrevidamente. Se asomó a través de ella—. Ésta es —le dijo—. Vamos allá.

Le siguió a un pasillo tenuemente iluminado con paredes de roca grotescamente talladas.

Estaban abriéndose paso a lo largo del pasillo cuando una voz resonó:

—¡NO SIGÁIS!

Sarah saltó violentamente, y miró alrededor. No vio a nadie, excepto a Hoggle. Y entonces comprendió: tallada en la pared de piedra había una boca. Al retroceder para alejarse de ella vio que la boca era parte de una enorme cara. Había caras similares alineadas a ambos lados del pasillo. Cuando ella y Hoggle pasaban, cada una entonaba un profundamente resonante mensaje.

—¡Volved mientras aún podáis!

—¡Éste no es el camino!

—¡Cuidado y no vayáis más allá!

—¡Cuidado! ¡Cuidado!

—¡Pronto será demasiado tarde!

Sarah se puso las manos sobre los oídos. Las advertencias parecían estar resonando dentro de su cabeza.

Hoggle, apresurándose a avanzar, miró alrededor para ver dónde se había metido ella, y la vio ahí de pie.

—Bah —ondeó la mano—. No les prestes atención. Son sólo Falsas Advertencias. Encontrarás un montón de ellas en el Laberinto. Quiere decir que vas por el camino correcto.

—Oh, no, no es así —rugió una cara.

—Cállate —le espetó Hoggle en respuesta.

—Lo siento, lo siento —dijo la cara—. Sólo hago mi trabajo.

—Bueno, no tienes necesidad de hacerlo con nosotros —respondió Hoggle, y abrió el camino pasillo abajo.

La cara les observó marchar.

—Muy sagaces —murmuró apreciativamente.

El pasadizo giraba y se retorcía, pero todo el tiempo Sarah tuvo la impresión de que se movían hacia adelante, si tal dirección existía en el Laberinto, y se sintió animada. Pasaron junto a otra

cara tallada.

—¡Oh, cuidado! —declamó la cara—. Porque…

—No te molestes —Hoggle agitó la mano despectivamente.

—Oh, por favor —suplicó la cara—. No lo he dicho en mucho tiempo. No tienes ni idea de lo que es estar aquí, pegado a esta pared, y con…

—Vale —le dijo Hoggle—. Pero no esperes que le hagamos ningún caso.

La cara se animó considerablemente.

—¡Oh, no, por supuesto que no! —Se aclaró la garganta—. ¡Porque el camino que habéis tomado os conducirá a una destrucción segura! —Pausa—. Gracias —añadió cortésmente.

Mientras la cara canturreaba, una pequeña bola de cristal había estado rodando y resbalando pasillo abajo detrás de Sarah y Hoggle. Les alcanzó cuando doblaban una esquina, y la vieron botar por delante de ellos. Un mendigo ciego estaba acuclillado con la espalda contra la pared, con un sombrero de ala ancha en el suelo a sus pies. La bola de cristal brincó, metiéndose pulcramente dentro del sombrero.

Sarah oyó gemir a Hoggle. Le miró. Su boca estaba abierta, y sus ojos miraban fijamente al sombrero en el suelo.

El mendigo giró la cara hacia ellos.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó.

—Uh, nada —balbuceó Hoggle.

—¿Nada? ¡¿Nada?! —El mendigo se alzó.

Hoggle se quedó congelado. Sarah jadeó. Era Jareth.

—Su Majestad… —Hoggle se inclinó tan obsequiosamente que corrió el riesgo de ejecutar una voltereta completa—. Qué… —tragó, y sonrió sin ganas—, qué… qué agradable sorpresa.

—Hola, Hedgewart —dijo el Rey de los Goblins.

—Hogwarts —le corrigió Sarah.

—Hoggle —dijo Hoggle, rechinando los dientes.

—Hoggle —dijo Jareth, con un tono de amable conversación—, ¿es posible que estés ayudando a esta chica?

—¿Ayudando? —prevaricó Hoggle—. ¿En qué sentido? Uh…

—En el sentido de que la estás llevando más profundamente al interior del Laberinto —dijo Jareth.

—Oh —replicó Hoggle—. En ese sentido.

—Sí.

—Oh, no, no, Su Majestad. La estaba conduciendo de vuelta al principio.

—¡Qué! —exclamó Sarah.

Hoggle forzó a sus labios a formar una sonrisa aduladora para Jareth.

—Le dije que la ayudaría a atravesar el Laberinto… un pequeño truco por mi parte… —Se rió a carcajadas y tragó saliva—. Pero en realidad…

—¿Y qué es esa baratija de plástico que rodea tu muñeca? —le interrumpió Jareth, sonriendo amablemente.

—¿Esto? Yo… —Hoggle miró con los ojos muy abiertos el brazalete, que de algún modo había resbalado por su muñeca sin que se diera cuenta e inexplicablemente no lo había notado hasta ese momento—. ¿Por qué? —tartamudeó—, er, madre mía, bueno, yo nunca, ¿de dónde ha salido esto?

—Hoggle —habló Jareth pacientemente—. Si pensara por un momento que estabas a punto de traicionarme, me vería forzado a lanzarte de cabeza al Pantano del Hedor Eterno.

—Oh, no, Su Majestad —las rodillas de Hoggle temblaban—. Eso no. El Hedor Eterno no.

—Oh, sí, Hoggle —Jareth se giró y sonrió a Sarah—. Y tú, Sarah… ¿estás disfrutando del Laberinto?

Sarah tragó saliva. Junto a ella, oía los pies de Hoggle que se arrastraban. Decidida a no permitir que Jareth la intimidara, fingió una indiferencia que estaba lejos de sentir.

—Es… —dudó—. Es pan comido.

Jareth alzó una ceja elegantemente.

Los ojos de Hoggle se cerraron con desmayo.

—¿De veras? —Jareth parecía intrigado—. Entonces hagamos el desafío más entretenido.

Levantó la mirada, y en el espacio de aire que había ante sus ojos apareció el reloj de las trece horas. Gesticuló grácilmente, y las manecillas empezaron a girar visiblemente más rápido.

—Eso no es justo —dijo Sarah.

—Dices eso con frecuencia. Me pregunto cuál es tu base de comparación.

Jareth sacó la bola de cristal de su sombrero y la volvió a lanzar túnel abajo. Al instante, desde la oscuridad, llegó un sonido; un choque, zumbido, y ruido de rodada, distante aún, pero acercándose más y más, y haciéndose más fuerte.

La cara de Hoggle era una máscara de pánico. Sarah se encontró a sí misma alejándose instintivamente del estrépito que se aproximaba.

—El Laberinto es pan comido, ¿no? —rió Jareth—. Bueno, ahora veremos cómo te enfrentas a esta pequeña rebanada. —Mientras su risa burlona todavía resonaba, se desvaneció.

Sarah y Hoggle miraban fijamente al pasadizo. Cuando vieron lo que se aproximaba a ellos, sus mandíbulas cayeron y temblaron.

Una pared sólida de cuchillos que giraban y apuñalaban furiosamente se dirigía inexorablemente hacia ellos. Docenas de afiladas hojas brillaban a la luz, cada una apuntando hacia adelante y zumbando malignamente. La pared de hojas llenaba completamente el túnel, como un tren subterráneo, y los haría pedazos en un abrir y cerrar de ojos.

Y, Sarah notó con horror, al final de la máquina había una fila de cepillos, para limpiarlo todo a su paso.

—¡Los de la limpieza! —gritó Hoggle, y salió corriendo.

—¿Qué? —Sarah estaba tan aterrada que se quedó hipnotizada en el lugar donde estaba de pie.

—¡Corre! —El grito de Hoggle resonó en la distancia y le hizo recuperar el sentido. Se lanzó a toda prisa tras él.

La máquina asesina se acercaba rechinando y rodando estrepitosamente tras ellos.

Lo que faltaba ahora era que llegaran a un callejón sin salida. Al girar una esquina,



encontraron uno. Una puerta pesadamente atrancada cerraba el túnel que tenían delante.

Capítulo Seis

Arriba y Arriba

Sarah jadeó. Las silbantes cuchillas se acercaban con rapidez.

Hoggle tocaba patéticamente a la gran puerta y murmuraba para sí mismo.

Pero Sarah no lo estaba escuchando. Ella miraba alrededor buscando una salida… arriba, abajo. Se apresuró a recorrer las paredes, buscando un picaporte o un botón. Tenía que haber alguna manera de salir. Era así como funcionaba el Laberinto. Siempre había algún truco, si tan sólo pudiese encontrarlo.

El zumbido, el borboteo y el sonido del roce metálico eran más altos. Echó un momentáneo vistazo a lo que estaba haciendo Hoggle. Aún rebuscaba en la puerta. Confiar en él no tenía sentido. ¿Qué podía hacer ella? ¿Qué?

Su mirada cayó en una parte del muro, a un lado de la puerta, que parecía distinto al resto, un panel de placas metálicas. Empujó y éste cedió un poco.

—¡Hoggle! —gritó sobre el resonante estrépito.

—¡Sarah! —contestó él, golpeando su gordiflón puño contra la puerta y dándole una patada, como si esperase que se ablandase al enfrentarse a tal frustración—. ¡No me dejes!

—Ven aquí y ayúdame —le gritó ella.

Hoggle se unió a ella. Juntos empujaron con todo su peso las placas de metal.

—Vamos —le dijo Sarah—, empuja, pequeño farsante. ¡Empuja!

Hoggle estaba empujando.

—Puedo explicarlo —jadeó.

—¡EMPUJA!

El panel se derrumbó de repente. Cayeron a través del espacio que dejó y terminaron despatarrados en el suelo.

Tras ellos, la máquina cortó el aire justo al lado de sus pies. Cuando llegó a la puerta atrancada, sonó un terrible crujido cuando los cuchillos y las cuchillas cortaron la madera, haciendo saltar astillas, las cuáles fueron barridas por los cepillos giratorios. La máquina era dirigida por cuatro goblins de pie en una plataforma detrás de la pared de cuchillos. Gruñían y sudaban por el esfuerzo de girar las manivelas y accionar las palancas para mantener el armatoste zumbando. El estruendo avanzó resonando, a través de la puerta demolida, y se perdió en la distancia.

Sarah se acostó boca arriba, recobrando el aliento. Hoggle bajó la vista hacia ella.

—Nos está enviando todo lo que tiene —dijo, y sacudió la cabeza con un vestigio de admiración—. Los Limpiadores, el Hedor Eterno… todo. Debe pensar muchísimo en ti.

Sarah le contestó con una débil y forzada sonrisa.

—Tiene algunas ideas curiosas.

Hoggle estaba ocupado otra vez. Sus ojos se movían a derecha e izquierda bajo sus tupidas cejas, caminó por la oscuridad hasta que encontró lo que buscaba.

—Esto es lo que necesitamos —gritó—. Sígueme.

Ella se sentó y lo miró. Allí, en el suelo del túnel al que habían entrado, vio la base de una escalera. Se adentraba hacia arriba en la oscuridad.

—Vamos —estaba llamándola Hoggle. El primer peldaño estaba muy alto para que él lo alcanzase y daba saltitos intentando llegar hasta él.

Sarah fue hasta él. La escalera no le parecía muy segura. Estaba hecha de alguna extraña mezcla de trozos de madera, tablas y ramas, remendados en los extremos por algunas cuerdas y clavos clavados a medias.

—Vamos, dame la mano —la urgió Hoggle.

Ella se quedó inmóvil, aferrando con una mano la escalera.

—¿Cómo puedo confiar en ti —preguntó—, ahora que sé que me estabas llevando de vuelta al principio del Laberinto?

—No es verdad —protestó Hoggle, y la miró fieramente con esos ojitos suyos. Era tan mal mentiroso que hasta resultaba conmovedor—. Le dije que te estaba llevando al principio del Laberinto para despistarlo, ¿ves? Eh, eh. Pero en realidad…

—Hoggle —Sarah le sonrió con reproche—. ¿Cómo puedo creer nada de lo que me digas?

—Bien —replicó él, arrugando el entrecejo—. Déjame decirlo de otra forma. ¿Qué opción tienes?

Sarah lo pensó.

—Bien pensado.

—Y ahora —dijo Hoggle—, lo principal es volver arriba. —Y volvió a intentar saltar hasta el primer peldaño de la tambaleante escalera.

Sarah lo aupó, lo observó comenzar a ascender, y lo siguió. Se le ocurrió que en cualquier momento aquello podría venirse abajo; pero, como había dicho Hoggle, ¿qué otra opción tenía?

Hoggle gritó, sin girar la cabeza.

—La segunda cosa principal es no mirar abajo.

—De acuerdo —le contestó ella, y, como si hubiese sido un desafío, tuvo que mirar a hurtadillas más allá de sus pies—. ¡Ooooh! —gritó.

Habían subido mucho más de lo que creía posible en aquel corto espacio tiempo. La tambaleante escalera parecía alargarse por debajo de ella hasta el infinito. No podía ver el final, ni el principio. Se sintió incapaz de subir ningún peldaño más. Agarrando con fuerza los costados de la escalera, comenzó a temblar. Toda la escalera tembló con ella.

Encima de ella, Hoggle se agarró desesperadamente a la temblorosa escalera.

—Te dije que no miraras abajo —gimió—. ¿O allí de dónde vienes «no lo hagas» significa hazlo?

—Lo siento, no me di cuenta…

—Bueno, cuando hayas terminado de temblar, quizás podamos continuar.

—No puedo evitarlo —se lamentó Sarah.

Dando saltitos como un mono en una rama, Hoggle se las arregló para replicar:

—Bueno, entonces nos quedaremos aquí hasta que uno de los dos se caiga, o nos transformemos en comida para gusanos.

—Lo siento —le dijo Sarah, aún temblando.

—Oh, bien. Ella lo siente. En ese caso, no me importa que me sacudan hasta mi certera muerte.

Respirando hondo, y mirando resueltamente arriba, Sarah se obligó a pensar en cosas felices y seguras: Merlín, su habitación, las agradables tardes fuera con su madre, las tablas de multiplicar. Funcionó. Recuperó el control de su cuerpo y comenzó a subir de nuevo.

Hoggle la sintió acercarse, y él también continuó.

—Mira —le gritó—. Tienes que ponerme en mi lugar. Soy un cobarde, y Jareth me asusta.

—¿Qué lugar es ése?

—Uno muy humilde. Ése es mi argumento. Y tú tampoco serías tan valiente, si hubieses olido El Pantano del Hedor Eterno. Es… es… —Fue su turno de hacer una pausa en la escalera, y controlar sus temblores.

—¿Cómo es?

—Me mareo tan sólo de pensarlo.

—¿Eso es todo? —preguntó Sarah—. ¿Un olor?

—Créeme, es suficiente. Oh, madre mía. Espera, sólo espera, ya verás si llegas hasta allí.

—¿No puedes taparte la nariz?

—No. —Huggle se estremeció de nuevo, pero comenzó a subir—. No con ese olor. Se te mete por las orejas. Por la boca. Por cualquier sitio que pueda.

Sarah creyó que podía ver por fin el final. Había hilos de luz sobre su cabeza.

—Pero lo peor —continuó Hoggle—, es que, aunque sea un poco de fango, si te toca, entonces, nunca, nunca, podrás quitarte el hedor.

Hoggle estaba ya en el último peldaño. Alzó la mano, manipuló el pestillo deslizante, y empujó hasta abrir la escotilla de madera.

Fuera el cielo era azul claro. Sarah nunca había visto nada tan hermoso.

Capítulo Siete
El Significado de la Vida

Sarah se unió a Hoggle en el escalón más alto de la escalera, aferrando agradecida el costado de la escotilla abierta. Se sentía como si estuviera pisando tierra firme tras un viaje por mar.

Tenían vistas a un jardín, donde cantaban los pájaros. Estaba rodeado por setos bien cuidados… setos cuadrados, pensó, y ciertamente estaban muy rectos, con aberturas pulcramente cortadas entre ellos, y giros en ángulos precisos, y el césped estaba tan plano y ordenado que el jardín parecía más bien una caja verde, con el cielo azul como tapa.

Pero no por nada los llamaban setos cuadrados, ¿verdad? Era un jardín bastante formal, con estatuas de piedra cuidadosamente colocadas. Sobre las piedras había runas talladas, y unas pocas caras… más de esas Falsas Advertencias, decidió Sarah, preparándose para sus sombrías predicciones.

La escotilla a través de la cual habían emergido estaba en lo alto de una gran urna ornamental, colocada sobre una mesa de mármol. Vaya un acomodamiento más ridículo, reflexionó Sarah, mientras trepaban fuera de la urna y bajaban al césped. Nada era lo que parecía ser. Era como un idioma en el cual todas las palabras eran iguales a las del tuyo, pero donde significaban algo diferente a lo que estabas acostumbrado. A partir de ahora, no aceptaría nada por su apariencia. Miró con suspicacia a la urna, y después abajo, a la hierba. Avanzó cuidadosamente. Puede que resultara ser la parte superior de la cabeza de alguien.

Hoggle extendió las manos.

—Aquí estamos. A partir de ahora ve por tu cuenta.

—¿Qué?

—Esto es todo lo lejos que voy.

—Tú…

—Dije que no prometía nada —se encogió de hombros, insensiblemente.

—Pero tú…

—Y tú dijiste que no necesitabas que nadie te salvara.

—¡Pequeño tramposo! —Sarah estaba indignada—. ¡Asqueroso y pequeño tramposo!

—No soy un tramposo. Dije que te llevaría tan lejos como pudiera. Bueno, esto es.

—Estás mintiendo. Eres un cobarde y un mentiroso y… y…

Él resopló.

—No intentes avergonzarme. No tengo orgullo.

—¡Renacuajo!

—No digas eso. —Hoggle apretó los puños.

—¡Asqueroso tramposo pequeño achaparrado renacuajo bueno para nada!

—¡He dicho que no digas eso! —Sus cejas se fruncieron hasta unirse.

Ella se inclinó hacia él, y susurró:

—Renacuajo.

—Argg. —El cuerpo de Hoggle se tensó. Desnudó los dientes, y después los abrió en un grito.

Con los puños juntos, saltó en el aire, aporreando la tierra cuando aterrizó. Entonces perdió el equilibrio, y rodó por la hierba, agitando los puños en el aire, pateando con sus piernas rechonchas. Su voz alternaba entre gruñido y grito.

—Fuiste tú la que insistió en seguir. Te dije que abandonaras, pero, oh, no, tú eres muy lista. Tú sabes más que nadie, ¿verdad? Arrghhh. Bueno, ahora ve por tu cuenta, y buena suerte, y que te vaya bien. —Cerró los ojos, y rodó otra vez por la hierba.

Sarah le observaba, con la boca abierta de asombro. Nunca había visto a nadie tan furioso, ni siquiera a Toby.

Finalmente Hoggle se tranquilizó, y yació un rato con los ojos todavía cerrados y el cuerpo sacudiéndose ocasionalmente. Sarah se preguntó si necesitaría algún tipo de ayuda. Se sentía culpable. Ella había provocado todo esto sólo con una palabra, que era claramente más hiriente que palos y piedras.

Hoggle abrió los ojos. No la miró mientras se ponía en pie, sacudiéndose la ropa, y fingiendo que tenía la suficiente dignidad como para marcharse con la cabeza bien alta.

—Hoggle no volverá para salvarte esta vez —le informó.

—Oh, sí, lo hará —masculló Sarah por lo bajo. Y antes de que él pudiera alejarse, se lanzó hacia adelante y agarró la cadena de broches y medallas de su cinto. Tuvo que tirar bastante fuerte para soltarla, y a consecuencia de ello Hoggle se tambaleó hacia adelante.

—¡Ey! —protestó.

—¡Ah, ah! —ella sostuvo sus preciosas joyas demasiado alto para que él las alcanzara.

Hoggle danzó en círculos bajo la cadena colgante, intentando saltar y agarrarla. Fue inútil.

—¡Devuélvemela! —chilló.

—No. Podrás recuperarla cuando yo llegue al centro del Laberinto.

—Pero ya oíste a Jareth —lloriqueó Hoggle—. El centro está más lejos de lo que yo puedo ir. ¡No! ¡No! —su lloriqueo se alzó hasta convertirse en un quejido chillón—. Bocabajo en el Pantano del Hedor Eterno —dijo. Cerró los ojos, y se estremeció.

—Allí está el castillo —dijo Sarah, con un tono deliberadamente práctico, el que un padre utilizaría con un hijo tras una rabieta. Por encima de los setos, podía ver los capiteles del castillo y sus torretas y torres brillando al sol, y las señaló—. ¿Qué camino deberíamos intentar?

—No sé —Hoggle se había vuelto hosco.

—Mentiroso.

—¡Devuélvemela! —Hoggle estaba intentando brincar y agarrar la cadena de nuevo—. ¡Devuélvemela!

Ella lo ignoró.

—Intentemos ese camino —propuso, y avanzó enérgicamente a través de una de las aberturas en el seto, a un pasillo también de setos.

Hoggle la siguió a regañadientes, con la barbilla en el pecho.

Sarah abrió el camino hacia abajo por el pasadizo, y pronto llego a otro jardín, que se parecía al que acababan de dejar. De hecho, era tan parecido al primer jardín… que era el mismo, comprendió. Fue hasta la urna, y alzando la tapa, lo comprobó. Si, ahí estaba la escalera por lo que

habían ascendido. Frunció el ceño.

—¿No es éste el mismo lugar que acabamos de abandonar?

Hoggle no estaba prestando atención a nada que no fuera su cadena de baratijas.

—Tú… tú… —saltó, pero no consiguió alzarse más de medio centímetro del suelo—. ¡Devuélvemela! —bramó.

—Estoy segura de que es el mismo lugar —Sarah miró fijamente a los setos y decidió intentar con otra salida—. Vamos —dijo a Hoggle—, intentemos con esta de aquí.

Él trotó miserablemente tras ella.

De nuevo el pasadizo era geométricamente derecho, en ángulo recto con el seto que bordeaba el jardín, y del mismo modo cuando, tras unas pocas zancadas, emergieron a un jardín éste se parecía mucho…

Sarah gimió.

—Oh, no. —Habían llegado a través de otra abertura colocada directamente frente a aquella por la que habían salido.

—Dame mis cosas —Hoggle estaba intentando un tono de amenaza. Era fácil de ignorar.

—Vamos —dijo Sarah, intrépida, e intentó otra abertura.

El resultado fue el mismo de antes. Estaban de cara a la abertura por la que habían salido, y Hoggle no se fijaba en nada que no fueran sus joyas. Sarah se rascó la cabeza.

—No me lo puedo creer —masculló, y miró alrededor del jardín—. ¿Cuál no hemos intentado?

Hoggle señaló a una abertura.

—Bueno, intentemos con ésa entonces —Sarah se zambulló por la abertura.

Esta vez, Hoggle no la siguió, sino que esperó, con los brazos cruzados, sobre el césped. Pasó sólo un momento antes de que la joven reapareciera.

—Oh —gimió—, es imposible.

—¿Muy lista, eh? —se burló Hoggle—. Cree que puede con todo. Y se pierde antes incluso de empezar.

Sarah se giró hacia él.

—No sirve de nada hacerse el presuntuoso. Si no me ayudas, no recuperarás tus cosas.

—Pero… —la cara de Hoggle adoptó un aspecto siniestro—. No sé por qué camino ir —admitió.

—Entonces tendrás que ayudar de otro modo, ¿verdad?

—Son de mi propiedad —se quejó Hoggle—. No es… no es justo.

—No, no lo es —concedió Sarah. Se encontró a sí misma sonriendo, y le llevó un momento comprender por qué. Entonces lo vio, como un acertijo que nunca más volvería a engañarla. Nada era justo. Si esperabas justicia, siempre quedarías desilusionado. Se giró con una generosa sonrisa hacia Hoggle—. Así son las cosas.

En ese momento, divisó una curiosa figura vestida con túnica que paseaba por el césped, al parecer profundamente ensimismada. ¿De dónde había salido? Era un viejo, con un largo mostacho blanco y cejas blancas, pero lo más asombroso de todo era su sombrero, que estaba coronado con la cabeza de un pájaro, con un pico afilado y ojos que lanzaban miradas a todas

partes.

—Perdone —llamó Sarah, corriendo por el césped tras el anciano.

Con su larga zancada, su ceño fruncido, la cabeza inclinada, y las manos cogidas tras la espada, parecía muy sabio. Seguramente sería de más ayuda que el renacuajo achaparrado del que había tenido que depender hasta ahora. Se estaba sentando gravemente sobre un banco del jardín cuando Sarah se aproximó.

—Por favor —dijo—, ¿puede ayudarme?

El Hombre Sabio no había notado en realidad la presencia de Sarah. Cierto que había alzado la cabeza hacia ella, pero sólo como cuando uno mira a un árbol, a una mosca, o a una nube blanca perdido en sus pensamientos. En vez de a ella, parecía estar viendo un lejano horizonte más allá de ella, más allá de lo que la mayoría de los mortales habían visto nunca.

La profundidad y alcance de sus pensamientos eran claramente bastos, fuera cual fuera el tema del que pudieran ocuparse. Probablemente estuviera deliberando profundamente sobre algún problema que Sarah nunca había siquiera imaginado. ¿Será un problema matemático, se preguntó, como la raíz cuadrada de menos dos? ¿O filosófico, como el significado de la vida? Pero no, esas cosas ella ya había intentado imaginarlas, cuando había leído sobre ellas. Aquellos grandes ojos que miraban directamente a través de ella probablemente estuvieran más preocupados por alguna cuestión de física, bioquímica, o lingüística, o todo eso a la vez y más.

—¿Por favor? —repitió tímidamente.

La cabeza de pájaro del sombrero del Hombre Sabio habló de repente.

—¡Largo! ¿No ves que está pensando?

El Hombre Sabio alzó lentamente un dedo, giró los ojos hacia arriba, hacia el pájaro, y habló.

—Shh —dijo.

Sarah cerró la boca arrepentida. Se quedó de pie a un lado, y esperó.

—Y no mires fijamente —la reprendió el sombrero—. Lo distraerás.

—Lo siento.

Los labios del Hombre Sabio se abrieron lentamente, y sus ojos giraron de nuevo hacia arriba, para dirigirse al sombrero.

—Silencio —ordenó.

El sombrero miró sardónicamente a Sarah.

—Éste es el agradecimiento que recibo —dijo disgustado.

—¿Dónde estoy? —estaba preguntando el Hombre Sabio.

—¿Cómo voy a saberlo yo? —pió el sombrero—. Tú eres el Gran Pensador.

El Hombre Sabio se fijó en Sarah.

—Ah, una jovencita.

Sarah le devolvió cortésmente una sonrisita.

La mirada del Hombre Sabio viajó hacia abajo, y se posó en Hoggle.

—¿Y éste es tu hermanito?

—Oh, no —respondió Sarah—. Es sólo un amigo.

Hoggle había estado a punto de quejarse por ser tomado por el hermano de Sarah, pero ahora

se detuvo, y la miró de reojo. Era la primera vez que alguien lo había llamado amigo. Frunció el ceño.

El Hombre Sabio tomó un profundo aliento.

—¿Y qué puedo hacer por ti? —preguntó a Sarah.

—Por favor —dijo ella, sintiéndose tímida y un poco confusa por estar conversando con un anciano sabio sobre lo que para él debía ser una cuestión trivial—, ¿podría usted decirme… decirnos… er, verá usted, debo llegar al castillo… pero ni siquiera puedo salir de este jardín? Cada vez que lo intento me encuentro volviendo justamente aquí de nuevo. Puedo ver el castillo allá a lo lejos, pero… ¿podría decirme, por favor, cómo puedo llegar hasta él?

—Ah —el Hombre Sabio asintió lentamente, cerrando los ojos. Después de un rato dijo—: Así que quieres llegar al castillo.

—Menudo poder de deducción —exclamó el sombrero de ojos brillantes.

—Calla —ordenó el Hombre Sabio.

—Imbécil —replicó el sombrero.

Sarah se puso una mano sobre la boca para ocultar una risita.

El Hombre Sabio unió las manos sobre su regazo.

—Veamos, jovencita —le dijo, frunciendo los labios mientras pensaba. Asintiendo, explicó—: El camino que va hacia adelante algunas veces vuelve atrás.

El sombrero hizo una mueca.

—¿Vas a hacer caso a esa majadería?

El Hombre Sabio estaba mirando fijamente hacia arriba y apretando los dedos. Se aclaró la garganta.

—Y a veces —continuó, mirando ansiosamente a Sarah de nuevo—, el camino que vuelve atrás…

—Es el camino que va hacia adelante —interrumpió el sombrero—. ¿Puedes creerlo? Te lo pregunto a ti.

—¡Te vas a callar! —ordenó el Hombre Sabio a su sombrero, penetrantemente. Miró de nuevo a Sarah—. Con bastante frecuencia, jovencita, parece que no llegamos a ninguna parte, cuando de hecho ya estamos allí.

Sarah miró desesperadamente alrededor del jardín.

—Bueno, indudablemente no estoy llegando a ninguna parte por el momento.

—Únete al club —dijo el sombrero.

—Tal vez —dijo el Hombre Sabio—, tal vez eso sólo sea lo que parece. Las cosas… no siempre son… lo que… —parecía estar intentando resolver la diferencia entre la naturaleza del bien y del mal, posiblemente, o algún cálculo cuatridimensional, y sólo estuviera esperando a resolverlo para terminar su frase—… parecen.

El sombrero se había asomado hacia abajo sobre la frente del Hombre Sabio, y ahora miró burlonamente a Sarah y Hoggle.

—Creo que ahí tenéis vuestra respuesta —dijo—. La suma total de la sabiduría terrenal extendida a vuestros pies al preguntar. Por favor, dejad una contribución en la caja.

Sarah notó por primera vez que el Hombre Sabio había sacado distraídamente una caja de recaudación, con una ranura, de entre los pliegues de su túnica, y ahora estaba sentado, bastante abstraído, con la caja sobre sus rodillas. Cuando Sarah miró la caja, él le dio una pequeña sacudida.

¿Qué hacer?, dudó, entonces se le ocurrió la idea de donar una de las baratijas de la cadena de Hoggle, que todavía estaba sujetando.

Éste le leyó la mente.

—¡Ni se te ocurra! —ladró Hoggle—. Son mías.

Sarah se detuvo, y finalmente se quitó el anillo de atrezo de su madre del dedo. Hoggle la observó dejarlo caer en la cajita y se puso verde. Había creído que se lo daría a él también.

—Gracias por tu amabilidad —dijo el sombrero, sonando como un heraldo—. Proseguid, por favor.

Mientras se alejaban, cruzando el jardín, Hoggle dijo:

—No tendrías que haberle dado nada. No te ha dicho nada.

—Bueno —dijo Sarah pensativamente—, dijo algo sobre que el camino hacia adelante a veces retrocede. No conseguiremos llegar muy lejos intentando ir hacia adelante, así que ¿por qué no salir caminando hacia atrás? Podría funcionar.

La expresión de Hoggle era escéptica, pero le siguió la corriente haciendo lo que ella sugería. Caminaron hacia atrás atravesando la abertura del seto por la que Sarah había emergido la última vez, y el jardín permaneció en pacífico silencio, decorado con los cantos de los pájaros.

El sombrero estaba observando el lugar por el que se habían marchado. Cuando no volvieron, pió:

—¡Bueno, quién lo iba a decir! ¡Siguieron tu consejo!

—Zzzzz —dijo el Hombre Sabio, habiéndose quedado dormido después de tan duro esfuerzo mental.

Su sombrero se inclinó y le miró.

—Es tan estimulante ser tu sombrero.

—Zzzzz —acogió el Hombre Sabio.

Capítulo Ocho
Una Voz Muy Fuerte

Una vez hubieron dejado al Hombre Sabio, Sarah y Hoggle descubrieron que caminando hacia adelante podían avanzar. Fue un cambio agradable. Sin embargo, no tan agradable, porque el laberinto de setos giraba a derecha e izquierda y volvía hacia atrás de nuevo con tanta frecuencia que era imposible hacer ningún progreso en el avance hacia el castillo. Frecuentemente éste podía verse, sus cúpulas y torretas surgiendo amenazadoramente en la distancia sobre los setos, pero no importaba lo lejos y rápido que caminaran, seguía en la distancia.

Sarah todavía estaba pensando en el Hombre Sabio.

—Hoggle —preguntó—, ¿cómo sabes cuándo alguien está hablando con sentido y cuándo es pura basura?

Hoggle se encogió de hombros impacientemente.

—¿Cómo iba a saberlo yo? Todo lo que sé es que estamos solos y verdaderamente perdidos en este lugar. Yo me vuelvo atrás.

—Ni hablar. Ahora estás pegado a mí hasta que lleguemos allí —dijo Sarah, preguntándose cuanto tiempo le quedaba.

Hoggle dijo:

—Hum —sin comprometerse mucho, pensó ella.

Bueno, todavía tenía su preciosa cadena de chucherías. No la recuperaría hasta que ella encontrara a Toby, y juzgó que nada le induciría a abandonarla mientras todavía tuviera su tesoro.

Pasadizo, giro, pasadizo, callejón sin salida, pilar de piedra, pasadizo, arbusto ornamental, giro, adelante, dirigiéndose a ninguna parte. Sarah se preguntó si no sería un sistema cerrado, si no existía más que una entrada, esa urna. Era la clase de acertijo que Jareth tramaría, hacerla malgastar el tiempo que le quedaba. Pero si era así… Se estremeció. ¿Tendría el valor necesario para volver a entrar en la urna, y bajar esa escalera, y avanzar por ese horrible pasillo subterráneo?

Abajo, abajo, abajo, abajo…

Recordó las manos, y el olvidadero, y esa terrible máquina de las cuchillas, y a Jareth con su disfraz de mendigo. Rememoró la frase que su madre le había leído una vez en voz alta de un libro, como le gustaba hacer cuando algo captaba su atención: *Cuidado con lo que dices a un mendigo, podría ser Dios disfrazado*. Cuando viera de nuevo a su madre le diría: O podría ser simplemente el Rey de los Goblins.

Se encogió de hombros.

¿Cómo podía esperar algún respeto de Jareth? Era peligroso y poderoso, obviamente, pero también era demasiado consciente de ello… un fanfarrón, en realidad… un presumido, un tramposo. Tenía un cierto estilo, podía concedérselo. No le faltaba atractivo. ¿Pero cómo podías respetar, y menos aún admirar, a alguien como él? La mejor palabra que se le ocurría para describirle era la de bellaco.

Pasadizo, giro, pasadizo… andaban con paso pesado. Rodeados de setos como estaban, no podían ver que no estaban completamente solos en el laberinto. La cabeza y la cola de una

serpiente marina se arrastraba por la parte alta de un seto bastante cerca de ellos, aunque si realmente se hubieran encontrado con la bestia podrían haber divisado a tres pares de goblins que corrían a pie bajo ella, y hubieran oído los gruñidos de los goblins que sujetaban las partes de la serpiente. Varias veces se perdieron por poco el encontrarse con un goblin con lanza y bandera y su montura, que habían sido enviados por Jareth a buscarlos y pasar una hora galopando al azar.

Hoggle estuvo callado un buen rato. Y entonces preguntó:

—¿Por qué dijiste que yo era tu amigo?

—Porque lo eres —le dijo ella cándidamente—. Puede que no seas un gran amigo, pero eres el único que tengo en este lugar.

Hoggle pensó en ello un rato. Después dijo:

—Nunca antes había sido amigo de nadie.

Un enorme rugido que helaba la sangre llegado de algún lugar cercano los dejó a los dos congelados en el acto.

Hoggle se dio la vuelta. Y deteniéndose sólo para decir:

—¡Quédatelas! —salió huyendo, alejándose del rugido.

Sarah corrió tras él y le agarró de la manga.

—Espera un minuto —dijo furiosa—. ¿Eres mi amigo o no?

Mientras Hoggle dudaba, otro rugido que hizo temblar el aire decidió por él.

—¡No! No, no lo soy. Hoggle no es amigo de nadie. Sólo se ocupa de sí mismo. Como todo el mundo. —Se retorció para liberar su manga—. Hoggle es amigo de Hoggle —le oyó chillar, mientras corría en dirección opuesta a la del rugido y se desvanecía en el interior del laberinto.

—¡Hoggle! —gritó Sarah—. ¡Cobarde!

Oyó otro grito aterrador, pero se quedó donde estaba. El monstruo, fuera cual fuera, no parecía estar acercándose a ella.

—Bueno —dijo, hablando en voz alta para tranquilizarse—. Yo no voy a tener miedo. Las cosas no son siempre lo que parecen en este lugar… eso es lo que dijo el Hombre Sabio.

El sonido llegó de nuevo, como una manada de leones hambrientos rugiendo al unísono.

Podría ser una criatura diminuta —se dijo Sarah a sí misma—, perfectamente inofensiva… sólo que tiene una voz muy ruidosa… —Después de todo, la persona más ruidosa de la casa era Toby, y él no podía hacer ningún daño. ¿Había alguna ley que ella nunca había captado, alguna que decía que las criaturas más pequeñas hacían el ruido más grande? ¿Rugían los dinosaurios? Decidió que no. Puede que soltaran un gruñido bajo. ¿Y qué había de las hormigas entonces? Probablemente hacían un ruido terrible, en algún lugar más allá del alcance del oído humano.

Como no iba a huir, la única alternativa era avanzar en la dirección en la que iban antes, con algún jirón de fe para ayudarse a seguir adelante. Y así lo hizo, cruzando los dedos para tener suerte, se movió tentativamente a lo largo del pasillo de setos.

Cuando alcanzó una abertura en el seto y se asomó cautelosamente a través, vio que las cosas no eran, de hecho, siempre lo que parecían. La que rugía era una bestia espantosamente enorme, pero el animal estaba bocabajo, suspendido por una pata atada a un árbol. Rugía de dolor, porque cuatro goblins le estaban atormentando con lanzas terminadas en pinzas; largos palos con

pequeñas y feroces criaturas en un extremo, que mordían como pirañas siempre que tenían oportunidad.

La gran bestia, que estaba cubierta de abundante pelo color jengibre, se agitaba violentamente para librarse de los goblins, pero el único resultado era que su cuerpo se balanceaba adelante y atrás. Esto animaba el juego para los goblins, dándoles a todos la oportunidad de adelantarse velozmente a los otros y conseguir un golpe cruel con la lanza antes que la rugiente y frenética bestia hubiera completado su balanceo. Claramente lo estaban pasando como nunca en la vida. Competían unos con otros sobre cuál de las partes suaves del cuerpo de la bestia podrían alcanzar, y cuánto podrían sostener el mordisco antes de tener que saltar fuera del camino de los desesperados brazos. Tan absortos estaban que Sarah pudo salir del seto y acercarse sin ningún riesgo de que repararan en ella.

Estaba consternada por la escena.

—¡Pequeñas bestias! —mascculló para sí misma.

Miró alrededor buscando un arma y encontró algunas rocas pequeñas. Recogió una, tomó puntería cuidadosamente y se la tiró al goblin más cercano. Le dio en la cabeza, golpeando el visor de su yelmo y bajándoselo sobre los ojos.

—Ey —exclamó el goblin—. ¿Quién apagó la luz?

Se tambaleó alrededor ciegamente, todavía meciendo y adelantando su lanza. La viciosa criatura del extremo del palo estaba ansiosa por morder cualquier cosa que se pusiera a su alcance. Cuando hizo contacto con otro goblin, hundió los dientes en él.

—¡Ouch! ¡Ouch! —chilló el goblin mordido—. Ey, para, tú.

—¿Parar qué? —preguntó el primer goblin, todavía tropezando ciegamente.

El segundo goblin estaba ahora sufriendo un rabioso asalto.

—Aargh. ¡Cabeza de chorlito! ¡Excremento de rata! —escupió el interpelado utilizando deliberadamente su lanza.

Fue el turno del goblin ciego de gemir.

—¡Ayuda! ¿Quién me está atacando? ¿Dónde están las luces?

Los otros dos goblins habían dejado de atormentar a la bestia. Esto era incluso más divertido. Se codeaban el uno al otro y reían mientras observaban la pelea.

—¡A por él! —gritaba uno.

—¡Dale! —chillaba el otro, saltando arriba y abajo de excitación.

Sarah se había armado con otra roca pequeña, y ahora la lanzó. La asombraba lo precisa que era hoy su puntería. La roca golpeó al otro goblin en el yelmo, en el visor. Éste se tambaleó hasta su compañero, y el visor se le bajó también por el impacto.

—Socorro —gritó uno.

—Está oscuro —chilló el otro.

—¿Qué está pasando?

—¡Luces! ¿Dónde están las luces?

Mientras tanto el primer goblin, todavía cegado por el visor e incapaz de ver qué le estaba mordiendo, decidió que su único recurso era poner pies en polvorosa. Corriendo ciegamente, se

estampó directamente con los otros dos, que se tambaleaban ambos ahora. Sus lanzas de pinza aprovecharon la oportunidad.

Sarah observaba con lágrimas de risa en los ojos cómo los tres goblins luchaban unos con otros, con los visores sobre las caras, mientras los cuatro maldecían sus heridas.

—¡Ouch! Me están pellizcando.

—¡Socorro! ¡Luces!

—Ow. ¡Basta!

—¡Gusano podrido! ¡Alcornoque!

El alboroto decayó cuando el grupo, persiguiéndose unos a otros, chillando y gritando, chocaron contra el seto, cayendo sobre las raíces.

Sarah se limpió los ojos, y su cara se puso seria mientras miraba hacia la gran bestia colgante. Habiéndolo salvado de sus atormentadores, tenía intención de dejarle en paz y escabullirse. Pero la pena que había sentido por el monstruo todavía estaba presente en ella. Se aproximó cautelosamente.

Lo que el peludo bruto vio fue a otro atormentador acercándose. Dejó escapar un terrible rugido y apuntó un gran golpe hacia ella.

Sarah tuvo cuidado de permanecer justo fuera de su alcance. Aún así, estar allí de pie y mirar a la cara a la gigantesca e invertida criatura requirió más valor del que había creído poseer. Recordaba haber leído algo sobre que tienes que hablar firmemente y con confianza a los animales salvajes. Así que, con su más perfecta voz de maestra de escuela, dijo:

—Ya basta, para.

Otro gran rugido estaba en camino desde las profundidades del cuerpo del monstruo, pero la bestia lo detuvo a mitad de camino cuando oyó que se dirigían así a él.

—¿Murh? —dijo.

Sarah chasqueó la lengua.

—¿Es esta forma de tratar a quien intenta ayudarte?

El monstruo todavía tenía sus dudas. Intentó dar otro bramido y soltó un puñetazo, pero no había demasiada convicción en él.

—Basta, ¿me has oído? —Sarah estaba empezando a disfrutar. Éste era un papel que se le daba bien, habiendo tenido mucho tiempo para estudiar a aquellos que lo representaban cada día en clase. Era uno de los personajes que le gustaba representar para diversión de su madre.

El monstruo respondió:

—¿Huh?

—Ahora, ¿quieres o no quieres bajar de ese árbol?

El monstruo se quedó allí colgando un momento, reflexionando sobre sus opciones. Giró el cuello para mirar hacia arriba a su tobillo atado, reflexionó otra vez, y después giró la cara hacia Sarah.

—Ludo… abajo —dijo.

Su voz había sido casi deferente. Su cara todavía era temible, sin embargo… cuernos retorcidos sobre la cabeza, ojos hundidos, una mandíbula enorme con colmillos protuberantes a

cada extremo, y una amplia boca abierta que parecía sombría.

Sarah se fortaleció para acercarse más. Sintió el cálido aliento de la bestia en la cara mientras permanecía de pie junto a ella y se doblaba por la cintura para ponerse bocabajo y mirarle bien. Lo que vio la sorprendió. La gran boca que había parecido tan sombría con las comisuras hacia abajo, en realidad había estado, por supuesto, sonriendo dulcemente hacia ella. Caray, reflexionó, esto es lo que debe parecerle a Toby la gente cuando se inclinan sobre él en la cuna.

El monstruo no sólo le sonreía, parpadeaba algo bobaliconamente, con lo que parecía querer decir: Soy-un-desastre-lo-sé-pero-de-todas-formas-gracias-por-ser-amable-conmigo. Sarah le devolvió una sonrisa cautelosa. Iba a confiar en que este monstruo fuera, excepcionalmente en este lugar, lo que parecía ser.

—Ludo… abajo —repitió él.

—¿Ludo? —Preguntó Sarah—. ¿Ése es tu nombre?

—Ludo… amigo.

—Uh… uh. Ya ha habido gente que me ha dicho eso antes. Así que no voy a dar nada por sentado. Pero… —Sacudió la cabeza y, más para sí misma que para Ludo, concluyó—… tus ojos se parecen a los de Merlín.

Sintiéndose segura ahora, alborotó el pelo de la cabeza color jengibre de Ludo, entre sus cuernos. Él sonrió, y suspiró.

Sarah se enderezó y examinó el nudo que ataba la pata de Ludo a la rama. Era un simple lazo, que podía soltar con un solo tirón. Con la mano alzada, se detuvo, y miró a Ludo.

—Espero que no vayas a convertirte en un monstruo rugiente en el momento en que te baje de ahí.

La respuesta de Ludo fue otro rugido que hizo temblar las rocas.

Sarah retrocedió de un salto.

—¡Lo sabía! No puedo confiar en nadie en este lugar.

Pero entonces vio que Ludo, lejos de estar intentando golpearla, estaba utilizando las patas para frotarse uno o dos de los lugares blandos donde los goblins le habían mordido con sus lanzas.

—Ludo… daño —gimió.

Sarah le examinó más atentamente. Estaba cubierto de pequeñas heridas sangrantes, bajo el pelaje.

—Oh —gritó—. ¡Pobrecito!

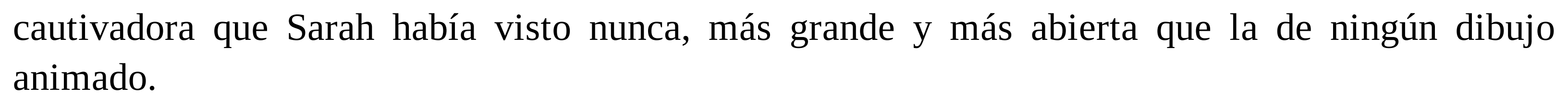
Alzó la mano rápidamente, tiró de la cuerda, y le soltó. Él golpeó el suelo con un poderoso chasquido.

Con profundos gemiditos, se sentó, y comenzó a frotarse la cabeza herida y las escoceduras que le habían infringido. Ella le observó, aunque insegura de si debía esperar que le diera las gracias o se la comiera.

—Goblins… hacen daño a Ludo —Ludo hizo una mueca.

—Oh, lo sé —asintió ella, con más seguridad de la que sentía—. Se han portado terriblemente contigo —le dijo a Ludo. Se acercó más a él y le palmeó el brazo—. Pero ahora todo va bien.

Él sorbió por la nariz, todavía frotándose. Entonces su cara rompió en la sonrisa muda más



cautivadora que Sarah había visto nunca, más grande y más abierta que la de ningún dibujo animado.

—¡Amiga! —declaró Ludo.

—Eso es, Ludo. Yo soy Sarah.

—Sarah… amiga.

—Sí, lo soy. —No podía igualar una sonrisa tan grande e inocente como ésa, pero hizo lo que pudo—. Y —añadió—, quiero pedirte un favor, Ludo.

—¿Huh?

—Tengo que llegar al castillo en el centro del Laberinto. ¿Sabes el camino hasta allí?

Ludo sacudió su gran cabeza, todavía sonriéndole.

Sarah suspiró, y sus hombros se hundieron.

—¿Tú tampoco sabes el camino?

De nuevo, él sacudió la cabeza, con un pequeño ceño de disculpa.

—Me pregunto si alguien sabe cómo atravesar el Laberinto.

Sarah descansó la barbilla sobre una mano, filosóficamente. Era un monstruo adorable, y probablemente probara ser mucho más de confianza de lo que había sido ese cobarde renacuajo achaparrado, pero le habría venido bien un guía. Bueno, si nadie iba a ayudarla, ya averiguaría lo que podía hacer por sí misma.

Se puso en pie. Ludo se puso en pie con ella, erguiéndose macizamente sobre ella. Puede que no sirva de guía, pensó, pero es agradable tenerle a mi lado.

Capítulo Nueve
Otra Puerta Se Abre



Sarah pasó junto al árbol. Ludo, haciendo una mueca por su cuerpo mordido, la siguió.

Tras el árbol, habían aparecido dos puertas, colocadas en una pared de piedra que parecía estar cercando un paisaje boscoso. En cada puerta había un llamador de hierro.

—Bueno, mira esto —comentó, contenta de tener de nuevo un compañero. Era más divertido que hablar consigo misma.

Se aproximaron a las puertas y examinaron más atentamente los llamadores. Cada uno de ellos tenía la forma de una cara repulsiva, con un anillo en ella. El llamador que quedaba a su izquierda tenía el anillo saliendo de las orejas. El de su derecha lo sostenía con la boca.

Miró de uno a otro. ¿Cuál escoger? Siempre encontraba difícil hacer elecciones; si había dos tipos de pastel en una fiesta de cumpleaños, se las ingeniaba para conseguir un trozo de cada uno, en un intervalo decente, naturalmente, y esperando que nadie lo notara. Ahora miró alrededor del claro de hierba, para ver si había otra forma de traspasar la pared. No la había, así que examinó los llamadores.

—Bueno, Ludo —preguntó—. ¿A cuál de estos dos feos personajes deberíamos escoger?

—Es una grosería quedarse mirando fijamente —dijo el primer llamador, el que tenía la anilla en las orejas.

Sarah saltó, todavía no se acostumbraba al hábito de hablar que tenían los objetos normalmente inanimados en el Laberinto.

—Lo siento —dijo, aunque difícilmente podía culpársela por asumir que el llamador de una puerta no podía hablar, y menos opinar sobre el comportamiento que se consideraba socialmente aceptable—. Sólo me estaba preguntando qué puerta escoger, eso es todo.

—¿Qué? —preguntó el primer llamador.

Sarah estaba a punto de contestar que de donde ella venía preguntar «¿Qué?» era tan grosero como quedarse mirando fijamente. Pero antes de poder abrir la boca, oyó un sonido barboteante tras ella.

Era el segundo llamador, el de la anilla en la boca. Decía algo como «Mmm pme oim namm».

—No se habla con la boca llena —dijo presuntuosamente el primer llamador.

—Me qmqm em pm am sumtm…

Sarah se dirigió al segundo llamador.

—No entiendo lo que dices. —Entonces comprendió cual era el problema—. Ah —dijo—, espera un momento.

Sarah tomó la anilla que colgaba de la boca del segundo llamador y tiró. Ésta se soltó fácilmente. La cara pareció tremendamente aliviada. Ejercitó los músculos de la mandíbula y la barbilla con evidente placer.

—Oh, es tan bueno librarse de esa cosa —suspiró.

—¿Qué estabas diciendo? —preguntó Sarah.

El primer llamador, tras ella, dijo:

—¿Uh?

El segundo llamador hizo un ademán con la cabeza hacia el primero.

—Dije que no sirve de nada hablar con él. Oh, querida, no. Ése está sordo como una tapia, te lo advierto.

El primer llamador dijo:

—Bla, bla, bla. Eres un maravilloso conversador, debo admitirlo.

—¡Y TÚ NO DEBERÍAS HABLAR! —Chilló en respuesta el segundo llamador—. ¡TODO LO QUE HACES ES GEMIR!

—No sirve de nada —dijo el primer llamador, con tono práctico—. No puedo oírte.

Sarah miró al segundo llamador.

—¿Adónde conducen estas puertas? —preguntó.

—¿Qué? —preguntó el primero.

—No lo sabemos —le respondió el segundo—. Sólo somos los llamadores.

—Oh —dijo Sarah, reflexionando que habría debido tener más sentido común que el de esperar una respuesta simple.

Bueno, tenía que intentar una puerta u otra. Escogió la segunda. Habiendo entablado conversación con ella, aunque fuera ligeramente, sentía que sería en cierto modo descortés darle la espalda y escoger a su vecina. Por otro lado, tal vez los llamadores prefirieran que las puertas no se abrieran. No debería dar por sentado que a los llamadores les gustara que la gente hiciera uso de ellos. O tal vez sí. Si sopesaba las implicaciones de cada alternativa, nunca escogería ninguna. Una puerta u otra.

Se había comprometido ya con la segunda puerta, tenía las manos contra ella, así que decidió seguir adelante y empujó. No se movió. Empujó más fuerte. Apoyó el hombro contra la puerta. Era tan sólida como la pared en la que estaba incrustada. Pensó en pedir a Ludo que la ayudara. Su gigantesca masa seguramente la abriría.

Pero no estaba segura de si era la puerta correcta, y en lugar de eso, formuló otra pregunta.

—¿Cómo podemos entrar?

—¿Uh? —preguntó el primer llamador.

El segundo, con una sonrisa traviesa, replicó:

—Llama a la puerta y ésta se abrirá.

—Ah. —Miró a la anilla que sostenía, y fue a ponerla en la boca del segundo llamador.

Él hizo una mueca.

—Uh… Uh, no quiero esa cosa otra vez en mi boca. —Y cerró la boca apretando firmemente los labios, y negándose a abrirlos incluso cuando Sarah le apretó la anilla contra ellos.

—Oh, vamos —dijo Sarah persuasivamente—. Quiero llamar.

Él sacudió la cabeza tercamente.

—Hmmm —comentó el primer llamador, arisco como siempre—. No quiere volver a tener la anilla en la boca, ¿eh? La verdad es que no puedo culparle.

—Entonces —dijo Sarah, bajando la anilla—. Me temo que tendré que molestarte a ti en su lugar. —Se acercó al primer llamador y alzó su anilla.

—¡Ow! Ooh —protestó el primer llamador.

Sarah hizo como que no lo notaba. Golpeó dos veces en la pesada puerta. Y ésta se abrió.

Cautelosamente, asomó la cabeza a través del umbral, para ver que había más allá. Oyó risitas, estallidos de risa suprimida, bocinazos y aullidos. Instintivamente empezó a sonreír para sí misma, y siguió avanzando a través del umbral. Se giró, esperando a que Ludo la siguiera. Él permanecía en la puerta, sacudiendo la cabeza.

—Vamos, Ludo.

Él volvió a sacudir la cabeza.

Bueno, pensó, no puede hacer ningún daño ir a ver adonde podría conducir este camino. Volvería a por Ludo si divisaba el castillo.

Estaba en un bosque iluminado por la luz del sol, con aglomeraciones y bancos de flores, oteros tapizados de margaritas, flores silvestres y césped, rodeados por frondosos árboles. La risa era contagiosa. Riendo tontamente, Sarah buscó con empeño a las criaturas que disfrutaban de toda esta algarabía. Todo lo que pudo ver fueron las plantas del bosque.

—¿Quién está ahí? —llamó, riendo ahogadamente.

A la derecha y detrás de ella surgió un bufido risueño. Se giró rápidamente y vio cómo la rama de un árbol se movía para cubrir un hueco en el tronco que podría haber sido una boca.

—Ha sido el árbol —declaró—. ¿Árbol, has sido tú?

Un tintineo de risitas nerviosas sonó a sus pies. Bajó la mirada y vio un grupo de campañillas estremeciéndose y temblando juntas con diversión.

—¡Oh, vaya! —exclamó, dejándose caer de rodillas y riendo con ellas. Ahora estaban dobladas por la mitad de tanta hilaridad.

El árbol que estaba sobre ella no pudo aguantar más. Explotó en un bramido de regocijo. Sarah echó la cabeza hacia atrás y se unió a él.

Fue la señal para una algarabía general. Un tocón de árbol cercano se estaba riendo con una voz profunda y cascada. Los pájaros en sus ramas saltaban y cacareaban. Otro árbol se mecía. Los helechos se ondeaban, ardillas y ratones atisbaban entre sus ramas con lágrimas en los ojos.

Sarah era incapaz de dejar de reír. Cogiendo aliento, jadeó.

—¿De qué os estáis riendo?

—¡No lo sé! —rugió el árbol sobre ella—. ¡Ja… ja… ja… ja!

Todo el bosque se sacudía. Incluso la hierba del suelo estaba temblando.

Sarah sentía que iba a desmayarse. Se sentó.

—Oh… por favor… por favor, tengo que parar. —Se agarró los costados.

En respuesta, la risa a su alrededor se redobló. Alcanzó un punto de estridencia histérica.

—Nunca me había reído tanto en mi vida —jadeó Sarah, recostada sobre la espalda.

Los pájaros se convulsionaban cayendo de los árboles y golpeando el suelo de cabeza. Sarah vio que sus ojos estaban enloquecidos y sus pupilas dilatadas. Otras criaturas llegaban gritando de debajo de las raíces de los árboles, y cuando se aproximaron a ella se las arregló para sentarse, alarmada por sus grandes y siniestras bocas abiertas y sus ojos enloquecidos.

Todavía riendo, gimió:

—¡Oh, por favor, por favor! Tengo que parar.

—No puede parar —aulló el árbol, y el bosque entero chilló de risa en respuesta.

Sarah se puso en pie. Su cuerpo y su boca temblaban incontrolablemente, pero sus ojos estaban agotados.

—¡Basta! —Murmuró—. ¡Basta! —Se tambaleó hacia atrás hacia la puerta abierta y se derrumbó.

La masa histérica lo aplaudió.

Ella alzó la cabeza. Podía ver a Ludo justo fuera de la puerta, y extendió la mano pidiendo ayuda. Él tenía aspecto de estar muy intranquilo y de no querer cruzar la puerta, pero extendía las manos hacia ella, y asentía con su gran cabeza dándole ánimos. Con los ojos fijos en él, se arrastró las pocas yardas que restaban hasta que él pudo inclinarse y levantarla, sacarla, y cerrar la puerta.

La risa se detuvo de golpe. La brisa entre las hojas del laberinto fue el sonido más dulce que había oído jamás.

Le llevó algún tiempo recobrarse. Ludo la observaba ansiosamente. Cuando se puso en pie, inhaló por la nariz, y le dirigió una sonrisita, él dijo:

—Ludo… contento.

—Sarah… contenta —respondió ella, y le alborotó el pelo de la cabeza.

No restaba más que intentar con la otra puerta. Se acercó a ella, recogiendo de camino la anilla.

—Lo siento —dijo, y empujó la anilla contra los labios del llamador. Él frunció la boca y se resistió.

—Oh, vamos —dijo, y lo intentó de nuevo. El llamador frunció el ceño y apretó los labios más firmemente.

Entonces tuvo una idea. Con un dedo y el pulgar, apretó la nariz del llamador. Él aguantó un rato, frunciendo el ceño más y más fieramente, pero al final tuvo que abrir la boca para respirar.

—¡Demonios! —jadeó.

En un momento, Sarah le había vuelto a meter la anilla en la boca, y llamaba a la puerta.

Él estaba protestando.

—Kgrmpf. Mble. Mble. Mble. Grmfff.

—Lo siento —dijo Sarah—. Tuve que hacerlo.

—Da igual —le dijo el primer llamador—. Está acostumbrado.

Esta puerta se abrió para revelar un bosque imponente. En este lado del muro estaban bajo la luz del sol, pero al otro lado del umbral había un ambiente deprimente y amenazador.

Ludo estaba gruñendo e intentaba retroceder, pero Sarah no iba a entrar sin él esta vez.

—Vamos —dijo, y se abrazó a sí misma—. No hay otra forma de continuar. Excepto volver atrás por donde hemos venido, y eso no voy a hacerlo.

Atravesó el umbral y esperó a que Ludo se uniera a ella. Él la siguió a regañadientes. La puerta se cerró de golpe por sí misma, con un ruido sordo. El eco duró largo rato.

Sarah se estremeció. El cielo era del color del hierro fundido, y las plantas del bosque parecían marchitas, como si el sol no las hubiera iluminado desde su primer día en la tierra. Se sentía terriblemente desanimada después de un minuto en este lugar, y buscó a Ludo para que la alentara. La expresión de éste era tan infeliz como la suya propia.

—Oh, vamos, Ludo —dijo, intentando sonar alegre—. ¿Quién diría que alguien tan grande como tú podría estar tan asustado?

Ludo sacudió la cabeza.

—No… bueno.

Sarah se encogió de hombros con el corazón pesaroso, y se volvió a dar la vuelta, preguntándose qué camino tomar. El sendero que se extendía ante ella se introducía en el bosque, pero ¿cómo podía nadie dar por hecho que un sendero conducía a donde tú querías ir?

—Ni siquiera sé en qué dirección está el castillo —dijo. De nuevo miró a Ludo, esperando que con su altura él fuera capaz de verlo, pero éste tenía la cabeza tan resueltamente hundida en el pecho que no lo notó. Sarah intentó ponerse de puntillas. Eso tampoco funcionó.

Nada funcionaba. Sintió una lágrima de desesperación en el rabillo del ojo y se la limpió irritada.

—No sirve de nada estar asustado —dijo, y sintió que tenía que tomar alguna iniciativa. Si al menos pudiera persuadir a Ludo para que se asomara por arriba.

Miró con atención entre las ramas de un árbol. Lo que no pudo ver fue cómo, tras ella, la tierra se abría bajo Ludo y se lo tragaba al interior de un gran hoyo. Éste no tuvo tiempo más que de pronunciar un tembloroso rugido antes de que la tierra se volviera a cerrar sobre su cabeza.

—Quizás pudiera escalar hasta allí —estaba diciendo Sarah—. Entonces podría ver por dónde se va al castillo.

Sujetó la rama más baja y apoyó su peso en ella. Ésta se rompió bajo su mano, con un crujido seco como si fuera de porcelana china, y antes de poder registrar que en realidad estaba muerto, el árbol entero se colapsó. Tendida ante ella vio una pila, no de madera muerta, sino de huesos. La cosa que estaba sujetando era un hueso. Con un estremecimiento lo tiró lejos. Se produjo un ruido seco y crujiente a su alrededor, y con desmayo vio que el bosque entero se estaba derrumbando, como una serie de esqueletos de dinosaurios.

Árbol óseo tras otro cayeron al suelo, cada uno arrastrando al que tenía al lado, como piezas de dominó, hasta que todo el paisaje quedó reducido a pilas de huesos, todos mezclados desordenadamente. Y Sarah supuso que todo era por su culpa, había sido ella la que había destruido este delicado equilibrio. Había roto la rama. Era demasiado para poder soportarlo.

Rompió a llorar y se dejó caer sentada en la tierra. No podía hacer nada bien. Todo era inútil. Absolutamente inútil.

Lloró y lloró, con las manos sobre la cara. Finalmente miró para ver si Ludo estaba llorando también.

—¿Ludo? —Miró a su alrededor. No estaba. Distraídamente, inspeccionó los huesos del suelo para ver si había algún pelaje color jengibre entre ellos—. ¡Ludo! —Se apresuró a recorrer la zona en la que habían estado los dos, buscando con pánico alguna señal de él. No vio nada. Arriba, el cielo se había puesto aún más oscuro y miserable—. ¡Ludo! —gritó, sintiéndose más sola que nunca en este desolado paisaje óseo—. ¿Dónde estás? ¿Qué está pasando?

Corrió, tenía que alejarse, ir a cualquier parte. Si se quedaba allí ella misma se convertiría en huesos. Corrió entre las pilas de huesos hasta otra parte del bosque, también sombría. Enormes raíces nudosas se extendían a través del sendero. Los árboles tenían troncos como puños apretados. Ramas caídas y hojas muertas cubrían el suelo. Aquí y allí una breve vista entre los árboles ofrecía un camino, pero a cada paso una red de telarañas cubría su cara. Desde aglomeraciones de helechos a nubes de polillas oscuras revoloteaban hacia ella.

—¿Qué está pasando? —lloriqueaba mientras corría.

El bosque se volvía más oscuro cuando más se adentraba en él. Llegó tropezando hasta un claro sobre el que los árboles eran tan espesos y estaban tan juntos que no podía ver sus pies en la oscuridad. Aún así siguió corriendo, hasta que una figura aterradora, brillante y salvaje saltó delante de ella.

—¡Eyyyy! —chilló—. ¿Qué pasa?

La boca de Sarah formó un círculo y sus ojos se abrieron de par en par. Gritó.

Capítulo Diez
No Hay Problema

Hoggle seguía deambulando por el seto del laberinto, pensando en sus asuntos, y sobre todo pensando en la chica que le había quitado sus joyas. Él había intentando contentarlos a ambos, a ella y a Jareth, y eso es lo que conseguía por intentar contentar a todo el mundo. Ni una de sus alhajas.

Oyó a Sarah cuando gritó. Aquello lo hizo detener sus pasos, que se dirigían al principio del Laberinto. Escuchó, oyó un segundo grito, luchó contra su rudimentaria conciencia, tomó una decisión, y comenzó a correr en su dirección. Conocía el camino por aquel sitio mejor que los estúpidos goblins del castillo.

—Ya voy, señorita —gritó.

Galopó girando la esquina, derecho a un par de rodillas.

Jareth llevaba puesta su capa y parecía hermosamente diabólico.

—Vaya —dijo amablemente— pero si eres tú.

—Sí —le dijo Hoggle, temblando.

—¿Adónde ibas, hmmm?

—Ah… —Hoggle miraba a las botas de Jareth—. Ah… —dijo con un tono diferente de voz, para mantener la atención de su audiencia. Entonces pasó algunos minutos rascándose el trasero, sugiriendo que nadie podía esperar que contestara mientras se encontraba atormentado por un picor.

Jareth se contentó con esperar, con una sonrisa en sus labios.

—Eh… —Por fin Hoggle fue capaz de pensar en algo—. La jovencita, me había dado esquinazo… eh… pero acabo de oírla ahora mismo…

Jareth entrecerró los ojos.

—Así que yo… eh… eh… voy a ir a buscarla y luego la conduciré de vuelta al principio. Justo como me indicó usted. —Deseó que el Rey de los Goblins le diera una patada, o una tunda, o hiciera alguna cosa, lo que fuese excepto sonreír con aquella sonrisa angustiosa y agradable.

—Ya veo —Jareth asintió—. Por un momento pensé que corrías a ayudarla. Pero no, tú no harías eso. No después de haberte advertido. Eso sería estúpido.

—Ajá —convino Hoggle, con el corazón tembloroso—. Oh, jajaja. ¿Estúpido? Puede apostar a que sí. ¿Yo? ¿Ayudarla? ¿Después de sus advertencias?

Jareth inclinó elegantemente la cabeza para examinar el cinturón de Hoggle.

—Oh, querido —dijo, con aspecto preocupado—, ¡pobre Hoghead!

—Hoggle —gruñó Hoggle.

—Acabo de darme cuenta de que tus preciosas joyas han desaparecido.

—Uh… —Hoggle bajó la vista a su triste cinturón sin adornos—. Oh, sí. Así es. Mis preciosas joyas. Desaparecidas. Vaya. Será mejor que las encuentre, ¿eh? Pero primero —prometió con voz totalmente digna de confianza—, voy a buscar a la jovencita para llevarla de vuelta al principio del Laberinto. —Pensó en si debía guiñarle un ojo, pero decidió no hacerlo—. Tal y como

planeamos —dijo, y comenzó a avanzar hacia allí obedientemente.

—Espera —le dijo Jareth.

Hoggle se quedó helado en el sitio. Cerró los ojos.

—Tengo un plan mejor, Hoggle. Dale esto.

Con un movimiento de su mano izquierda, Jareth extrajo una burbuja del aire. En su mano se convirtió en una bola de cristal. Esperó a que Hoggle se girase y se la tiró. Hoggle la agarró. Se había convertido en un melocotón. Hoggle lo miró, mudo de asombro.

—¿Qué… qué es esto?

—Un regalo.

Las cejas de Hoggle se proyectaron hacia arriba.

—No le hará daño a la jovencita, ¿verdad? —preguntó despacio.

—Oh. —Jareth le puso una mano sobre la cabeza—. Vaya, ¿y esa preocupación?

Hoggle apretó los labios.

—Sólo… curiosidad.

—Dáselo, Hoggle. Eso es todo lo que tienes que hacer. Y todo lo que tienes que saber.

Hoggle se sentía dividido entre la total obediencia, la cual le era familiar, y el cariño, al cual no podía ponerle nombre.

—Yo… —Se puso más recto—. No haré nada que le haga daño. —Calculó que aquel momento de desafío bien podría ganarle un puñado de tijeretas en los pantalones, por lo menos.

En lugar de eso, Jareth le respondió con aquella agradable sonrisa que en aquel momento era como un cristal roto para los nervios de Hoggle.

—Vamos, vamos, vamos, Hogbrain —el Rey Goblin rió de manera burlona—. Me sorprendes. Perdiendo tu fea cabeza por una chica.

—Yo no estoy perdiendo la cabeza —Hoggle frunció el ceño.

—¿No creo que pienses que a una chica joven como ella podría gustarle una pequeña roña repulsiva como tú, verdad?

Hoggle se sintió herido.

—Ella dijo que éramos… —se detuvo a medias, pero era demasiado tarde.

Jareth le dirigió una coqueta y burlona sonrisa lateral.

—¿Qué? ¿Amigos íntimos? ¿Qué, Howie? ¿Amigos, sois?

Hoggle, con la cara enrojecida, estaba parpadeando hacia sus botas otra vez.

—No importa —musitó.

La voz de Jareth volvió a ser seca.

—Le darás eso, Hoggle, o te lanzaré derechito al Pantano del Hedor Eterno antes de que puedas parpadear.

En miserable obediencia, Hoggle asintió.

—Sí.

Se había apresurado a ponerse en camino, asumiendo que la conversación había terminado, cuando volvió a escuchar la voz de Jareth. Se detuvo, rígido, sin atreverse a darse la vuelta.

—Te diré algo —Jareth había girado la cabeza y estaba mirando la nariz de Hoggle—. Si ella

te besara alguna vez… te convertiré en un príncipe.

Hoggle sabía que tenía que haber una trampa.

—¿Lo hará?

La había.

—Príncipe de la Tierra del Hedor.

Jareth creyó que era un chiste estupendo. Aún se reía cuando desapareció.

Hoggle siguió quieto, mirando el melocotón que tenía en las manos. Su cara registraba varias emociones a la vez. La diversión no era una de ellas.

La brillante y salvaje figura que había saltado delante a Sarah era un Firey, y los Firey eran feroces. Siempre lo eran. Eran feroces en cuanto a lo feroces que eran.

Sarah gritó una segunda vez y retrocedió lejos de la criatura, con los brazos envueltos abrazándose a sí misma. Era algo parecido a un zorro escuálido, con un morro enorme al abrirse, y una tupida cola. Su pelaje era rojo, rosado y purpúreo. Caminaba, o más bien saltaba, sobre dos patas como las de un pollo. Sus saltones ojos eran azules, con pupilas rojas. Tenía unos dedos muy largos, que parecían tamborilear constantemente.

—¿Qué pasa? —exigió el ser.

Sarah sacudió la cabeza y abrió la boca para formular algún tipo de respuesta, pero todo lo que salió fue un sollozo.

—Basta ya con eso ahora mismo, ¿me has oído? —le dijo el Firey.

—Sí —estuvo de acuerdo otro tras ella, haciéndola girar de un salto asustada—. Eso no va a hacer ningún bien.

—¡No, señor! —gritó un tercero, saltando desde los árboles, mirándola fieramente.

—No, señor. —Y apareció un cuarto.

Y un quinto.

—¡Ey! —le dijo este último, animadamente—. Ya está bien.

Ella los miró con gran alarma.

—¿Qué queréis?

—¡Wa-hoo! —replicó uno, dando toquecitos con los dedos sobre una roca a un rápido ritmo.

—¡Toquemos! —dijo otro, estableciendo un ritmo cruzado.

—¿Quién, nosotros? —preguntó un tercero.

Sarah asintió.

—Caramba, simplemente queremos pasar un buen rato.

—Oh —dijo Sarah, confusa—. Ya veo.

Todos ellos se dieron una manotada en el costado ante su recatada respuesta y rieron como maníacos. Uno de ellos dejó escapar un alarido y golpeó un leño con la mano.

—¡Ella ve! —aulló.

—¡Siiiiiiiiii!

—¡Hey-ey!

—No puedes estar así —le dijo uno.

—No —dijo otro—. Tienes que menearte.

—Siiii. Deja de llorar.

—Vamos a pasar el rato todos juntos.

Saltaban a su alrededor, soltando risotadas y dando palmadas. Uno de ellos golpeó el suelo con el dedo y éste ardió, como una cerilla. Lo usó para encender una fogata, luego se sopló el dedo con aire indiferente.

Sarah aún seguía retrocediendo tímidamente.

—Oh, sí. Lo que necesitas es un poco de diversión.

—¡Sí, señor!

Un Firey saltó sobre un par de palos de madera y comenzó a usarlos como tambores. El resto comenzaron un número de danza a ritmo rápido, taconeando y tamborileando con los dedos mientras la rodeaban.

Sarah los observó con estupefacción, permaneciendo cerca de la fogata. No habría podido huir aunque hubiese querido, con todos ellos haciendo cabriolas a su alrededor, aunque en cualquier caso estaba plantada en el sitio atónita por sus payasadas.

Se horrorizó al ver a uno de los Fireys arrancarse los ojos, agitarlos como si fuesen dados, y tirarlos.

—Sí —lo animaron los otros, agrupándose a su alrededor para mirarlos—. ¡Ojos de serpiente!

Entonces el dueño de los ojos los agarró, los tiró en el aire como si fuesen cacahuetes, y los recogió en las cuencas de sus ojos. El resto aullaban y bailaban y taconeaban.

Como para superar al primero, otro Firey se separó la cabeza de los hombros y la tiró al aire. La patearon y la hicieron moverse por el lugar como si fuese un balón de fútbol. Otro se arrancó la pierna, y con un delicado chut golpeó la cabeza de vuelta a su cuerpo. Todos se rieron a carcajadas y se dieron palmadas en los muslos. El tambor aceleró el ritmo.

Mientras tanto, el resto se arremolinaba alrededor de Sarah e intentaba persuadirla para que se uniese a la danza. Después de ver sus salvajes pasatiempos, ella se sentía nerviosa y tenía miedo de ellos. Pero pensó que ahora que ya los tenía calados —sólo eran unos pirados a los que les gustaba pasarlo bien, y que estaban mal de la cabeza— y ya no tenía miedo, ni siquiera cuando uno de ellos intentó levantarle la cabeza de los hombros.

—¡Ey! —protestó ella—. ¡Ay!

—¡No sale! —exclamó el Firey.

—¿Qué? —El resto estaban atónitos, y todos se reunieron a su alrededor en un intento de decapitarla.

—¡Ay! —dijo ella, con más severidad—. ¡Deteneos!

—¡Tienes razón! ¡Está pegada!

—Por supuesto que está pegada —les dijo ella.

—¿Dónde vas con una cabeza así, señorita?

—Bien. Yo… ¡oh! —Lo inútil de su aprieto la inundó, y comenzó a llorar otra vez. Echaba terriblemente de menos a Ludo, y también a Hoggle.

—¡Ey! ¿Qué ocurre ahora, señorita?

Sarah hipó.

—¡Oh! Intento llegar al castillo de Jareth, en el centro de este Laberinto…

—¡Caramba!

—¿Estás segura de saber lo que haces, señorita?

—Sí —dijo Sarah con firmeza.

—¡Bien, chaval! ¿Qué te parece eso?

El batería gritó:

—Ella sabe lo que se hace —y le dedicó un redoble desde las ramas del árbol.

—Sí —dijeron otros, sonriendo y meneando el esqueleto.

—Pero sólo me quedan unas pocas horas —les dijo Sarah. Se preguntó cuantas.

Los Fireys silbaron y se sonrieron los unos a los otros.

—Bien, eso no es un problema.

Sarah los miró a través de sus lágrimas, con un brillo de esperanza en sus ojos.

—¿No lo es?

—¡Caracoles, no!

—Nosotros te llevaremos.

—Sí —chilló salvajemente otro, moviendo los dedos sobre su cabeza—. ¿Qué tal si te acompañamos un poco, eh?

El resto empezó a hacer cabriolas en un enloquecido alboroto, chillando y gritando.

—Un castillo, oh, ¡vaya!

—Vaya —dijo Sarah dudosa— es muy amable por vuestra parte, pero…

—¿Crees que somos demasiado salvajes? —La cabeza del Firey se alzó de sus hombros mientras hablaba, y tuvo que sujetarla con las manos y presionarla para que volviera a su lugar.

El batería soltó un gran redoble.

—Vaya. No somos tan salvajes.

—Oh, sí que lo somos —gritó otro—. ¡Ey! —adoptó la forma de un avestruz, corrió dos pasos, y explotó. Mientras volvía a reunir sus piezas, el resto aulló y dio palmadas.

—¡Qué guay, tío!

—Ahora atiende, señorita, no puedes simplemente ir caminando por ahí tú sola.

Sarah sorbió tristemente por la nariz.

—Bueno, tenía un amigo sólo que…

—¡Ey! Un tío con ropa, ¿verdad?

—¿Hoggle?

—Ese Hoggle, ¡sí! ¡Oh, vaya! Todo el mundo por aquí conoce a Hoggle.

—¿En serio? —preguntó Sarah.

—Claro. Hog y yo éramos así. —El Firey cruzó los dedos.

—Oh. Bueno…

Antes de poder decir nada más, Sarah se sintió impulsada por los Fireys. Todo lo que podía ver delante de ellos era un desierto rocoso.

—El castillo está por aquí —le aseguró uno.

—¿Estáis seguros de que sabéis cómo llegar al centro del Laberinto? —preguntó nerviosa. Tenía poco tiempo para malgastar, y pensó que hubiese preferido que la hubiesen dejado encontrar sola su camino. Pero no había escapatoria de los Fireys, que habían sujetado su ropa con sus largos dedos y daban brincos entusiastas con ella a remolque.

—¡Claro que sabemos llegar al centro del Laberinto!

Todos rompieron a reír. Sus cabezas se alzaron en el aire, y sus brazos tuvieron que separarse para sujetar las cabezas.

—¡Caramba, señorita! —gritó uno—. Puede que seamos salvajes, pero desde luego que sabemos adónde vamos.

—¡Sí! —estuvo de acuerdo el resto.

—¿Quieres ir al castillo? Te llevaremos al castillo. ¿No es eso lo que estamos haciendo?

—¡Siiiiiii!

—Así que vendrás con nosotros, señorita, y no tendrás problemas.

Jareth observaba a Sarah desde el Castillo. En su cristal veía su afligido rostro mirando a todas partes en busca de una vía de escape.

Sostuvo a Toby en alto frente a la imagen de su hermana.

—Mira, Sarah —murmuró—. ¿Es eso lo que intentas encontrar?

Toby jadeó al ver el rostro de Sarah en el cristal. Extendió una mano para tocarla.

Jareth rió para sí mismo y colocó los brazos alrededor de Toby.

—Demasiadas molestias por algo tan pequeño —dijo Jareth, sacudiendo la cabeza. Examinó la cara asombrada de Toby—. Pero no durará mucho. Pronto lo olvidará todo sobre ti, mi buen amigo. Tan pronto como Hoggle le dé su regalo. Lo olvidará… todo.

Capítulo Once

Ventanas en el Páramo

Los Fireys arrastraban a Sarah como si fuera un burro reacio. Ella se sentía ciertamente poco dispuesta. No podía ver el castillo por ningún lado, y cuando les preguntaba a qué distancia estaban, ellos contestaban con gritos y cacareos. El reloj hacía tictac hacia las trece todo el tiempo. Así que ella era en efecto una burra, por haberse metido en este lío.

Trató de figurarse donde debería haber hecho una elección diferente. Fue imposible. ¿Tal vez suponiendo que no se hubiera aproximado a Hoggle, justo al principio, sino tomado la otra dirección alrededor de aquel gran muro? ¿Podría, a estas alturas, volver a casa, con Toby a salvo en su cuna? Quizás. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Qué pruebas tenía de que alguna de sus elecciones hubiera sido la correcta? Y si hubiesen sido las correctas, si no fuera todo más que una pesada broma por medio de la cual Jareth la atormentaba con la ilusión de que Toby podía ser rescatado.

Parpadeó, intentando controlar las lágrimas que se alzaban. No empezaría con eso otra vez. Si no hubiese sido tan llorona, quizás estas criaturas con las que estaba ahora la habrían dejado en paz.

Se concentró en lo que podrían ser pruebas, aunque débiles, de que había acertado en algunas cosas. Su breve amistad con Ludo, pobre Ludo… ¿eso no podía carecer de significado, verdad? La feliz, sonrisa bobalicona que le había dedicado cuando ella lo había rescatado… ¿había sido eso un acontecimiento gratuito en una historia sin final? Incluso Hoggle, con su agrio carácter la había ayudado, sin ser consciente de ello, a descubrir que era capaz de hacer más de lo que creía. Haber llegado tan lejos, a pesar de las trampas horribles que Jareth le había tendido… seguramente eso era una especie de prueba a su favor, ¿no?

Quizás. Pero esto no significa nada en absoluto a menos que pudiera llegar hasta Toby a tiempo, y salvarlo de ser convertido en un goblin. Tenía que escapar de este grupo, que sólo perdía el tiempo… su tiempo.

—¡Oye! ¿No es aquello de allí? —gritó uno.

—Nooo —dijo el otro—. Eso es sólo una roca.

—¿Qué te parece esto? ¿Es eso un castillo?

—Nooo, oh, eso es sólo el tocón de un árbol.

—Bien —chilló otro de ellos—. ¿Qué te parece eso? Eso tiene que ser un castillo —señalaba a un estanque.

—De ninguna manera —dijo el más sabio—. Un castillo tiene ventanas y todo eso.

Una anguila sacó la cabeza sobre la superficie del estanque y miró hacia ellos. El efecto producido fue como si hubiesen descubierto petróleo.

—Es un castillo.

—¡Maldición! —concedió el más sabio—. Bien, ¿sabéis que? Debemos estar allí.

—Siiiii.

—¡Ey!

—¡Wow-ee!

Sarah contempló con frialdad sus saltos y brincos.

—Eso no es el castillo —les dijo.

—Tiene ventanas. Esa vieja anguila debe estar mirando a través de algo.

—Bueno —contestó Sarah—. Ése no es el castillo que tengo que encontrar. Por favor, dejadme ir ahora.

—Pero bueno —barboteó la anguila—. ¿Qué estáis haciendo?

—Sólo estamos pasando un buen rato.

Brincaron, dándose palmadas en los muslos.

—Oye, anguila. ¿Eres un castillo?

—No, no lo soy —gorgojeó ásperamente la anguila—. Y ahora marchaos.

—Oye, anguila. ¿Entonces por qué tienes ventanas?

—Para poder decirte que te largues —replicó la anguila, y desapareció con aplomo y un plaf.

—¡Asombroso! —Estaban inexplicablemente encantados por todo lo que había pasado. Revés o éxito, no había ninguna diferencia.

—¡Por favor! —dijo Sarah—. Quiero irme.

—¿No te estás divirtiendo?

—Sí —mintió ella cortésmente—. Pero debo llegar al castillo.

—Casi lo encontramos para ti.

—Tenía ventanas. Bueno, una al menos.

—Queremos ayudarte.

—¡Sí! Porque nos gustas.

Sarah suspiró.

—Pero no tenéis más idea de dónde está el castillo que yo.

—¡La tenemos!

—No, no la tenéis.

—Está justo sobre esta colina de aquí.

—Sí, si tú lo dices.

—¡Venga! ¿A qué estamos esperando?

Bailando y delirando, arrastraron a Sarah a través del páramo, y más allá, hasta que empezaron a parecer agotados y un poco abatidos. Como Sarah, su cuerpo se marchitaba y su espíritu se exasperaba.

—Estos castillos sí que son difíciles de encontrar.

—Tal vez sea muy pequeño —sugirió el otro.

—Uh-huh. Bien pensado.

Con lo cual todos comenzaron a levantar pequeñas piedras, buscando debajo de ellas.

—No —dijo Sarah cansadamente—. Los castillos son cosas grandes.

—Tal vez esté sobre la colina —le dijo uno a otro señalándole un abeto—. Echa un vistazo, a ver si puedes ver el castillo desde allá arriba.

—¡Hecho! —dijo el otro.

Se quitó la cabeza y corrió, haciéndola botar. Cuando llego al árbol, lanzó su cabeza

pulcramente sobre las ramas más altas.

—¿Puedes ver el castillo?

—Sí —contesto la cabeza—. ¡Puedo ver el castillo!

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Sarah con suspicacia.

—Bueno, parece como una especie… eh… como un… ¡como un hipopótamo!

—¡Wow!

—Eso es sin duda un castillo.

—Vamos bien. ¡Sigamos!

—¡Esperadme! —gritó la cabeza, mientras su cuerpo trepaba para alcanzarla.

—Yo me vuelvo —anunció Sarah.

—¡Señora! Ya oíste que dijo que veía el castillo.

—¡Uno grande!

—Como un hipopótamo… además.

Gritaban y reían alrededor tan frenéticamente que Sarah creyó que sería capaz de escabullirse sin ser vista. Caminó despacio, dejando que todos ellos la adelantaran. Entonces se dio la vuelta y silenciosamente volvió por donde habían venido. Por supuesto, ellos estaban a su lado otra vez en un instante, y todos ellos avanzaron en grupo a través del páramo.

Sarah tenía intención de regresar a donde habían comenzado, pero entonces se dio cuenta de la inutilidad de eso, ya que no tendría ni idea de adonde iría a continuación. Se cuestionó el sentido que tenía hacer nada en absoluto. Podría también ir por este camino, o por ése, o quedarse quieta, o llorar. Tal vez pasar un buen rato era lo mejor que cualquiera podía esperar hacer.

Sacudió la cabeza y se detuvo. Fuera como fuera, todo eso era lo de menos. No podría hacer nada hasta que se hubiera librado de los Fireys. Mientras ellos daban brincos felizmente a su alrededor, inspeccionó el páramo buscando una idea. Cualquier idea.

Distinguió, en la distancia y a un lado de ellos, un parche arbolado. Supo lo que tenía que hacer.

Se dio la vuelta y se dirigió a los Fireys.

—Esperad un minuto. Ninguno de vosotros sabe dónde está el castillo. Ni siquiera sabéis que aspecto tiene un castillo.

—Sólo porque seamos salvajes eso no significa que no sepamos lo que es un castillo.

—No somos estúpidos, sólo somos salvajes.

—Sí, salvajes —estuvieron de acuerdo todos con entusiasmo.

Ella esperó.

Como anticipó, uno le demostró lo salvaje que era cogiendo su cabeza y lanzándola al aire. Cuando ésta bajó, Sarah la agarró, y la lanzó tan lejos como pudo.

—Oye. Ésa era su cabeza, señora.

Dos cabezas más se habían levantado de un salto para ver dónde había caído la primera. Sarah las agarró también, y las lanzó en direcciones diferentes.

—¡Ésa es mi cabeza! —protestó uno de ellos cuando ésta voló por el aire.

Estalló un pandemónium.

—Oye, espera un minuto.
—¿Señora, que está haciendo usted?
—¡Ha lanzado sus cabezas!
—Sí, sólo se permite lanzar tu propia cabeza, ¿verdad?
Mientras los cuerpos perseguían sus cabezas, consiguiendo las incorrectas y cacareando por ahí, Sarah escapó. Fue hacia la arboleda.
—¡Que alguien la detenga!
—Ahora tenemos que quitarte tu cabeza.
—Sí, tiremos su cabeza por ahí.
—No puedes marcharte ahora.
—Te arrancaré la cabeza.
—¡Oye, señorita!
—Eh, vuelve.
—Te ayudaremos.
—¡Venga, todo el mundo!
Se lanzaron en persecución y le ganaron terreno, pero su ventaja inicial la llevó a la arboleda antes de que la alcanzaran. Deslizándose entre los árboles, delante de ella vio una grieta en la superficie alta de una roca y corrió hacia allí todo lo deprisa que pudo. Se encontró con un pasaje que se dirigía a un laberinto a través de la roca. Mientras corría, oyó las voces de los Fireys detrás de ella, resonando. Había tenido la esperanza de habérselos quitado de encima.
—Eh, señorita, quieres que te quitemos la cabeza, ¿verdad?
—¡Seguro que quiere!
—Es muy divertido.
Ella corrió, inconscientemente, hasta que el pasadizo alcanzó un callejón sin salida. Su mirada se dirigió a la pared de roca cubierta con un patrón con musgos y líquenes, y no vio ningún asimiento para escalarlo. En lo alto, la pared había sido almenada, como las almenas de una vieja fortaleza.
Los oyó rodear la última curva, detrás de ella. No había forma de escapar.
—¡Allí está!
—Oye, señora, encontramos otro castillo.
—¡Se parece a una tartera!
—¡No, a una carretilla!
—¡Wow-eee!
—¡Espera, señora!
Sarah cerró los ojos.
Algo le hizo cosquillas en la nariz. Abrió los ojos y vio una cuerda. Echó la cabeza hacia atrás. Inclinándose sobre el parapeto, arriba, había una cara. La cara de Hoggle.
—¡Cógela! —le gritó Hoggle.
La aferró. Hoggle tiró de ella. Los Fireys se lanzaron hacia Sarah. Fallaron por centímetros. Saltaron, intentando agarrarle los pies. Ella sintió los dedos rozar sus zapatos.

—Oye, ¿no quieres parecerte a nosotros?

—¡Venga, quítate la cabeza!

—¡Fuera la cabeza!

—No duele.

Hoggle tiraba de ella. Las cabezas comenzaron a volar junto a ella.

—Baja ahora mismo, señora.

—Venga… te dejaremos jugar si te quitas el brazo.

—¿Qué tal una pierna?

—¿Una oreja? Sólo una oreja, señora. No necesitas dos.

Una tras otra las cabezas se elevaron hasta ella, gimoteando y cayendo.

—Queremos ayudarte.

—¿No estábamos pasando un buen rato?

—¡Sí! Baja y mueve el esqueleto.

—Déjate caer con nosotros, señorita.

—Aw, vamos, esto es divertido. Vamos a buscar algo diferente.

Hoggle la había subido hasta la cumbre. La ayudó a escalar sobre las almenas y ondeó la mano hacia las cabezas voladoras como si éstas fueran moscas molestas.

—¡Fu, fu! —les chilló—. Marchaos.

Sarah miró alrededor, riendo aliviada. Estaban de pie en lo alto de una torrecilla. Al otro lado, la extensión de piedra de la Gran Pared Goblin corría tan lejos como podía ver, elevándose y cayendo, girando almenada todo el camino, con torrecillas a intervalos regulares.

Se giró para enfrentarse a él.

—¡Hoggle! —dijo cariñosamente.

Él la ignoró, continuó espantando con las manos a las últimas cabezas desencantadas que se elevaban hasta las almenas.

—¡Abajo! —les ladraba—. Vamos, marchaos.

Cuando no hubo más cabezas, tuvo que volverse para afrontar a Sarah, que todavía le sonreía abiertamente. La mirada que él le devolvió era tan gruñona como siempre, pero eso no pudo reventar la profunda y afectuosa gratitud que Sarah sentía. Él mantenía los ojos bajos, tal vez comprobando sus chucherías, que ella tenía ensartadas en el cinturón. De su propio cinturón colgaba una bolsa en la cual llevaba el melocotón que Jareth le había dado.

Sarah extendió los brazos.

—Has vuelto para ayudarme. Gracias, Hoggle. —Le abrazó y se inclinó hacia su cara.

—¡No! —aulló él, e intentó rechazarla como había hecho con las cabezas voladoras—. ¡No! ¡No me beses!

Pero ella ya lo había hecho, y la tierra se movió bajo sus pies.

Capítulo Doce

Y No Cantan los Pájaros

Las baldosas de piedra sobre las que estaban de pie se abrieron hacia adentro como trampillas, precipitándolos por una rampa oscura. Derraparon inútilmente por ella.

Haber conseguido llegar tan lejos suponía que Sarah era persistente hallando su camino a través de los laberintos y resolviendo paradojas. *Esto no es nada, Hoggle*, le habría dicho si no hubiese estado patinando por la rampa sobre su espalda, agitando los brazos y piernas en el aire como una garrapata enloquecida. Jareth era el Rey del Castillo, y no toleraría ninguna muestra de emoción aquí, ningún gesto de amistad o sentimentalismo. Con su beso, Sarah había realizado la amenazadora promesa de Jareth a Hoggle… la de que le convertiría en el «Príncipe de la Tierra del Hedor».

Todos en el reino de Jareth eran como una isla. Si hacías algo por alguien, nunca era un acto de amabilidad sino algo calculado, una inversión que devolvería un porcentaje cuando se requiriera. El verbo «dar» se consideraba obsceno, y se garabateaba en las paredes de los lavabos. El verbo «amar» no implicaba nada excepto deseo. Te levantabas sobre tus dos pies, y si podías subirte a los pies de algún otro al mismo tiempo y alcanzar más alto en el árbol frutal, estabas haciendo lo debido, que era mejor que hacer el bien. Cuánta envidia podías provocar a los demás era la medida de tu éxito. Todos en el castillo envidiaban a Jareth. Todas sus preguntas eran respondidas. Y él iba a encargarse de que las cosas siguieran así.

La rampa los llevó hacia abajo, hacia una especie de abertura a medio camino de la inmensa cara interior de la Gran Pared Goblin, y cayeron por ella a una repisa estrecha. Hoggle salió primero, aterrizando de lado, como resultado rodó por el borde. Sarah, que llegó justo detrás de él, por suerte aterrizó sobre sus pies. Avanzó hacia adelante sobre las manos y rodillas, lo justo para poder agarrar la mano de Hoggle antes de que éste cayera.

Balanceándose vertiginosamente sobre una escarpada caída, Hoggle chilló durante un momento. Luego se detuvo. Una emoción más potente que el miedo estaba trabajando en él, particularmente en su protuberante nariz. La arrugó. Después cerró los ojos y dijo con la boca fruncida:

—¡Urrrggh!

La reacción de Sarah fue bastante similar. A pesar de su precaria situación, toda su atención se concentró en su sentido del olfato. Nunca la había atacado nada parecido, nunca habría supuesto que semejante peste pudiera ser generada dentro del universo.

—¡Urrrggh! —Hoggle gimió.

—¡Puaj! ¿Qué es eso? —preguntó Sarah, agonizando.

La cara que Hoggle giró hacia Sarah estaba ojerosa.

—Es… —jadeó—. Es… el… Pantano —tragó— del Hedor Eterno.

Sarah recordó la amenaza de Jareth a Hoggle en aquel terrible callejón, y la explicación que Hoggle le brindó más adelante: que si una gota de aquel cenagal llegara a mancharte, nunca podrías lavártela, ni la peste disminuiría jamás. En ese momento no se lo había tomado en serio.

Ahora si lo hacía.

—¡Urghh! —gimió—. ¡Nunca había olido algo… Es como… urgghhhh!

—No importa cómo es —le dijo Hoggle bruscamente—. Es el Pantano del Hedor Eterno. —Y en voz baja, para no tener que inhalar profundamente, añadió—: Ayuda.

Sarah recordó que estaba sosteniendo a Hoggle. Enderezando las rodillas, se las arregló para arrastrarlo junto a ella, como él la había arrastrado recientemente con la cuerda.

Lejos, debajo de ellos, a los pies de la pared, había un vasto paisaje de fango. Era de un color marrón oscuro. Sobre toda la superficie, burbujas de aire fétido que forzaban su camino hacia arriba a través del lodo viscoso, estallaban suavemente. Cuando reventaban producían una salpicadura de suciedad en anillo a su alrededor, y a las gotas les llevaban varios minutos aposentarse de nuevo.

El ruido era indescriptiblemente asqueroso. El adjetivo «atronador», raramente utilizado, resultaba inadecuado. Otros comentaristas habían llegado a la connotación visceral, después de averiguar que adjetivos como fangoso o viscoso no despertaban en sus lectores el grado apropiado de repulsión.

Pero si apenas era posible describir el sonido, ¿qué esperanza había de encontrar en algún diccionario un adjetivo para ese olor? Un escritor abordó el problema así: «Si puede recordar los tres peores hedores que alguna vez lo han molestado, lector de fosas nasales sensibles, imagínelos elevados a la séptima potencia, después intensivamente destilado en una pequeña pero curiosamente poderosa bomba fétida sostenida a unos dos centímetros de su cara y conducida hacia usted por un ventilador; no debería haber alcanzado el final de esta oración a causa de las lágrimas en sus ojos, tal es la iniquidad de ese olor».

El reborde en el que Sarah y Hoggle estaban de pie era estrecho, pero el camino que ofrecía en cualquier dirección a lo largo de la pared era aún más estrecho. No solamente eso, Sarah podía ver que muchas rocas en el borde eran inseguras, solamente equilibradas las unas con las otras, el mortero peligraba. La idea de avanzar diez pasos por él era aterradora, pero sólo avanzar alrededor de la pared ofrecía alguna vía de escape. No podía ver el final del muro en ninguna dirección. Muy probablemente no tendría ningún fin, sino volvería a traerte de vuelta al mismo sitio. Aunque no es que tuvieras siquiera la más mínima esperanza de llegar tan lejos antes de que se derrumbara debajo de ti. Sarah y Hoggle estaban preguntándose qué camino intentar, cuando algunas rocas pequeñas se rompieron bajo sus pies y cayeron en cascada hacia el lejano fango.

Hoggle parecía lejos de estar agradecido de haber sido salvado por Sarah.

—¿Por qué has hecho eso? —le dijo, frunciéndole el ceño.

—¿Qué, rescatarte? —estaba desconcertada.

—No. Me besaste.

Ella lo miró.

—No finjas hacerte el duro. Volviste a ayudarme. No lo niegues. Eres mi amigo.

Él bufó.

—No lo hice. No lo soy. Sólo vine a recuperar mi propiedad, que tú me quitaste. —Se agachó y cogió el melocotón—. Y a… eh… a darte… uh, a darte…

—¿Darme qué?

Hoggle cambió el peso al otro pie, nerviosamente. Eso fue suficiente. La roca en la que estaba cedió y él cayó. Otras además de aquélla, que habían estado soportadas por ésa, la siguieron. Entonces la sección entera del borde se desmoronó, y Hoggle cayó con ella, aferrado inútilmente a un trozo de roca que cedió bajo su mano.

Demasiado tarde Sarah trató de agarrarlo. Perdiendo el equilibrio, vaciló momentáneamente sobre una piedra floja. Entonces se desplomó detrás de él.

Aterrizó en algo que sintió como un gran cojín peludo. Era Ludo.

Hoggle, habiendo rodado por la espalda de Ludo, estaba ahora atrapado debajo de su gran mole, bramando de terror.

Sarah jadeó.

—¡Ludo!

Ludo echó la cabeza hacia atrás y aulló.

—¡Olooooooooooooooooooor!

Estaba en cuclillas en un pequeño arrecife junto a la ciénaga, el cual había resultado imperceptible desde lo alto del precipicio. A sólo unos metros de distancia, el hediondo olor del pantano era el doble de intenso.

Sarah se puso las manos sobre la cara.

—¡Oooh! ¡Aaarghh!

Hoggle luchaba por salir de debajo de Ludo.

—¡Ayuda! —gritó, a pesar del consumo de aire asqueroso que implicaban aquellos gritos—. ¡Déjame salir!

Sarah no podía ver dónde estaba atrapado Hoggle. Asumió que sólo estaba atemorizado. Le tranquilizó.

—Todo va bien Hoggle. Es un amigo también. Éste es Ludo.

—¡Olooooooooooooooooooor! —lloró Ludo.

Sarah descubrió que ayudaba el pincharse la nariz ligeramente y utilizar sólo la comisura de la boca para respirar y hablar.

—Puedes bajarme ya, Ludo —dijo agradecidamente.

Él obedeció, con un cuidado notable en un cuerpo tan grande.

Entonces Sarah vio el aprieto de Hoggle.

—Ludo —dijo—. Deja que se levante. Es Hoggle.

Tras salir a gatas, Hoggle reanudó inmediatamente su tono irritado.

—¿Qué quieres decir con que es tu amigo? Yo soy tu amigo.

—Los dos sois mis amigos —dijo Sarah—. Te necesito.

—No tanto como yo me necesito a mí mismo —respondió Hoggle, estremeciéndose ante el lago de estiércol.

—Eres imposible —murmuró Sarah por la comisura de la boca.

—No, no lo soy. Soy tan posible como tú. Más posible, a decir verdad.

Sarah se encogió de hombros. Se giró hacia Ludo, deseando saber cómo había llegado allí

desde el bosque de huesos. Pero Ludo había estado usando sus ojos mientras los otros dos estaban peleando, y ahora señalaba algo.

Miraron, y vieron un puente rústico. Corría desde el punto más alejado del arrecife en el que estaban, cruzaba un estrecho cuello de la ciénaga, donde unos cuantos árboles de aspecto enfermo crecían entre el fango, y terminaba en la costa opuesta. Más allá se extendía un bosque.

Más bosque. Sarah sacudió la cabeza resignada. Bueno, fuera cual fuera el peligro o paradoja que el bosque escondiera, ofrecía más posibilidades de llegar al castillo que lo que había en este lado, con el vasto acantilado y la Gran Pared Goblin detrás de ellos, y el pantano burbujeando y fermentándose kilómetros adelante.

—Vamos —dijo y abrió el camino—. Vamos a cruzar rápidamente.

Los tres iban escogiendo su camino a lo largo del angosto arrecife. Las piedras y guijarros estaban sueltos bajo sus pies, y un paso descuidado podía hacerlos resbalar hasta el repugnante fango.

Con Sarah a la cabeza, se aproximaron al puente. Las varas de madera con las cuales estaba construido eran del mismo color que la ciénaga, como si hubieran quedado impregnadas de ella. El mismo aire parecía coloreado y espeso por el olor.

El puente se mantenía erguido sobre pilares de piedra. Estaban a sólo unos pasos del pilar más cercano, cuando una pequeña figura agresiva llegó corriendo desde atrás y se enfrentó a ellos.

—¡Alto! —dijo, con un aire de autoridad, como pensando que no había necesidad de decir más.

Era refinado en apariencia, vestía un chaleco elegante, cortado a estilo militar, y una gorra con una pluma en ella. Su bigote era blanco y aristocráticamente largo, y sus piernas, aunque delgadas, se mantenían firmes y separadas. Una cola tupida brotaba orgullosamente de debajo del chaleco. Su mano derecha sostenía un bastón. Todo junto daba la impresión de un personaje que, aunque diminuto, estaba acostumbrado a mandar y a ser obedecido.

Sarah que había ahora quedado reducida a pellizcarse la nariz y sostenerse la manga de la camisa sobre la boca para mantener alejado el penetrante hedor, masculló:

—¡Oh por favor! Tenemos que llegar a…

—Sin mi permiso nadie puede cruzar.

—¿Quién eres tú? —preguntó Sarah.

Él se inclinó enérgicamente por la cintura.

—Sir Didymus es mi nombre, milady.

—Por favor, Sir Didymus —le suplicó Sarah—. No me queda mucho tiempo.

Hoggle asintió impacientemente, en acuerdo.

—Tenemos que alejarnos del hedor.

—Oloooooooooooooooooor —gimió Ludo, frunciendo el ceño tan expresivamente que sus ojos desaparecieron bajo sus cejas y las comisuras de su boca alcanzaron los bordes de su maxilar.

—¿Hedor? —preguntó Sir Didymus—. ¿De qué habláis, caballeros?

—¡El olor! —Sarah se quitó la mano de la boca para señalar al aire.

Sir Didymus inspiró agudamente varias veces, probando el aire en sus fosas nasales, y sacudió

la cabeza perplejo.

—Yo no huelo nada.

—Estás bromeando —le dijo Hoggle.

Educadamente, Sir Didymus se esforzó por entender el problema. Manteniéndose erguido, ventiló sus fosas nasales con varios centímetros cúbicos de aire. Sacudió la cabeza de nuevo.

—Vivo de mi sentido del olfato. Aun así no detecto nada.

Los otros, repugnados y confusos, lo miraron mientras él continuaba inhalando profundamente.

—El aire —pronunció— es dulce y fragante. —Agarrando su bastón añadió—: Y nadie puede pasar sin mi permiso.

Ludo lanzo su cabeza atrás y aulló.

—¡Hueleeeeeeeeeee maaaaaaaaaaaaaaal!

—¡Quítate de mi camino! —ladró Hoggle e intentó precipitarse hacia adelante y sobre el puente.

Sir Didymus alzó su bastón y se colocó en medio del camino.

—Os lo advierto. He jurado cumplir con mi deber.

Hoggle estaba desesperado. Agachó la cabeza y cargó. Pero Sir Didymus, moviéndose ágilmente sobre sus pies, lo detuvo con la punta de su bastón sosteniéndolo intimidantemente contra el pecho de Hoggle.

Ludo, pasmado por todo el asunto, se vio impulsado a entrar en acción cuando vio a quien Sarah había llamado «amigo» amenazado. Avanzó con su gran cuerpo hacia Sir Didymus, señalando a Hoggle, y con un reproche en la voz declaró:

—Amigo.

—Entonces me ocuparé de vos también. —Con imprudente valentía, Sir Didymus se lanzó contra Ludo, dirigiendo su bastón en una impresionante serie de embates. Ludo se vio obligado a retirarse.

Mientras, Hoggle aprovechó la oportunidad para escurrirse por detrás de Sir Didymus, y lanzarse a la carrera por el puente, pero el intrépido defensor de la verdadera fe estaba listo para él. Con un brinco estaba de nuevo en su posición, su bastón a la altura de Hoggle.

Mientras Hoggle se detenía con un patinazo, y luego volvía a retroceder varios pasos cuidadosamente, Sir Didymus ensanchaba sus orgullosas fosas nasales y tomaba profundas bocanadas de aire. Apreciaba el aire fresco, pero sobre todo estaba disfrutando el ejercicio. No muchos viajeros pasaban por ese camino, y muchos menos estaban preparados para probar sus caballerescas habilidades tratando de forzar su paso por el puente. De hecho, nadie lo había intentado antes.

Sir Didymus había practicado el uso de su bastón, preparándose para este momento. Ahora que había llegado, era un delicioso desafío. Su sangre se excitó y su cuerpo se tensó mientras promulgaba el código caballeresco del coraje contra toda predicción. Esto era vida. Para esto había nacido y había jurado solemnemente defenderlo. De buena gana habría peleado con cien Hoggles y mil Ludos, si tal ejército hubiese venido marchando y aventurándose a cruzar su puente.

Deseaba devotamente que tal horda llegara, apropiadamente armada para el combate. ¿Cómo podía un caballero demostrar su valor, excepto siendo puesto a prueba?

Sarah se adelantó. Con tono de voz razonable, abogó:

—Oh, mira, déjanos cruzar tu puente, ¿vale?

Sir Didymus respondió con su bastón, embistiendo hacia adelante con una rodilla doblada y blandiendo el palo ante ella varias veces, utilizando la muñeca diestramente. Sarah retrocedió.

Esto fue más de lo que Ludo podía soportar ver. Con un gran rugido de rabia se precipitó sobre Sir Didymus. El pequeño caballero respondió vigorosamente, con estocada y embate. Su hábil juego de piernas lo apartó de los golpes de Ludo. Sir Didymus hizo un diestro uso del terreno, saltando y bajando del parapeto del pilar, haciendo equilibrios ágilmente al borde mismo de la ciénaga. En cuanto a Ludo, no tenía delicadeza, pero su ira y la fuerza de su mole lo hacían seguir arrastrándose tras su adversario, ignorando los golpes que le eran infligidos. Si uno solo de los golpes de Ludo hubiera llegado a acertar, habría sido suficiente para lanzar a Sir Didymus a la ciénaga.

Mientras la pelea proseguía, Hoggle aprovechó astutamente la oportunidad para escurrirse y cruzar el puente. Sarah lo miró consternada. Cuidando de sí mismo otra vez. Era muy poco lo que él, o ella, podían hacer para ayudar, pero sentía que le debía a Ludo el dar apoyo moral.

Pedazos de puente cayeron cuando Hoggle brincó sobre ellos. Toda la estructura temblaba y traqueteaba.

Al final Hoggle tuvo la decencia de detenerse, cuando alcanzó la otra orilla, y se quedó a observar el resto de la épica batalla. Sarah esperaba que desapareciera en el bosque. Tal vez estuviera ganando la batalla contra la insensibilidad de Hoggle. Poco a poco estaba llegando a él.

La presente batalla estaba estancada. Apretándose la nariz, Sarah animaba a Ludo, pero no había señal de victoria para ninguno de los bandos. Sir Didymus balanceó su bastón, Ludo lo atrapó y tiró de él. En vez de quedar desarmado, Sir Didymus se quedó adherido al bastón, y fue arrastrado por el aire, sus piernas pataleaban. Ludo perdió el agarre del palo serpenteante, y Sir Didymus cayó con un ruido sordo a tierra. Al instante estaba en pie y dispuesto otra vez, como una pelota de goma, alejándose de las piernas peludas de Ludo.

Sorprendido por la ferocidad del minúsculo militar, Ludo se detuvo un momento, y Sir Didymus aprovechó la oportunidad para zambullirse entre las piernas de su oponente, subirse por su cola, como asaltando una almena, y golpear la parte de atrás de la cabeza de Ludo. Con un ademán de cuello, Ludo tiró a Sir Didymus por encima de su cabeza, para después mirar a derecha e izquierda en busca de su valiente oponente, que estaba agarrado a las patillas de Ludo y le colgaba por debajo de la babilla. Ludo sintió una picazón y levantó la mano para rascarse. Tenía los dientes de Sir Didymus en el dedo. Con un aullido Ludo sacudió la mano. Sir Didymus salió disparado y voló por el aire hasta llegar al acantilado. Al momento se estaba levantando de un salto, excitado por las posibilidades que todo esto le estaba dando para probar por fin su valor.

Ahora Ludo había encontrado un leño y lo blandía hacia Sir Didymus, pero era como tratar de aplastar una mosca con un garrote y todo lo que conseguía era abrir agujeros en el arrecife. Sir Didymus se cobijó bajo las raíces expuestas de un árbol roñoso. Ludo avanzó y bajó el tronco con

tal fuerza que aplastó las raíces y el árbol zozobró.

Durante un momento reinó el silencio. Ludo jadeó. Había matado al pequeño caballero. Suspiró, sintiéndose desgraciado, hasta que Sir Didymus salió de un salto de un agujero en el tronco del árbol.

Para entonces ambos estaban exhaustos. Las piernas de Sir Didymus estaban demasiado cansadas como para arriesgarse a acercarse demasiado al herido Ludo. Ludo no podía golpear lo suficientemente rápido para acertar a Sir Didymus.

Finalmente fue el pequeño chevalier quien saltó de vuelta a su posición en el puente, levantó su bastón, sin muestra alguna de reproche y jadeó:

—¡Suficiente! Habéis peleado como un verdadero y valiente caballero.

Ludo aceptó la tregua agradecidamente. Se sentó sobre sus ancas, jadeando, y cuando hubo recuperado el aliento lo uso para bramar:

—¡Olooooooooooooooooooor!

Sir Didymus lo evaluó con admiración.

—Antes de este día —acotó—, nunca había conocido rival en combate. —Sonrió tristemente a Sarah—. Este noble caballero ha luchado conmigo hasta un punto muerto.

Todo lo que preocupaba a Sarah era Ludo.

—¿Estás bien? —le preguntó tiernamente—. ¿Ludo?

Ludo aún se estaba recuperando.

—Uhhh…

Sir Didymus marchó, cansado pero todavía elegante, para confrontar a su igual en combate.

—Sir Ludo, si ése es vuestro nombre —declaró—. Aquí os cedo mi bastón. —Lo sostuvo ante él.

Ludo echó un vistazo al bastón sin mucho interés. Se estaba preparando para otro aullido sobre el olor, esperando que alguien pudiera hacer algo al respecto. Abrió la boca.

Sir Didymus continuó su discurso:

—Seamos hermanos de aquí en adelante, y luchemos el uno junto al otro.

La boca de Ludo seguía abierta, pero pospuso el aullido. Su cara radiante bajó para evaluar a Sir Didymus.

—¿Ludo… tener… hermano?

El noble caballero tamaño bolsillo, con la espesa cola erecta, fue a palmear a su hermano de armas en el hombro, el cual podía alcanzar puesto que Ludo estaba casi tendido de bruces.

—Bien hecho, Sir Ludo.

—Ludo… ¿Sir?

Sarah pensó que se moriría pronto si tenía que seguir respirando ese aire fétido. Estaba intentando no respirar para nada. Viendo que los dos nobles caballeros aparentemente habían llegado a un acuerdo satisfactorio, dijo:

—Bien, vamos entonces.

Fue hacia el puente, pero Sir Didymus llegó allí antes que ella, y bloqueó el camino.

—¡Deténgase! —gritó—. Olvidáis mi voto sagrado, milady. No puedo dejaros pasar.

No era posible. Sarah se sintió tentada a levantar la pequeña figura y arrojarlo lejos en medio de la ciénaga. Pero él había alcanzado su bastón otra vez y lo estaba sosteniendo hacia ella.

—Oh… —Dejó escapar un resoplido de frustración a través de la nariz taponada—. Pero has dicho que Ludo es tu hermano. Seguramente en ese caso…

Sir Didymus replicó con una firme sacudida de cabeza.

—He hecho un juramento. Debo defenderlo hasta la muerte.

—¡OLOR! —aulló Ludo.

Sarah cerró sus ojos y lo pensó un momento.

—Está bien —dijo—. Afrontemos esto lógicamente. ¿Qué fue lo que juraste exactamente?

Sir Didymus alzó su bastón alto sobre la cabeza y lo miró fijamente con devoción.

—Con mi vida he jurado, que nadie ha de atravesar este camino sin mi permiso.

Sarah asintió.

—Ah —dijo, y consideró la cuestión—. Entonces —preguntó lentamente—, ¿nos das tu permiso?

Un silencio absoluto siguió a su pregunta. Sir Didymus estaba atónito. Intentó estudiar la proposición de un lado, después del otro. La giró de arriba abajo, de adentro a afuera. Se retiró y volvió a dedicarle una mirada fresca. No importaba cómo lo mirara, no veía fallo en lo que Sarah había sugerido. Finalmente, se encogió de hombros, siguiendo adelante y compartiendo su bien considerada conclusión.

—Sí.

—Bien —dijo Sarah, intentando no respirar profundamente con alivio—. ¿Nos vamos? —hizo ademán de pasar junto a Sir Didymus hacia el puente. En el lado más lejano podía ver a Hoggle aún esperando.

Sir Didymus ejecutó una galante reverencia, y le ofreció el puente con una floritura de su mano.

—Milady.

—Bueno, gracias, noble señor —dijo Sarah y avanzó por el desvencijado puente.



Capítulo Trece
Un Solo Mordisco

En el momento en que el pie de Sarah se posó en el puente, toda la estructura crujió y se hundió un par de pulgadas. Ella saltó hacia atrás rápidamente.

—No tengáis ningún temor, dulce señora —la tranquilizó sir Didymus—. Este puente lleva en pie mil años.

Sarah observó con desconfianza el puente.

—Sólo espero que esté en pie otros cinco minutos.

Colocó otra vez el pie y lo sintió tambalearse debajo de ella. Cautelosa, con una mano extendida para que Ludo la cogiera si había necesidad, posó todo su peso sobre el puente. Éste se hundió otra vez, con un ruido de bisagra muy seca. Un par de fragmentos cayeron estrepitosamente a la burbujeante ciénaga, con una nube de polvo.

Con una mano en la desvencijada barandilla y el otro brazo estirado como un trapecista en la cuerda floja, Sarah avanzó un paso tras otro. Hubo sonidos chirriantes y crujidos ante cada movimiento que realizaba. Tras ella oyó un apagado chapoteo. Una piedra de un pilar se había desprendido y había caído. Sintió cómo el tablón bajo sus pies cedía otra pulgada. Lo único que la hizo continuar fue la certeza de que no tenía ninguna otra alternativa.

Sir Didymus, en cambio, no sufría ningún malestar. De hecho, él ya no pensaba en el puente. Su cerebro funcionaba a mil por hora con la perspectiva de, por fin, someterse a la prueba suprema del código caballeresco… una búsqueda. No tenía ni idea de cuál era el propósito de sus compañeros, pero estaba claro que debían tener uno de suma urgencia, ya que su ojo entrenado lo había detectado en la damisela. Era, por otra parte, un propósito de la más alta importancia si sus cortesanos estaban dispuestos a entrar en combate sin armas con un guerrero de su talla con tal de alcanzar su meta. Su piel zumbó y sus ojos centellaron cuando se giró hacia Ludo, y le dijo:

—Ya que sois mi compañero, iré con vos a donde nos lleve esta búsqueda. ¡Id delante! —Con una pequeña reverencia y una floritura de su mano, invitó a Ludo a seguir a Sarah a través del puente.

Ludo agitó la cabeza.

—¡Ludo… espera!

Mientras Ludo observaba al puente con desconfianza, otro gran trozo de mampostería se desmoronó del puente y cayó rodando a la ciénaga. El puente cedió y se sacudió repentinamente. Sarah se sujetó a la barandilla con ambas manos. Otras piedras y más cemento flojo cayeron del puente.

En medio del puente que se sacudía y hundía, Sarah estaba indefensa. Miró a su alrededor con horror, vio que todo se estaba derrumbando, y empezó a correr para llegar al otro extremo.

Demasiado tarde. Las tablas putrefactas chillaron y crujieron al romperse bajo ella. El vil limo burbujeó sobre los bordes del entablillado delante de ella. Sarah saltó hacia una rama que sobresalía de un árbol deshojado y medio seco ubicado al lado del puente y se las ingenió para lograr posar ambas manos en él. Aún balanceándose, bajó la mirada hasta la espumosa superficie

que burbujeaba bajo sus pies, y los restos del puente que flotaban en la ciénaga. Gimió ante la idea de mancharse y apestar para siempre.

Con cada oscilación oía cómo la rama se desgarraba de su tronco.

—¡Auxilio! —gritó lastimosamente—. ¡Ludo! ¡Hoggle! ¡Sir Didymus! ¡Auxilio! ¡Haced algo!

Sir Didymus estaba paralizado. Su puente había sido borrado del paisaje. Le llevó un rato acostumbrarse a la nueva visión, y un poco más aceptar que el papel que había desempeñado siempre tan devotamente había sido suprimido. Entonces, recordó que acababa de comprometerse con la búsqueda de estas personas.

—No os preocupéis, hermosa dama —dijo en voz alta a Sarah—. Os rescataré. —Buscó vertiginosamente con la mirada algo que le ayudara—. De alguna manera —señaló, alentadoramente.

Sarah, balanceó los pies, al oír que la rama se partía, y balbuceó algo como:

—¡Auxilio!

Sir Didymus extendió su báculo hacia Sarah. Tendiendo un puente de aproximadamente la treintava parte del trecho entre ellos.

—¡Aquí! —gritó él.

Hoggle, en la otra orilla, sólo cerró los ojos.

Ludo se sentó sobre sus ancas, echó la cabeza hacia atrás, abrió su enorme boca y gritó diez veces más fuerte que cuando los goblins lo habían atormentado.

Sir Didymus se quedó con la boca abierta ante el sorprendente aullido.

—¡Por las barbas del profeta! —exclamó—. ¿Estaré oyendo bien?

Sarah sintió que la rama empezaba a caer y gritó, pero ninguno de ellos podría escucharla debido al rugido de Ludo, que hacía temblar la tierra.

Sir Didymus estaba consternado.

—¡Sir Ludo, camarada mío! —dijo con reproche—. ¿Acaso no sois vos el valeroso caballero con el que acabo de luchar? No podéis sentaros y sólo aullar cuando vuestra dama necesita de nuestra ayuda más galante.

—ARRRRRRGGGGGGGHH —continuó Ludo.

En ese instante los pies de Sarah zigzagueaban a apenas unas cuantas pulgadas sobre el limo color caqui. Dobló las rodillas a fin de posponer el terrible momento del contacto, pero podía sentir cómo por fin se desgarraban las últimas fibras de la rama.

En el extremo más alejado de la ciénaga, se podía oír un ruido ensordecedor, aumentando cada vez más a medida que se aproximaba. Una enorme roca rodaba por sí misma sobre el suelo. Hoggle, oyó el ruido detrás de él, tuvo que saltar para salir de su paso. La piedra rodante lo dejó atrás, se deslizó suavemente en el interior la ciénaga, y fue a posarse, rompiendo su superficie, justamente bajo los pies de Sarah. Justo cuando llegó, la rama del árbol se rompió. Sarah aterrizó en la firme roca, se encaramó a ella y se hizo un ovillo. Yació allí sollozando de alivio, pero muy cerca de la asfixia por el horrible hedor que ahora estaba a tan sólo unas pulgadas de su nariz.

El grito de Ludo no había sido un inútil grito de abatimiento. Las piedras de la tierra lo habían salvado no hacía mucho, como la puntería de Sarah con los yelmos de los goblins torturadores lo

había probado tan precisamente. Ahora las estaba convocando de nuevo.

Sir Didymus tenía la boca boquiabierta. Evitó darle muchas vueltas al asunto, mirando de la piedra a Ludo y viceversa una vez más, incapaz de decidir qué parte del milagro merecía más su atención, causa o efecto, su camarada o la roca.

Ludo no se detuvo. Su cabeza seguía echada hacia atrás, y mantenía su grito. Esta vez las rocas que respondieron moraban bajo el fango. Una a una salieron a la superficie, despojadas del cieno, como si fueran huevos blancos. Estaban ubicadas lado a lado, creando una calzada perfectamente plana que iba desde la roca en la que estaba Sarah hasta el otro extremo de la ciénaga.

Sarah se puso en pie. Miró a Ludo y sacudió la cabeza maravillada. Entonces sonrió, agradeciéndoselo con un beso soplado, y cruzó corriendo la calzada hasta la otra orilla, donde Hoggle le tendió una mano para ayudarla a llegar a tierra firme.

—¡Oh! —suspiró Sir Didymus con un rastro de respeto en la voz, y miró ardientemente a este poderoso caballero, la flor del código de caballería, su camarada. Casi susurrando, pregunto—: ¿Cómo podéis convocar a tantas rocas, sir Ludo?

—Rocas… amigas.

Ludo se puso de pie, y cargando alegremente cruzó su calzada para reunirse con Sarah.

—¡Sir Ludo! —le llamó Sir Didymus siguiéndolo—. Esperadme. —No deseaba perder tan noble compañía. Miró a los alrededores y aulló—: ¡Ambrosius! ¡Mi noble corcel!

Desde detrás de un árbol, un lanudo perro ovejero Old English mostró cautelosamente el hocico. Cuando vio que todo era seguro, trotó obedientemente hasta su amo, jadeando de expectación.

Sarah, que esperaba en el otro extremo de la ciénaga, se quedó asombrada cuando vio a Ambrosius. Era una copia exacta de Merlín (quien, pensó sombríamente, probablemente aún estaría confinado en el garaje).

—¿Ése es su corcel? —preguntó en voz alta a Sir Didymus.

—Éste es —gritó sir Didymus en respuesta, mientras montaba—. Y ningún caballero posee uno mejor… veloz y de paso firme en la batalla, leal y obediente en tiempos de paz, es una montura sin tacha. A excepción de cuando ve un gato. —Apretó las costillas de Ambrosius con los talones—. Adelante —ordenó.

Ambrosius lo llevó a trote ligero por la calzada. Al llegar, Sir Didymus desmontó y condujo a su montura a pie, caminando junto a Sarah y Ludo. El valeroso caballero anhelaba oír cuán peligrosa era su búsqueda, pero contuvo su impaciencia como el perfecto caballero que era.

Sarah buscó con la mirada a Hoggle. El enano aún rondaba junto al borde de la ciénaga. ¿Es que había llegado a gustarle estar allí?

—Vamos, Hoggle —le llamó.

Hoggle permanecía vacilante ante su peliagudo dilema. Su mano estaba sobre la bolsa que le colgaba del cinto, tanteando con los dedos el melocotón. Si se lo daba a Sarah, estaría traicionando a su corazón. Si no se lo daba, le echarían de cabeza en el Pantano de Hedor.

Sacó el melocotón y lo sostuvo sobre el pantano. Él aún no había tomado una decisión, pero reconocía que sería sabio estar listo para actuar inmediatamente después que haberlo hecho, sin

darse tiempo a cambiar de idea. El melocotón incluso podía deslizarse accidentalmente de entre sus dedos relevándolo de la responsabilidad de elegir.

Aún sostenía el melocotón sobre la fétida espuma cuando oyó una voz en el aire alrededor de su cabeza.

—Yo no haría eso si fuera tú —le dijo.

Hoggle se asustó tanto que casi dejó caer el melocotón. Pero sus dedos lo envolvieron. Cerró los ojos con angustia. Jareth, dondequiera que estuviera, lo observaba.

—Por favor —susurró Hoggle—. No puedo dárselo.

Sintió cómo sus pies se deslizaban hacia el borde de la ciénaga.

—¡No! —chilló Hoggle—. ¡No! ¡De acuerdo!

Puso otra vez el melocotón dentro de su bolsa y caminó desanimadamente hacia los otros.

Sir Didymus se había preocupado por el retraso. Cuando vio que Hoggle los seguía al fin, decidió que la expedición necesitaba un liderazgo más enérgico. Él era el idóneo para esa tarea, siempre que le dijeran a dónde querían que los condujera. Montó a Ambrosius otra vez y se dirigió al bosque, puesto que era obvio que todos tenían alguna incomprensible aversión al pantano. Ludo y Sarah lo siguieron. Hoggle se arrastró de alguna forma detrás de ellos.

Durante un rato, siguieron en silencio. Sir Didymus fruncía el ceño y se relamía los dientes, cavilando sobre los afanes y peligros a través de los cuales él y sir Ludo, su legendario camarada, conducirían a la compañía. *Pero*, pensó, azuzando a Ambrosius, *tal es la guisa en la carrera caballeresca que al asustaros o al ser fácilmente disuadido, nos impedía doblar la rodilla para recibir el espaldarazo de honor en vuestro cobarde hombro*.

Ludo, caminando detrás de sir Didymus, pensaba en lo bien que sentaba respirar aire dulce otra vez, y en cuán hambriento estaba.

Sarah compartía esos pensamientos, pero sobre todo le preocupaba cómo estaría Toby, y cuánto tiempo le quedaba de las trece horas que Jareth le había dado.

Hoggle pensaba en la elección que había hecho, y en lo que, en consecuencia, ahora tenía que hacerle a Sarah. Si ella lo supiera, pensó, difícilmente podría culparme, ¿o sí? ¿Acaso a ella le gustaría que la tiraran de cabeza al Pantano? No, esto es todo culpa de Jareth. Sólo estoy obedeciendo una orden que no puedo desobedecer.

Sarah se dio cuenta de que no tenía ni idea de adónde los conducía Sir Didymus. Se lo preguntó.

—A cualquier lugar que demande vuestra búsqueda —contestó él. Nunca se había sentido tan feliz.

—¿Conoces el camino al castillo?

—¿Cuál es el castillo al que os referís, hermosa y gentil damisela? ¿El Castillo de la Perseverancia? ¿El castillo de Tintagel? El Castillo…

—El castillo de Jareth.

—Ah. En la Ciudad Goblin. —Cabeceó Sir Didymus. Había esperado una búsqueda que le llevara siete años realizar, pero aún así no mostró su decepción. Quizás esto fuera un ensayo, y algo más arduo vendría después—. Ambrosius conoce bien estos senderos —dijo—. Llegaremos a

la ciudad antes del término del día de mañana.

Dio una fuerte sacudida a las riendas de Ambrosius y trotó decididamente hacia adelante.

Mañana, pensó ansiosamente Sarah. Mañana sería tarde para salvar a Toby, asumiendo que el sol tardaba veinticuatro horas, o quizá veintiséis, en completar su ciclo diario en este lugar. Miró al cielo, a través de las ramas del bosque, y vio que estaba anocheciendo. Cintas rosadas y ambarinas iluminaban las nubes debido a la luz del sol que agonizaba.

—¿Qué hora será? —preguntó ella.

Sir Didymus se encogió de hombros.

—No cuento las horas, dulce damisela. Un caballero debe forzosamente contar su vida por intervalos de siete años.

—Oh. —Sarah miró a Ludo, pero estaba segura de que él no sabía nada de relojes.

Ludo captó su mirada.

—Hambriento —dijo él tristemente.

—No podemos detenernos —le dijo Sarah— pero quizás haya algunas bayas o algo así.

Buscó a Hoggle. Quizás él tuviera alguna idea de la hora que era.

Hoggle sintió su mirada sobre él, y esperó un instante para enfrentarla, sabía que había llegado el momento. Se obligó a sí mismo a alterar su comportamiento, mostró una sonrisa vidriosa, condujo sus pies a un paso alegre, y se pavoneó de ser el buen y viejo Hoggle, un verdadero amigo.

—Señorita —dijo él, radiante, y extendió la mano.

En ella, Sarah vio el más suculento melocotón, tan rico y maduro y tentadoramente jugoso que parecía brillar. Se dio cuenta de que Ludo no era el único que tenía hambre. ¡Oh, el buen Hoggle! Debía haberlos oído cuando hablaban de comida.

Alzó la mano hacia el melocotón. Parecía tan grande y delicioso que cada uno de ellos podría darle un mordisco.

—Hoggle —dijo agradecida— eres un salvavidas.

Se preguntó si debía ofrecer cortésmente a los demás dar el primer mordisco, pero en ese momento estaba en su mano, y Hoggle la miraba con tanta ilusión por habérselo entregado que sintió que era su deseo que ella le diera el primer modisco.

Se lo llevó a los labios, y entonces lo sostuvo en alto para estudiarlo. Su aroma era delicioso.

Hoggle, con los puños apretados, levantó la mirada para echar un vistazo a Ludo y Sir Didymus y vio que no se habían detenido, habiéndose alejádo un poco más. Eso ya era algo.

Sarah miró al melocotón casi con pesar. Era una pena comerse una fruta tan adorable. Aunque ésa era la cuestión, ¿o no? Un melocotón debía ser encantador sólo para que alguien se lo comiera. Pero si ése era el caso, lo astuto sería ser repulsivo, y las serpientes de cascabel podrían gobernar la tierra un día. ¿Era eso lo que tendrían en mente?

Mordió el melocotón.

El sonido del mordisco hizo temblar a Hoggle. Deseó taparse los oídos con las manos.

El rostro de Sarah estaba extasiado.

—Este sabor… es tan extraño.

Miró al melocotón, y descubrió que sus ojos no se enfocaban en él. Comenzó a marearse. Sintiéndose a punto de desmayarse, avanzó un paso hacia Hoggle, buscando ayuda. Tropezó. Con una mano se frotó la frente mientras con la otra sostenía el melocotón con el brazo extendido, intentando verlo apropiadamente. Entonces, lo comprendió. Lentamente, miró a Hoggle. Él era una brillante y borrosa forma.

—Hoggle —dijo quedamente—. ¿Qué has hecho?

Con voz estrangulada, Hoggle gritó:

—¡Maldito seas, Jareth! ¡Y maldito yo, también!

Dándose la vuelta para no ver el rostro de Sarah, corrió apresurado hacia el interior del bosque.

En ese instante Sarah se tambaleó. Logró llegar hasta un árbol, y se apoyó contra él. Ya había olvidado a Hoggle, Ludo y a Sir Didymus, a Toby, y dónde estaba ella y el porqué. Todos sus pensamientos eran para Jareth, y sus ojos se alzaron hacia el cielo.

—Todo está bailando —susurró.

Capítulo Catorce

Un Cuerpo Controlado por la Música

Jareth sostenía cuatro esferas de cristal cerca de su rostro. Miraba fijamente en cada una de ellas alternativamente, captando la luz. Parecía que estuviera eligiendo entre ellas. Tomó una y la hizo girar en el aire, con un ligero movimiento de muñeca. Ésta se alejó de él flotando, convirtiéndose en una burbuja.

Luego la burbuja fue a la deriva atravesando la ventana abierta junto a la que Jareth estaba de pie, y se alejó por el cielo del ocaso. Las otras tres la siguieron una tras otra, burbujas fríamente hermosas flotando en la oscuridad, girando y centellando, hipnóticos globos brillando intensamente en la agonizante luz.

Sarah aún recostada débilmente contra el árbol, estaba demasiado mareada para moverse, cuando las cuatro burbujas se le acercaron desde el cielo. Las observó fijamente, arrobada. Vio cómo las brillantes esferas flotaban hacia ella, descendiendo lentamente. Bailaban con la luz, y podía oír la música, una dolorosa y obsesionante música, solemne, como una pavana. Estaba extasiada. Sus labios se abrieron maravillados. Ahora las burbujas estaban lo bastante cerca como para que viera que en el interior de la primera estaba la bailarina de su caja de música, girando en piruetas. En cada una de las otras tres burbujas había otra bailarina, moviéndose con sinuosa elegancia.

El cuerpo de Sarah se balanceaba hipnóticamente al compás de la música. Ella era la música y la danza. Estaba dentro de una burbuja, bailando, en un traje de gala. Encantada y encantando, bailaba lentamente a través del cielo en compañía de las otras bailarinas.

Una congregación de muchas burbujas cruzó el cielo nocturno, cada una con una bailarina dentro. Se estaban aproximando a una gran burbuja, como si se vieran atraídas por alguna fuerza magnética. Dentro de la gran burbuja había un magnífico salón de baile. Jareth ya bailaba allí.

Sir Didymus y Ludo habían llegado al linde del bosque, y ahora miraban a través de la descubierta, seca y agrietada llanura hasta los muros del distante castillo.

Sir Didymus dio unas palmaditas a Ambrosius, quien había encontrado el camino.

—Buen trabajo, mi leal corcel —le dijo al perro. Giró a medias la cabeza para llamar a alguien a su espalda, con un rastro de satisfacción—. A lo lejos si la vista no me miente, está el castillo, milady.

No oyó ninguna respuesta y se giró completamente para ver dónde estaba Sarah. Ludo también se dio la vuelta, un gruñido de suspicacia salió de su garganta. Juntos miraron hacia atrás siguiendo las huellas que habían dejado.

Sarah había desaparecido.

—¿Milady? —gritó Sir Didymus—. ¿Milady?

Sobre sus cabezas una burbuja pasó flotando, moviéndose en dirección al castillo.

El salón de baile había conocido alguna vez la opulencia. Entre las brillantes cornisas colgaban muchos magníficos candelabros desde donde la cera, que había goteado durante cientos de años, formaba estalactitas. Los tapices de seda en las paredes se habían decolorado y, en algunos lugares, estaban deshilachados. Muchas burbujas adornaban la habitación, contenidas en conjunto en el interior de la iridiscente y gran burbuja. Un alto y dorado reloj con trece horas permanecía de pie en una esquina. Eran casi las doce.

Sarah observó la danza, y los bailarines la miraron, desde detrás de sus máscaras. Los hombres lucían camisas de seda abiertas hasta la cintura y apretadas calzas de terciopelo. Algunos usaban sombreros con alas anchas y plumas; otros tenían capas o portaban espadas. Los vestidos de las mujeres dejaban al descubierto sus hombros para luego caer en picado entre sus pechos. Llevaban elaborados peinados y muchas usaban guantes largos.

Los bailarines se movían en un anillo alrededor del salón de baile, con una especie de letárgico brillo, como si el baile hubiera durado ya toda la noche. Los hombres que no bailaban se apoyaban indolentes contra las columnas, o se recostaban en mullidos asientos en el centro del salón de baile, en compañía de mujeres. Las criadas y los lacayos, cuya piel parecía del color del pergamino viejo, les servían bandejas de frutas y rellenaban sus copas con el contenido de decantadores. Y los bailarines siempre miraban a través de los agujeros para los ojos de sus crueles máscaras de cuernos y facciones pronunciadas. Bailando o descansado elegantemente, todos miraban a Sarah, o se miraban entre ellos, y bajo las máscaras las bocas sonreían a los demás como afilados cuchillos.

El vestido de Sarah era plateado, de color madre-perla, con mangas cortas abullonadas. Tenía un collar de perlas, y su cabello estaba trenzado con una sarta también de perlas. Sus ojos estaban abiertos de par en par. Era el vivo retrato de la inocencia en esta farsa, un cuadro que estimulaba a los bailarines, que nunca apartaban sus enmascarados ojos de ella, mientras se movían con desganada gracia siguiendo la cadencia de la siniestra y hermosa melodía.

Sarah caminó lentamente alrededor del salón. Dos mujeres magníficamente vestidas se rieron con disimulo de ella detrás de sus abanicos. Sarah se detuvo brevemente junto a un espejo alto y examinó su imagen.

La gente que pasaba junto a ella, en el espejo, la miraba como aves de rapiña a su presa. Los bailarines se balanceaban y giraban. De repente Sarah vio algo en el espejo que la hizo gritar de asombro. Había captado una breve visión de Jareth, entrelazado con una voluptuosa mujer, bailando en la lejanía.

Se giró, pero él había desaparecido. Se quedó allí de pie, mirando con fijeza a través de la multitud con tanta atención que no se dio cuenta de que un joven se apoyaba contra la columna a su lado. Él echó la cabeza hacia atrás y la miró descaradamente. Apreciaba su rostro, sus blancos hombros, sus pechos, caderas, y piernas, y se movió acercándose a ella. Le murmuró al oído:

—Eres notablemente hermosa, mi querida muchacha.

Sarah se dio la vuelta para hacerle frente, con la boca abierta. En su rostro se mezclaban la sorpresa y el placer; el joven echó hacia atrás la cabeza y rió. Ella le sonrió nerviosamente en

respuesta.

Oculto detrás de la capa de otro hombre, Jareth lo había observado todo, pero Sarah no lo había visto a él. Sus ojos seguían a Sarah dondequiera que fuera en el viciado salón de baile.

Ahora estaba tensa, alerta, entre gente a la que no comprendía pero que se comportaba como si supieran algo que ella no. Recorría apresuradamente el salón de baile buscando a Jareth. No sabía por qué deseaba encontrarlo, o lo que le diría. Sólo sabía que era de vital importancia que lo encontrara.

Cuando lo vio, él le estaba susurrando algo a su hermosa compañera, quien le respondió sonriendo con entendimiento bajo su máscara y lamiéndose los labios, lentamente, con la punta de la lengua.

Sarah se ruborizó y apartó la cara de vergüenza. Se encontró con su propio reflejo en otro de los altos espejos que adornaban el salón. A su espalda vio a Jareth, que estaba de pie solo. Era una resplandeciente figura, erguido y rubio, engalanado con una capa azul medianoche con diamantes en el cuello, hombros, y puños. Llevaba una gola de pálida seda en su garganta y en las muñecas que contrastaban con su pálida piel. En sus piernas, calzas negras y negras botas brillantes. Llevaba una máscara de cuernos sujeta a un palito, pero en ese momento la había bajado, para mirar directamente a Sarah en el espejo. Detrás de él, los bailarines giraban. Le ofreció su mano.

Ella se dio la vuelta, sin esperar que él estuviera realmente allí. Era él, y aún le ofrecía su mano. La tomó, sintiéndose mareada.

Sus vértigos cesaron cuando empezó a girar por el salón de baile en brazos de Jareth. Ella era la mujer más encantadora del salón. Lo supo, por la forma en que Jareth le sonreía. Toda su atención estaba centrada en ella. El roce de las manos de él sobre su cuerpo la emocionaba. Bailar con él parecía lo más fácil y más natural. Cuando le dijo que era hermosa, se sintió confundida.

—Me siento… me siento como… yo… no sé lo que siento.

Él parecía divertido.

—¿No lo sabes?

—Me siento como… en un sueño, ¡pero no recuerdo haber soñado jamás algo como esto!

Él fijo otra vez su mirada en ella y rió, pero cariñosamente.

—Tendrás que encontrar la forma de explicarlo —le dijo él, y la hizo girar por el salón.

Ella le sonrió. Pensó cuán guapo era, pero una no le decía cosas así a un hombre, ¿o sí? Por otra parte, algo en su rostro le decía que él estaba disfrutando abiertamente del momento, sin las burlas o desconfianza que allí había observado en otros rostros.

—Y cuando hayas encontrado la forma de hacerlo, quédate en tu sueño, Sarah. —Los ojos de Jareth la miraban directamente a los suyos. Su sonrisa era seria—. Créeme. Si deseas ser verdaderamente libre, completamente tú misma… eso es lo que deseas, ¿no es así?

Sarah asintió con la cabeza.

—Entonces encontrarás lo que deseas únicamente mientras permanezcas en tu sueño. Abandónalo una vez, y estarás a merced de los sueños de otras personas. Harán de ti lo que ellos desean que seas. Olvídate de ellos, Sarah. Confía en tu sueño.

Sarah estaba hechizada.

—Confía en a mí —dijo Jareth, acercando el rostro al suyo—. ¿Puedes hacer eso?

Asintió con la cabeza, y alzó la vista hacia él con expectación. Iba a besarla. Cerró los ojos. Ésa era la forma de hacerlo.

Algo la hizo abrir los ojos otra vez. Era el silencio. La música había cesado. Vio cómo el resto de bailarines los había rodeado. Miraban furtivamente y se daban codazos entre ellos. Los vio morderse los labios para ocultar su risa. Jareth parecía imperturbable, pero ella giró el rostro bruscamente alejándose de él, horrorizada. Él la abrazó más estrechamente, e insistente buscó sus labios. Llena de repugnancia, Sarah se retorció para librarse.

El reloj dio las doce.

Sarah se abrió paso a empujones entre la burlona muchedumbre. Un hombre le sonrió ladinamente tras su máscara y después la asió del cuerpo. Ella sintió su maléfica respiración en el rostro. Lo empujó airadamente. Un grupo de mujeres vivarachas reían nerviosamente entre ellas, perseguidas por hombres risueños y alborotadores. Sarah se tambaleó y tropezó contra una columna. Acurrucándose, asustada, se abrió camino entre la multitud, hasta que vio la brillante membrana de la gran burbuja justo delante de ella.

A su lado había una pequeña y colorida silla. La alzó con ambas manos, y la lanzó hacia la burbuja.

La silla la atravesó. Cuando la burbuja explotó, Sarah fue succionada a través de ella.

Estaba volando por el espacio. Abajo, en la tierra, vio los rostros de Ludo y de Sir Didymus que levantaban la vista mirándola. Sus bocas se movían, como si la llamaran a gritos, pero todo lo que pudo oír fue el apresurado silbido del viento. Detrás de ella, el salón de baile se había derrumbado y convertido en ruinas. Extrañas cosas, y trozos de cosas, y cosas de trozos, cruzaban el espacio junto a ella, algo adelantados o algo retirados.

Reconoció varios objetos. La bailarina de su caja de música pasó realizando piruetas, del revés, seguida por varios de sus libros favoritos, en orden aleatorio, sus páginas aleteaban sueltas al viento.

Launcelot no estaba muy lejos en el cielo, y más allá de éste, Sarah vio algunas revistas de chismorreos, y la cuchara y la huevera que había utilizado cuando era bebé. Era un Mar de los Sargazos aéreo formado por todo lo que había visto o imaginado pero dispuesto en improbables combinaciones. Si esto son las ruinas del salón de baile, pensó, entonces toda mi vida debe haber estado en esa bola, disfrazada.

La chatarra flotante de su mente se extendía de horizonte a horizonte.

Todo iba a más velocidad y comenzó a girar, más y más rápido, en un remolino, y Sarah con él. Las acometidas del viento se convirtieron en una chirriante y atronadora música.

Se detuvo. Sarah estaba en tierra, vestida nuevamente con sus propias ropas. En su mano había un melocotón medio comido. Lo sostuvo más cerca para examinarlo. La carne estaba putrefacta. Un gusano se arrastró y salió de un agujero. Sarah jadeó, arrojó el melocotón lejos de ella, y se desmayó.

Capítulo Quince
Una Época de Su Vida

Sarah despertó en ninguna parte. Abrió los ojos y levantándolos vio un cielo ensombrecido, la tierra desnuda a su alrededor estaba severamente ahuecada, como las fotografías que había visto de la luna. Por lo que sabía, quizás estaba en la luna.

Había estado en un baile, eso era todo lo que podía recordar. Dónde estaba, cómo había llegado allí y por qué… no lo recordaba; sólo el baile. Cerró los ojos ante el recuerdo de Jareth, sonrojándose de vergüenza debido a cómo había sucumbido a su encanto. Se sentía manchada por lo que había sucedido en el salón de baile. De alguna manera, había sido su error. Ese hombre, Jareth, que la había toqueteado, que tan groseramente había intentado robarle un beso… si ella en verdad hubiera sido inocente, él no se habría comportado como lo había hecho, ¿o sí?

—¿Quién era yo? —preguntó en voz alta. Se incorporó y miró a su alrededor.

Lo que vio fue un paisaje completamente desolado, un desierto cuya única característica eran montículos y desechos de chatarra. La cara de Sarah palideció de desesperación. No había nada allí, nada. Nadie a la vista. Era un lugar donde pronto te olvidarías de tu propio nombre.

Con un esfuerzo, se puso de pie. Al primer paso que dio aterrizó en una pequeña pila de trapos. Repentinamente los trapos se movieron bajo sus pies. Ella saltó hacia atrás.

—¡Eh! —Dijo la voz de una vieja mujer—. ¡Estás sobre mi espalda!

—Lo siento —se disculpó Sarah instintivamente sin saber quién o a qué hablaba.

Una parte de los trapos se levantó. Sarah vio que en realidad era una pila de chatarra, apilada en la espalda de una pequeña anciana goblin. Al mismo tiempo emergieron ante ella otros montículos de basura que eran en realidad (si algo aquí podía considerarse realidad) espaldas de gente, que se movían muy lentamente a través del paisaje lunar. Divisó no muy lejos, la colorida silla del salón de baile, en la cima de una pila que alguien había recogido.

El arrugado rostro de la mujer chatarra la miraba fijamente desde debajo de su carga de doblados y estropeados objetos de metal, ropas desechadas, vajillas desportilladas y muebles rotos que llevaba a cuestas.

—¿Por qué no miras por dónde andas, muchacha?

—Estaba mirando —contestó Sarah, levemente agraviada.

—¿Así que adónde te diriges?

—Oh… er… bien, no puedo recordarlo.

La mujer chatarra olisqueó.

—No puedes mirar por dónde vas si no sabes adónde te diriges.

Sarah pensó que podría discutir la cuestión, pero decidió que la cortesía le serviría mejor. Miró alrededor y dijo:

—Quiero decir, buscaba algo.

La mujer chatarra se rió entre dientes, suavizándose.

—Bien, por supuesto que lo hacías, queridita. ¿Acaso no buscamos algo todos? Pero antes tenemos que mantener los ojos bien abiertos, si es que vamos a encontrar alguna cosa. Ahora bien,

yo he encontrado algunas cosas buenas. —Y miró hacia arriba, señalando a la carga de chatarra apilada en su espalda.

Sarah miró con dificultad a los desperdicios que la mujer llevaba, sintiéndose curiosamente interesada en ellos.

—¡Por qué —exclamó— tiene tanta!

La mujer chatarra gruñó con satisfacción.

—Tiene una lata de galletas —observó Sarah—, y un colador, y algunos trozos de vela…

—Oh, sí. —Asintió la mujer chatarra—. Es difícil encontrar cosas de calidad como éstas hoy en día.

—Ya lo creo que debe ser así. —Sarah observó más allá de la anciana. De vez en cuando una pila de chatarra surgía en la espalda de alguien que deambulaba intentando recoger algo más. Todos se dirigían, en desorden, en la misma dirección, como si fueran hacia su hogar al finalizar el día.

—Pero no te preocupes, queridita. —La mujer chatarra ahora se había convertido en una especie de abuela para ella—. Te regalaré algunas cosas para que empieces a coleccionarlas. ¿Qué te parece?

—Oh —dijo Sarah insegura—, gracias.

La mujer chatarra empezó a caminar penosamente en la misma dirección que los otros. Sarah caminó a su lado. Mientras lo hacía, la vieja mujer hurgaba con una mano entre la pila de chatarra a sus espaldas, buscando algo. Sarah la observó ansiosamente, temiendo que toda la carga se viniera abajo esparciéndose a su alrededor si sacaba un artículo.

Finalmente la mujer chatarra dijo:

—Ah —y extrajo lo que deseaba.

Se lo dio a Sarah.

Era Launcelot.

Sarah tragó y sonrió con alegría infantil.

—¡Launcelot! —lloriqueó, abrazándolo—. Gracias —dijo a la mujer chatarra—, gracias. —Era como si fuera otra vez la pequeña niña que recibía de su padre el osito de peluche.

—¿Es lo que buscabas, no es así? —preguntó la vieja mujer, amablemente.

Sarah asintió con impaciencia, abrazando a Launcelot.

—Sí. Lo había olvidado. —Suspiró y le dio un beso al osito de peluche.

—Entonces —dijo la mujer chatarra—, ¿por qué no entras ahí y ves si hay alguna otra cosa que te guste? —Señaló a una especie de tienda a la que se dirigían, tan descolorida como el resto de lo que las rodeaba. La mujer se agachó y tiró de un alerón de la tienda.

Sarah avanzó un paso, miró al interior de la tienda y abrió los ojos y la boca de par en par. Era su propia habitación.

Sarah estaba acostada sobre su cama en casa, abrazando su osito de peluche. Era de noche. Aún estaba vestida.

Se sentó con lentitud y examinó su habitación. Todo estaba donde debía estar. Se frotó la frente.

—Oh, sólo fue un sueño. —Miró a su osito de peluche—. Todo fue un sueño, Launcelot.

Sacudió la cabeza, maravillada.

—Fue tan… tan real y tan…

Dio a Launcelot un apretón.

—Aún estoy un poquito nerviosa.

Caminó de puntillas hasta la puerta de su cuarto, todavía sosteniendo a Launcelot.

—¿Me pregunto si mis padres ya habrán regresado? —susurró. Cautelosamente, por si estuvieran dormidos, abrió la puerta.

La mujer chatarra estaba de pie, mirándola fijamente.

—¿No te ha gustado nada, queridita? —Detrás de la triste anciana, el áspero paisaje lunar se extendía a lo lejos.

Sarah cerró de golpe la puerta en la cara de la mujer. Cruzó su cuarto corriendo hacia su cama y se cubrió la cabeza con las sábanas. Después de un rato miró a Launcelot y dijo firmemente:

—Es un sueño. —Cerró los ojos y se obligó a respirar tranquilamente—. Es un sueño —dijo y cabeceó. Abrazó fuertemente a Launcelot—. Es un sueño.

Se levantó, respiró profundamente y caminó con confianza hasta la puerta.

Cuando la abrió, vio a la mujer chatarra que aún la esperaba allí. Esta vez, entró en la habitación antes de que Sarah pudiera cerrarle otra vez la puerta.

—Lo mejor es permanecer aquí dentro, queridita —le dijo la mujer chatarra reconfortantemente—. No hay nada que desees allá fuera. —La mujer dirigió a Sarah un guiño y una sonrisa confidencial.

Sarah aún permanecía junto a la puerta.

—Launcelot —susurró.

La mujer de chatarra se apresuró a fisgonear por la habitación de Sarah, escogía cosas de los estantes y las examinaba, como se estuviera revisando una casa. Pero cuando encontraba algo que llamaba su atención, en vez de agregarlo a su propia pila lo colocaba en brazos de Sarah.

—Mira, aquí tienes tu lindo y mullido conejito. ¿Te gusta el conejito, no es así? ¡Y Raggedy Ann! —La mujer sonrió tiernamente—. Recuerdas a Raggedy Ann.

Sarah distraída, seguía a la mujer a lo largo de la línea de estantes.

Que la mujer conociera y nombrara sus pertenencias más queridas era desconcertante. Bajo el desconcierto, algo más bullía entre las emociones de Sarah, algo sombrío y apático, como la desesperación. La reconoció, pero no estaba segura de su causa.

¿Qué causaba ese sentimiento? Sospechó que tenía relación con la forma en que la anciana se esmeraba en colocar objetos sobre ella.

La mujer chatarra apilaba más y más cosas en los brazos de Sarah.

—Y aquí está tu caja de zapatos… montones de lápices y de bandas elásticas… deseas todo esto. ¡Oh, y mira! Aquí están tus pantuflas de panda. Ya sabes cuánto adorabas tus pantuflas de panda… no querías deshacerte de ellas.

Sarah se hundió en la silla frente a su tocador. Esparció sobre la mesa todos los objetos que llevaba en los brazos y se miró en el espejo.

—¡Ooh, aquí tienes un tesoro! ¿Deseas esto, no es así, queridita? —La mujer entregó a Sarah su lápiz de labios roto—. Vamos. Póntelo.

Sarah aceptó el lápiz de labios y obedientemente comenzó a aplicárselo.

Mientras tanto, la mujer chatarra comenzó a cargar más objetos sobre la espalda de Sarah. Extrañamente, se pegaron allí, uno encima del otro. Quizás fuera algún truco de la casa.

—Y aquí está tu viejo caballito. Te gustaba tu caballito. Caballito, caballito, no te detenías, se te adormecían los pies con el *pacata-pacata-pa*. *Jiii-Jiii*. Y todos los libros de Badger… Oh, y aquí está el querido y viejo Flopsy. Y el set de estampados. Y tu tienda de juguete… aún conserva los pequeños caramelos en sus tarros. Y *El mago de Oz*. Y aquí está la primera labor de punto que jamás terminaste, sólo míralo. ¿Tú quieres esto, no es así, queridita?

En el espejo, Sarah vio que la pila de cosas a su espalda ya era casi tan alta como la carga de la mujer chatarra. Por otra parte, sus hombros habían empezado a parecer algo encorvados. Como si estuviera hipnotizada, miraba fijamente al espejo, a sus propios ojos, y con voz distante dijo:

—Había algo que buscaba…

—No digas tonterías —contestó la anciana—. Está todo aquí, todo lo que siempre has querido.

Sarah miró a la mujer chatarra, que aún rebuscaba feliz entre los estantes. Se dio la vuelta de nuevo para verse en el espejo y se aplicó el lápiz de labios roto.

—Y aquí está tu libro del patito —canturreaba la mujer—. No te habrás olvidado de cómo subía y bajaba y los graznidos…

Sarah dejó de escuchar. Estaba a punto de llorar por la humillación. Miró a su alrededor para concentrarse en algo que no fuera la condescendiente letanía de la mujer chatarra. En el extremo de su tocador estaba *Dentro del Laberinto*, donde ella lo había dejado. Dejó el lápiz de labios, abrió el libro y comenzó a leer en voz alta.

—A través de innombrables peligros e incontables dificultades —recitó—, me he abierto paso hasta el castillo más allá de la Ciudad de los Goblins, para recuperar al niño que me has robado.

Dejó el libro sobre su regazo y se fijó en su habitación. La anciana chatarra aún parloteaba, pero Sarah de repente elevó la voz sobre la de ésta.

—El niño que me has robado… —Recordó lo que había estado buscando. ¡Toby!

Todo cambió. La habitación era igual a como siempre había sido, al anochecer y al amanecer, día tras día desde que Sarah podía recordar, pero ahora la veía con nuevos ojos. Todo estaba fabricado de pedazos de deshechos, todo era basura, reliquias. Todas sus cosas, los muebles, incluso las paredes, el cuarto entero era un montón de basura, una capilla mortuoria a un alma que había desaparecido.

La mujer chatarra notó la nueva expresión en el rostro de Sarah y le preguntó, con voz preocupada:

—¿Cuál es el problema, queridita? ¿No te gustan tus juguetes?

—Todo es chatarra.

La mujer retrocedió. Hizo un puchero y dejó escapar un sonido quejumbroso, mientras confusa

recorría la habitación, buscando algo, abriendo cajones y revisando los estantes. Finalmente, encontró lo que buscaba y lo sostuvo en alto con decisión.

—¿Qué hay de esto? —exigió—. Esto no es chatarra.

Era su as en la manga, la caja de música. Lanzó a Sarah una mirada sabedora y giró la llave. *Greensleeves* tintineó a través de la habitación, sonando extrañamente parecida a la hechicera música del salón de baile.

—¡Sí, lo es! —Todo a su alrededor era chatarra, los deshechos de una época de su vida que ahora deseaba con todas sus fuerzas dejar detrás.

Conocía la causa de su sombría desesperación. Este sitio era una prisión y ella era su propia carcelera. Pero tenía la llave para liberarse, para hacer lo que en verdad importaba.

—¡Tengo que salvar a Toby! —gritó.

Débilmente, en alguna parte fuera de su habitación, podía oír que la llamaban por su nombre.

—¡Sarah, Sarah!

Reconoció las voces. Eran Ludo y sir Didymus que la llamaban.

Se puso en pie, arrojando de sus hombros todas las cosas que la vieja mujer chatarra le había pegado. Al mismo tiempo, las paredes del cuarto comenzaron a vibrar. Las cosas cayeron de los estantes, traquetearon las uniones de los muros. Entonces las mismas paredes comenzaron a caer a los lados, como si estuvieran hechas de chatarra.

Sarah miraba en todas direcciones para ver qué estaba sucediendo. A través del techo que se deshacía, aparecieron dos pares de manos, extendiéndose hacia ella. Se aferró a ellas e inmediatamente las manos la alzaron, sacándola de la habitación.

Se alzó de entre una pila de chatarra y pisó tierra firme.

Ludo sonreía; Sir Didymus parecía enérgico y cortés.

—Hermosa doncella —dijo él—. Por fin estáis otra vez con nosotros.

Detrás de ellos, Sarah podía ver un gran par de grotescas puertas. Más allá de las puertas estaba el castillo de Jareth.

Capítulo Dieciséis
A las Puertas de la Ciudad Goblin

Sarah observaba las grotescas puertas y no se atrevía a creer lo que veía.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Todo lo que Ludo pudo hacer fue sonreír con placer.

—Sarah… llegamos —comenzó a decir.

Sir Didymus lo interrumpió.

—Estamos a las puertas de la Ciudad Goblin, hermosa damisela. Más allá podréis observar el castillo, el objeto de vuestra búsqueda, ¿no tenéis nada que decir?

—Así es.

Sir Didymus parecía desilusionado.

—Vos sois consciente o no, de que habéis encontrado un castillo que requiere de catorce años de andar errante enfrentando afanes y peligros y…

—O, sir Didymus. Ludo. Tengo que llegar rápidamente al castillo de Jareth o perderé a Toby.

—¿Toby? —preguntó sir Didymus.

—Mi hermano pequeño.

—Toby… Ludo… hermano —dijo Ludo con placer.

—¡Ah!, sir Tobias, nuestro hermano de armas —clamó sir Didymus—. ¡Entonces adelante! —Alzó su lanza, azuzó a Ambrosius y cargó contra las puertas de la Ciudad Goblin.

Sarah y Ludo se apresuraron a seguirlo. No repararon en la siniestra figura que acechaba tras una pila de chatarra. Era Hoggle, que observaba cada movimiento que realizaban.

Fuera de las puertas, un guardia goblin se apoyaba sobre su arma, parecía estar dormido. Sir Didymus sin previo aviso, acometió directamente contra las grandes puertas y comenzó a aporrearlas con su vara.

—¡Abrid! —gritó—. ¡Abrid las puertas, en nombre de lo que sea…!

Sarah, cogiéndolo, se colocó ansiosamente un dedo sobre los labios y susurró:

—¡Shh! Silencio, sir Didymus. —Señaló al guardia dormido.

Sir Didymus lanzó a éste un vistazo despectivo y luego gritó:

—¡Pshaw! No doy un pimiento por esos goblins. —Repitió su ruidoso martilleo contra las puertas—. ¡Que abráis, os digo!

—Por favor —le imploró Sarah en un urgente susurro. Vio al guardia agitarse y gruñir en su profundo sueño.

Sir Didymus era incontrolable.

—Dejad que despierten todos. Lucharé con ellos a muerte. —Y otra vez hizo llover golpes resonantes sobre la puerta.

Los párpados del guardia revolotearon. Sarah asió la manga del minúsculo caballero.

—¡Por favor! Por favor, sir Didymus. Por mí, ¿tendríais la amabilidad de intentar no hacer ningún ruido?

Desde su silla de montar, sir Didymus hizo una reverencia tan profunda que su bigote barrió la

tierra.

—Pero por supuesto —contestó—. Por vos, la más hermosa de las doncellas, por vos, ¡cualquier cosa! —Acercó la boca al oído de Sarah y susurró—: ¿Pero no se me considerará un cobarde?

—Oh, no —susurró ella en respuesta.

Ludo también negó con la cabeza, con gran convicción.

Había una hazaña más en su valerosa trayectoria caballeresca que sir Didymus deseaba establecer.

—¿Y mi sentido del olfato es agudo?

—Oh, sí —le dijo Sarah.

Sir Didymus se alzó orgulloso y su voz se alzó de nuevo.

—Entonces lucharé contra quien o lo que sea, en cualquier momento, dondequiera. —Reflexionó, y gritó—: Con cualquier arma.

Sarah se presionó un dedo contra los labios otra vez.

—Lo sabemos, lo sabemos —susurró ella—. Ahora por favor, sir Didymus, callad.

—Está bien —dijo él con prontitud.

Mientras tanto, Ludo se acercó hasta las puertas y les dio un pequeño empujón. Éstas se abrieron lentamente.

Los tres las traspasaron furtivamente. Tan pronto como lo hicieron, las oyeron cerrarse de golpe detrás de ellos. Enfrente había otro par de puertas. Este par ya estaba abierto.

—¡Ah! —exclamó sir Didymus, sacudiendo orgulloso la cabeza—. No osan cerrar las puertas contra la fuerza de sir Didymus. —Y, manteniendo un alto concepto de su persona, la flor de la caballería condujo a su intrépida partida hacia adelante.

Sin embargo, el par de puertas interiores se cerraron antes de que sir Didymus las alcanzara. Y el aspecto que ahora presentaban era mil veces más desalentador que el de las puertas principales. Cada puerta era la mitad de una gigantesca armadura. Cuando las dos partes se unieron con un atronador sonido metálico, formaron un colosal guerrero, al que los goblins llamaban Humongous. Su cavernosa boca pronunció un profundo bramido metálico y sus ojos brillaron intensamente. En una mano esgrimía una enorme hacha de doble filo.

Sarah lloriqueó. Sintió la tierra temblar cuando Humongous, con el hacha levantada, se separó de las puertas y cargó contra ellos. A su lado, oyó el rugido de Ludo, pero era un mero sonido aflautado en comparación con el terrible ruido realizado por este Goliath goblin.

Ambrosius le echó una mirada y huyó atinadamente. Sir Didymus cayó a tierra, ordenando furioso a su corcel que regresara. Ambrosius no le hizo ningún caso. Él ya estaba a resguardo detrás de un contrafuerte.

—¡Pshaw! —Sir Didymus chasqueó los dedos con enojo—. Estando ese guerrero y yo en una justa con lanzas, rápidamente me desharía de él.

Humongous no era ya «ese» guerrero. Había estado muy cerca de dar en el blanco, casi había golpeado al trío con su maciza hacha. Erró, pero ocasionó un gran boquete en la pared de piedra. Una lluvia de chispas salió a borbotones del hacha de acero.

Los tres se escabulleron pasando entre los pies de Humongous, pero él se giró moviéndose rápidamente y manipuló otra vez su hacha con ambas manos. Gritaron y saltaron a un lado, el hacha se estrelló en el espacio entre ellos, enterrándose entre las piedras rotas del pavimento. El gigante la retiró sin esfuerzo, e inmediatamente, se agachó y asestó un oscilante golpe de hoz hacia ellos. Se tiraron al suelo y oyeron el zumbido del hacha sobre ellos, un ruido similar al de un cohete encendido.

Observaron cómo nuevamente se alzaba el hacha y corrieron a refugiarse en la pared del patio. El hacha, al descender, rebanó parte de un contrafuerte.

Golpeaba y golpeaba. Cada uno de estos golpes habría dejado de ellos no más de lo que queda de un mosquito aplastado contra una pared. Lo que les había salvado hasta el momento eran los tiesos y torpes movimientos de los ataques de Humongous, que les daba un breve segundo de advertencia de hacia dónde caería el siguiente golpe mortal. Era solamente cuestión de tiempo que se equivocaran, y Humongous parecía tener todo el tiempo del mundo para perseguirlos por el patio cerrado y no mostraba evidencia de que disminuyera la fuerza de su acometida.

En un breve momento entre un golpe y el siguiente, sir Didymus notó un movimiento a lo largo del parapeto de la pared.

—¡Mirad! —jadeó y señaló. Eso fue casi fatal.

—¡Cuidado! —gritó Sarah, y el trío se lanzó simultáneamente a un lado mientras el hacha silbaba y se estrellaba otra vez, levantando una lluvia de piedras rotas del pavimento.

Mientras Humongous calculaba su siguiente golpe, Sarah vio lo que ocasionaba el movimiento en el parapeto. Hoggle corría ágilmente a lo largo de las almenas, hacia el arco sobre las puertas internas.

—¡Hoggle! —aulló Sarah con fuerza, antes de correr a toda velocidad entre los pies de Humongous y salir de entre éstos.

Era poca la ayuda que Hoggle podría ofrecerles, pero si gateaba tan urgentemente hacia el arco era que tenía un determinado propósito en mente.

Humongous cambió la posición de sus pies, que parecían tanques armados, para aplastar en su próximo golpe. De esta forma, se colocó de espaldas a las puertas internas.

Sarah vio a Hoggle, ahora sobre el arco, agacharse, preparado para saltar sobre el casco de cuernos del gigante. Se cubrió la cara con las manos, aterrorizada y echó un vistazo a través de los dedos. Qué desesperadamente heroico era Hoggle, como un mosquito atacando a una locomotora.

Con un chillido triunfante, Hoggle aterrizó en los hombros de Humongous.

—¡Hoggle! —susurró Sarah, al tiempo que se apartaba para evitar otro atronador golpe.

Hoggle se balanceó sobre una pierna y golpeó el casco del gigante con un pie. La parte superior de éste voló al abrirse una bisagra. En el interior de la cabeza de Humongous, un minúsculo goblin vestido con una bata blanca de laboratorio, mirando furiosamente a través de sus gruesas gafas, manipulaba febrilmente un conjunto de palancas. Hoggle lo alcanzó, asió al goblin por debajo de las axilas y lo lanzó lejos. Éste aterrizó desafortunadamente sobre las baldosas del patio y tuvo que alejarse a tientas debido a sus gafas rotas.

Hoggle ya había saltado dentro de la cabeza del gigante y manejaba las palancas como si

siempre hubiera sido el conductor.

Quizás sabía lo que hacía, o quizás tiraba de las palancas al azar. El resultado fue que, Humongous, codos por un lado y brazos en alto como un robot, comenzó a sufrir convulsiones. Sus pies realizaban una especie de danza confusa, su torso se sacudía de lado a lado, el hacha se movía velozmente de arriba a abajo, y el cuello giraba sobre su eje más y más rápido. Hoggle tiraba de más palancas y de repente saltó fuera de Humongous, el cual comenzó a correr a lo loco, con el hacha oscilando y echando vapor por las junturas.

Hoggle aterrizó hecho una bola a los pies de Sarah. Ella le ayudó a levantarse, pero no tuvo tiempo de hablarle. Humongous avanzaba ahora violentamente por el patio como un toro embravecido, haciendo saltar las paredes. Su hacha azotaba arriba y hacia abajo en un gran eje vertical, pulverizaba las piedras del pavimento cuando chocaba contra ellas y crujía al regresar a su posición inicial en un movimiento de reverso.

Los movimientos al azar del gigante lo llevaron finalmente hasta las puertas interiores, donde había comenzado todo. En su siguiente golpe, el hacha penetró profundamente en la hendidura entre dos piedras del arco. Se atascó allí. En consecuencia, el siguiente movimiento de Humongous, una poderosa acometida descendente, convirtió la parte superior de su cuerpo en una terrorífica palanca. Era demasiado pesado para que sus pies abandonaran la tierra. Sólo había dos soluciones a semejante situación: o bien el hacha se quedaba encajada, o la pared se derrumbaba. Lo que sucedió fue que Humongous dobló las rodillas, que ya no estaban unidas al resto del cuerpo, ya que se había roto por la cintura, pequeñas chispas azules salían por todos lados de su armadura, a medida que los circuitos se sobrecargaban.

—¿Estás bien? —preguntó Sarah a Hoggle, agachándose para comprobar cualquier herida que pudiera haber sufrido éste.

Hoggle retrocedió algunos pasos y se quedó de pie con el rostro inclinado hacia abajo.

—No pido ser perdonado —dijo obstinadamente—. No estoy avergonzado de nada que haya hecho. No me importa lo que pienses de mí —dijo, mientras con la punta de su bota jugueteaba con una piedrecilla, tenía los ojos fijos en ella—. Te dije que era un cobarde. Ahora sabes que sólo decía la verdad. Y que no estoy interesado en hacer amigos…

—Te perdono, Hoggle —dijo Sarah, simplemente.

Hoggle levantó su cabeza de gnomo y la miró desde debajo de una espesa ceja.

—¿De veras? —preguntó con voz apagada.

Sir Didymus se les acercó dando grandes trancos y dio una palmada en el hombro de Hoggle.

—Y yo os alabo —dijo, con la otra mano posada sobre su arma—. Rara vez he visto tal valor. Impresionará al mismísimo Sir Galahad cuando las noticias lleguen a sus oídos. Debemos a vos nuestras vidas. Vuestra pericia es el fragante botón del valor de la caballería, Sir Hoggle.

—¿Ah, sí?

Ludo otorgó su tributo.

—Hoggle… Ludo… amigos.

—¿Lo somos? —aceptó Hoggle inseguro.

Sarah desató la cadena de baratijas que le había quitado a Hoggle en el laberinto de setos,

parecía haber ocurrido hacía tanto tiempo, y se la entregó.

—Aquí están tus cosas, Hoggle. Y gracias por tu ayuda.

Hoggle tomó las joyas y las miró bajando la vista. Luego alzó la mirada con una arrugada mueca.

—Bien —dijo, y comenzó a caminar a grandes pasos hacia las puertas internas—, ¿a qué estamos esperando?

—¡Ambrosius! —llamó Sir Didymus. Su corcel mostró cautelosamente la nariz desde detrás del contrafuerte en el que se había estado ocultando—. ¡Ambrosius! —levantó la voz Sir Didymus impacientemente. Ambrosius no pudo más que trotar furtivamente hasta su amo.

Cuando el caballero montó, el grupo caminó cuidadosamente alrededor de la gigantesca figura de Humongous, de la que aún surgían chispas azules.

Sir Didymus alcanzó con entusiasmo a Hoggle y lo hizo montar, para luego dirigirse a las puertas internas con su séquito. Hoggle las empujó. Ninguno de ellos conseguiría jamás abrir las puertas, pero era tarea fácil para Ludo. Sin Humongous, no eran más que un par de puertas pesadas que conducían a la Ciudad Goblin.

Jareth repantigado en su trono, se apoyaba sobre un codo. A su lado estaba Toby. Los goblins estaban de pie a su alrededor, viéndolos jugar juntos y deseando jugar con Toby. Parecían divertirse. Jareth hacía cosquillas a Toby y siempre que estaba dentro del alcance del bebé recibía manotazos en la cara. El juego había durado ya un buen rato.

Jareth se rió entre dientes.

—Vigoroso compañerito. —En más de un sentido, pensó, pero ¿por qué se molestaba en decirlo cuando toda la audiencia que tenía eran goblins? Asintió con la cabeza—. Creo que lo llamaré Jareth. Tiene mis ojos.

Toby lo golpeó en uno de ellos.

—Y mi disposición —agregó Jareth.

Un goblin entró a la carrera en la cámara, tropezando con una bandeja de pollo, la cual le cayó en la cara, y desde el suelo entregó su mensaje.

—¡Su Alteza! ¡La muchacha!

Jareth alzó la mirada lacónicamente.

—¿Cuál?

El goblin se levantó por sí solo.

—¿La muchacha que comió el melocotón y se olvidó de todo?

—Sí, sí —dijo Jareth irritable. Como si últimamente hubiera tenido más de una muchacha en mente—. ¿Qué pasa con ella?

Los ojos del goblin se sobresaltaron, y moviendo el brazo hacia atrás, señaló.

—Está aquí.

—¿Hm? —Jareth dejó de hacer cosquillas a Toby y estudió al estúpido mensajero.

—¡Ella está aquí, su Alteza! Con el monstruo, Sir Didymus y el gnomo que está a sus órdenes.

—¿Aquí?

—Han conseguido atravesar las puertas.

—¿Qué? —ladró Jareth.

—La muchacha que comió el melocotón y el…

—¡Sí! —La cara de Jareth estaba contorsionada—. ¿Consiguió burlar a Humongous?

—Sí, su Alteza. Se le han saltado los fusibles.

—Saltado los… ¿dónde están?

—Vienen de camino al castillo.

Jareth se puso en pie, sosteniendo a Toby, que se contorsionaba.

—¡Detenedla! —ordenó el rey Goblin—. ¡Llamad a la guardia!

Los goblins se desperdigaron por la cámara, chillándose unos a otros:

—¡Llamad a la guardia!

—No corráis —les dijo Jareth—. Haced algo. Debe ser detenida.

Como un solo goblin, todos ellos se lanzaron hacia la puerta.

—¡Esperad! —gritó Jareth. Cogió en brazos a Toby, caminó a grandes trancos hacia ellos y le entregó el bebé a uno—. Ten —le dijo—, cuida del pequeño Jareth. Ella no debe conseguir al bebé.

El goblin que tenía a Toby corrió con el pequeño, mientras el resto se apresuraba a dar la alarma.

Jareth se quedó solo.

—Ella no debe conseguir al bebé —se repitió a sí mismo—. Debe ser detenida.

Capítulo Diecisiete

Por Mis Bigotes

La Ciudad Goblin era un conjunto de chabolas, formada por aproximadamente diez bloques de casas ruinosas, escondidas entre las sombras unas de otras, con retorcidas sendas entre ellas. Los edificios terminaban en aleros puntiagudos o techos de paja cónicos. Las ventanas que penetraban las paredes estaban tan desordenadas que desde fuera cualquiera se preguntaría si las casas tenían algún techo en absoluto. La mayoría de los edificios estaban decorados al grotesco Estilo Goblin, madera afilada como las puntas de un mostacho de cera, pies goblinomórficos o cuernos tallados hasta formar un capitel. Las sendas estaban punteadas de restos de comida lanzados desde las ventanas, y otra basura tan podrida que habría sido una tarea ingrata analizar lo que habían sido una vez.

El lugar estaba hacinado a la sombra del castillo, que se alzaba detrás, encumbrado de torres y torreones. Un tramo de escaleras, la entrada principal al castillo, estaba de cara a las puertas de patio, y debía haber formado una entrada imponente antes de que las chabolas se alzaran interrumpiendo la vista.

Sir Didymus sobre Ambrosius, Hoggle, Sarah, y Ludo pasaron de puntillas a través del mercado situado justo dentro de las puertas. Estaba amaneciendo y la ciudad estaba aparentemente dormida. Viendo el castillo erguirse ante ellos, hicieron el camino callados a través de las sendas, hacia él. Aquí y allá se arrastraron junto a un goblin adormecido, apoyado contra la pared.

Sir Didymus se aclaró la garganta y anunció, ruidosamente:

—Este sigilo es contrario a mi naturaleza.

—¡Sshhh! —le dijo Sarah.

—¡Calla, bocazas! —añadió Hoggle, en un gruñido.

—Lo lamento, bella doncella —se disculpó Sir Didymus, con una voz apenas modulada—. Yo no conozco el miedo.

—Lo sé —respondió Sarah—, pero yo sí.

—Y yo también —añadió Hoggle—. ¡Calla!

Más allá de las chabolas, entraron en una plaza abierta. Los escalones que subían al castillo estaban en el lado opuesto. Todo estaba extrañamente tranquilo. Comenzaron a avanzar suavemente hacia los escalones.

El corazón de Sarah palpitaba.

—Vamos a conseguirlo —susurró.

—Pan comido —le dijo Hoggle.

Debía haber sido más listo. Cuando la había oído utilizar esa frase la última vez, la pena había sido la máquina apuñaladora. Esta vez, fue la guerra. Sonó un clarín, y de ambos lados de la plaza el ejército goblin surgió de repente cargando hacia ellos, con pies pesados y armaduras traqueteantes y un extraño y ululante grito de guerra. Podían verse cabezas ataviadas con yelmos corriendo con pasos cortos a lo largo de las almenas inferiores del castillo. Sólo quedaba una cosa por hacer: huir. Y había un único camino por el que huir… de vuelta a la ciudad.

El ejército surgía de corredores gemelos, que se curvaban alrededor de los lados de las escaleras principales así que sus salidas estaban una de cara a la otra. Un pelotón de bombarderos empujaban un cañón en la vanguardia de cada ejército, y como los corredores tenían una cuesta, y los cañones eran pesados, y los empujones entusiastas, los pelotones del cañón iban a colisionar a menos que tiraran rápidamente hacia atrás. Lo cual hicieron.

Inútilmente, sin embargo, debido a la presión de la infantería y la caballería tras ellos que les conducían inexorablemente hacia adelante. Cuando los cuatro invasores corrían en busca de la protección de la ciudad, oyeron un estruendoso choque, como si mil latas vacías hubieran chocado a la vez. Se dieron la vuelta, y observaron cómo una ola de soldados goblin se iban apilando uno sobre otro. Sobre las almenas, un cornetín inaudible tenía la cara roja de tanto soplar a la carga.

Jareth se sostenía en perpendicular a una ventana del castillo, observando la acción. Hizo una mueca, casi imperceptible.

Hoggle conducía a Sarah, Ludo y al montado Sir Didymus en una carrera a lo largo de las laberínticas sendas de la ciudad. Cabezas de goblins se asomaban a las ventanas sobre ellos para observar. Sir Didymus estaba protestando.

—Debemos quedarnos y luchar con ellos cara a cara. Es la única cosa honorable…

Hoggle se detuvo de repente, con los brazos extendidos como advertencia. El resto se paró tras él. En el extremo más alejado de la calle, una unidad de goblins apareció confrontándolos, erizado por las lanzas.

—Uh-Oh —masculló Sarah—. Esto se pone feo.

—No temáis, dulce damisela —le dijo Sir Didymus—. Estos goblins de carácter débil no son rival para Sir Didymus. —Alzó su vara, y estaba a punto de cargar contra el ejército sin ayuda de nadie cuando Ambrosius giró a toda prisa y escapó otra vez. Esta vez, su jinete se las arregló para permanecer en la silla y, después de recorrer las calles, llevó a Ambrosius de vuelta a donde habían empezado.

Sarah llamó urgentemente desde un portal.

—¡Aquí dentro!

Había encontrado una casa desierta en la cual ofrecer resistencia. Era un edificio parecido a una torre.

A regañadientes, Sir Didymus desmontó y condujo dentro a Ambrosius. Sarah deslizó el cerrojo. Estaba sonriendo con excitación. Por extremo que fuera el peligro que corrían, nada sería nunca tan intimidante como la mujer chatarra.

—Vigila la puerta —dijo a Sir Didymus—. Hoggle y yo haremos guardia en la ventana. Y tú, Ludo… arriba en el tejado.

Ludo asintió obedientemente.

—Ludo… arriba. —Escaló los sinuosos escalones de las escaleras.

—¡Atención! —gritó Sarah de repente. Sobre la pared de la habitación, había visto sombras de goblins, con morros y cuernos, lanzadas a través de la ventana por el sol que se alzaba. Sir Didymus al instante tomó su posición en guardia junto a la puerta. Sarah y Hoggle se prepararon con todo un juego de porcelana china.

Sarah gritó escaleras arriba.

—¿Ludo, estás listo?

—Ludo… listo.

Un goblin hizo pedazos la ventana con su pica, y asomó la cabeza dentro para ver quién estaba allí. Sarah, de pie a un lado de la ventana, le rompió un plato en la cabeza. Él se derrumbó sobre el antepecho de la ventana y resbaló hacia afuera.

Otro tomó su lugar. Otro plato sirvió al mismo propósito.

Al instante, una tercera cabeza se asomaba. Éste tuvo tiempo de mirar fijamente a los defensores.

—¡Hoggle! —exclamó el goblin—. Tú solías estar con nosotros.

—Sí —estuvo de acuerdo Hoggle, y rompió una tetera en la cabeza cubierta por un yelmo del goblin.

Fue el turno de otra cabeza fea en la ventana, y otra, y tan pronto como sus puntiagudas orejas y sus dientes aserrados aparecían, eran despachados por Sarah y Hoggle.

Sir Didymus observaba con sentimientos encontrados. Tenía que concedérselo a la chica, era audaz, y podría llegar a ser un comandante decente de caballería algún día. Por otra parte, había apostado a su caballero más valeroso junto a una puerta de madera atrancada, donde no estaba pasando nada en absoluto. Inexperiencia, eso era todo. Se preguntaba si debía desobedecer órdenes y unirse a ellos en la ventana cuando un hacha con forma de trébol astilló la puerta. A través de la grieta que hizo, vio ojos rojos enloquecidos observándole y oyó voces hablando rápidamente.

Esto ya era otra cosa. Se cuadró. Entonces, a través de la grieta, vio a media docena de goblins cargando con un ariete. En un abrir y cerrar de ojos, desatrancó el cerrojo y abrió la puerta. Cuando el ariete pasó a toda velocidad se ocupó de cada uno de sus porteadores hábilmente con una estocada de su vara digna de confianza.

—¡Ahí tenéis! —aulló excitadamente—. ¡En guardia, señores!

Cerró la puerta de golpe y la volvió a atrancar, y estaba intentando utilizar el ariete para apuntalar la puerta astillada cuando ésta se abrió por el empuje de una nueva brigada de goblins. No tuvo tiempo de agarrar su vara.

Saltaron sobre él, sujetándole bocabajo contra el suelo, y, cogiéndole del pelo, comenzaron a asestar golpes a su nariz contra el suelo. Después de un rato, hicieron una pausa para examinar su trabajo.

—¡Ja! —gritó Sir Didymus burlonamente—. ¿Ya habéis tenido suficiente? ¡Cuervos cobardes, qué poco cuesta doblegar a bribones como vosotros!

Iban a darle otra paliza por eso, pero Sarah había visto lo que pasaba. Un orinal bien apuntado puso a los goblins en fuga, y en un momento Sir Didymus estaba de pie y se lanzaba a por ellos.

—¡Por mis bigotes! —exclamó—. ¿Vale la pena astillar mi vara por despachar a éstos?

Sarah y Hoggle todavía estaban defendiendo la ventana, pero su reserva de loza escaseaba, y la horda de goblins no menguaba.

Cuando no quedaron más platos, salseras, o fuentes de sopa, tuvieron que utilizar tazas de té y platitos, pero algunas veces se requerían dos de ellos para acabar con cada goblin.

Otro tuvo tiempo de reconocer a Hoggle.

—¿Qué te hemos hecho? —preguntó el goblin.

—A mi nada —replicó Hoggle—. A ella… le robasteis a su hermanito.

—¡¿Y qué si robamos un bebé?! Eso es lo que hacen los goblins. Ya lo sabes, Hog…

Su frase quedó cortada por una sopera que Hoggle había estado guardando para una ocasión especial.

En el tejado de la torre, a Ludo le llovían lanzas. Él simplemente se agachaba tras el parapeto. Después una unidad de comandos goblins asaltaron las paredes exteriores de la torre, trepando con escalas con la idea de superar a Ludo. A él no se le superaba fácilmente, los pateaba al suelo uno por uno cuando alcanzaban lo alto de las escalas y se asomaban sobre el parapeto. Se llamó a la artillerilla. Desde un cañón, un goblin con un yelmo de púas fue disparado hacia Ludo. El resultado fue que el yelmo del goblin quedó empalado en la embarrada pared de una casa cercana, dejándole pegado a ella, agitando las extremidades.

Sir Didymus estaba escuchando atentamente. Fuera de la puerta, podía oír a dos goblins conversando.

—Ella tiene cerebro.

—Sí —replicó otro—. Lo que haría yo con un cerebro como el suyo.

—Y yo —dijo el primero—. ¡Comérmelo!

Sir Didymus estaba encolerizado. Oírlos insultar sin piedad a tan hermosa damisela era más de lo que su honor caballeresco podía tolerar. Abrió la puerta y saltó sobre la espalda de Ambrosius, gritando:

—¡Salvajes y vándalos! Aquí tenéis, entonces, por las estúpidas blasfemias que habéis vertido sobre tan virtuosa doncella.

Sarah miró y vio a sir Didymus elevar su vara y salir a la carga.

—¡No! —chilló. Era demasiado tarde.

Un momento después sir Didymus retrocedía de espaldas, cogiendo carrerilla y listo para entrar en acción. Ambrosius se lanzó al galope.

El caballero sin par estuvo presto y sobre ellos en un instante. Esta vez, Ambrosius recorrió con él todo el pueblo de nuevo, hasta que se enfrentaron cara a cara con una encrespada línea de lanzas. Más lanzas aparecieron tras ellos en la estrecha senda.

—No te preocupes, Ambrosius —le dijo sir Didymus—. Creo que los tenemos rodeados.

Con una deslumbrantemente rápida serie de estocadas, quites y golpes, desarmó a todos los adversarios que tenía delante, y cargó triunfante hacia delante contra la viga baja de un porche, que lo desmontó de su silla. Para cuando estuvo sobre sus pies de nuevo, se encontraba cercado por lanzas punzantes.

—¡Ja! —gruñó—. No podéis más, ¿eh? Muy bien. Arrojad las armas, y me ocuparé de que seáis bien tratados.

Cuando las lanzas bajaron hacia él, se hizo con una de ellas y saltó de vuelta a la silla de montar, que desafortunadamente ya no estaba allí, Ambrosius había tomado una vez más el curso de acción más sensato.

Entretanto, Sarah había tenido una idea.

—¡Ludo —gritó—, llama a las rocas!

El ruido de la batalla era demasiado alto para que Ludo, en lo alto de la casa, la oyera. Tenía que subir hasta él.

—¡Hoggle, retirada! —llamó—. Escaleras arriba.

—Tú primero —gritó él en respuesta.

Hizo lo que él decía. Hoggle la siguió.

Sir Didymus, en graves apuros, entró corriendo en la casa justo a tiempo para cubrir la retirada. Subió las escaleras de espaldas, cediendo un escalón a la vez, esquivando a sus asaltantes con corte y *passado*.

Sarah corrió hasta lo alto de la torre.

—Ludo —jadeó—. Llama a las rocas. Llama a las rocas, Ludo.

Ludo no necesitó una segunda invitación. Echó su gran cabeza hacia atrás, cerró los ojos, y bramó más largo y más fuerte que un cuerno alpino.

La torre se estremeció y la tierra tembló. Se oyó un estruendo distante. Cayeron trozos de las paredes del castillo.

Mientras esperaban a que llegaran las rocas, su posición inmediata era muy arriesgada. Sir Didymus no podría contener a los invasores mucho más tiempo. Ludo había apartado a patadas las escaleras de asalto, así que estaban atrapados en lo alto de la torre a menos que hubiera algún otro modo de bajar. Ni siquiera las rocas amigas de Ludo podrían ayudarlos allí arriba.

Sarah miró sobre el parapeto. Todos los goblins estaban congregados delante de la casa, luchando por entrar tras los que forzaban a sir Didymus a retroceder. La senda que había detrás de la casa estaba vacía, lo que dio a Sarah una idea.

Justo bajo el tejado de la torre habían pasado junto a una habitación con dos camas. Los goblins aún no habían llegado tan lejos. Corrió abajo.

—Contenlos tanto como puedas, sir Didymus —gritó.

—Será el mayor placer de mi vida, bella doncella —le respondió él a gritos.

Velozmente, Sarah ató las sábanas y mantas juntas formando una cuerda. Después volvió a correr hasta el tejado de la torre, atando un extremo de la cuerda a la columna del parapeto y tirando el resto por el costado. Miró abajo y la alivió ver que ésta llegaba casi al suelo.

—Tú primero, Hoggle —dijo.

Él dudó.

—Soy un cobarde.

—No, no lo eres.

Hoggle hizo una pausa, casi sonriendo.

—Tienes razón. No lo soy. Curioso, siempre creí que lo era. —Aferró la cuerda, se subió al parapeto, y bajó resbalando hasta el suelo. Después sostuvo la cuerda para anclarla para Sarah. Ella le siguió.

—¡Ludo! —llamó—. ¡Tú el siguiente! Dile a sir Didymus que venga después.

Viendo la masa de Ludo sobre el parapeto, cruzó los dedos y rezó porque la cuerda soportara

su peso. Casi no podía mirar.

Todo fue bien. Ludo llegó abajo, un poco demasiado rápido, abrasándose las patas, pero aterrizó a salvo en el suelo.

Ahora quedaba que sir Didymus hiciera bien su escapada. Los tres, con las cabezas inclinadas hacia atrás, vieron al diminuto caballero pugilista llegar al parapeto de espaldas y con la vara trabajando con dureza. Con la mano libre sujetó la cuerda y se separó un par de centímetros del exterior de la torre. Entonces le vieron alzar su vara y desenganchar la cuerda del parapeto. Cayó en picado.

Sarah se presionó las manos contra las mejillas. Abrió la boca con horror.

Pero el ingenioso caballero sabía lo que estaba haciendo. Con la mano de la vara aferró el otro costado de la sábana, y extendió los brazos de par en par. El aire llenó la sábana, y aterrizó suavemente con su paracaídas junto a sus amigos.

Sarah utilizó el aliento que le quedaba para jadear:

—¡Sir Didymus! ¿Por qué has hecho eso?

—Por favor, dulce damisela —respondió sir Didymus—, posa tus adorables ojos en lo alto.

Sarah miró arriba, y vio un anillo de perplejas caras goblin mirando furiosamente hacia abajo desde lo alto de la torre.

—¿Acaso habríais deseado que se unieran a nuestra compañía? —preguntó sir Didymus, con ojos brillantes.

Durante su escapada, el estruendo de las rocas había crecido hasta convertirse en un rugido oceánico. Llegaban rodando por la planicie a centenares respondiendo a la llamada de Ludo, Y cuando golpearon las paredes exteriores de la ciudad se apilaron a sí mismas hasta que la siguiente en llegar pudo rodar por la cuesta y saltar dentro. Pronto llenaron las calles, golpeando a los goblins como si fueran bolos y persiguiendo cruelmente a aquellos que huían.

No había ningún lugar donde ocultarse. Las rocas derribaban las puertas de las casas donde el ejército se había refugiado, y cuando los goblins saltaban dentro por las ventanas, las rocas las cerraban tras ellos. Pelotones enteros de goblins fueron bloqueados por rocas apiladas contra las puertas.

El comandante de artillería, sabiendo que no había otra forma de luchar, ordenó que se cargara el cañón y lo descargó contra los invasores. Justo cuando la mecha prendía, una roca se embutió en la boca del cañón, que explotó, dejando al comandante ennegrecido y harapiento.

Sarah condujo a sus amigos de vuelta a través de la caótica ciudad, hacia la plaza delantera del castillo. Un par de atrevidos lanceros perdidos se les enfrentaron ante los escalones. Detrás de ellos, Sarah oyó un fuerte estruendo. Se giró y gritó. Una roca rodaba hacia ellos. Les rebasó de un salto y cayó sobre los lanceros.

—Rocas… amigas —remarcó Ludo, con un poco de orgullo.

En lo alto de los escalones había una alta, estrecha y grotescamente tallada puerta, la entrada ceremonial. Sarah la empujó. Estaba cerrada y era sólida.

Ludo pasó a su lado y destruyó la puerta como si estuviera hecha de palitos de cerillas.

Dentro del castillo un gran corredor se extendía ante ellos, y en el extremo más alejado, a

través de una puerta abierta, podían ver el trono, con el buitre posado encima.

—Toby —susurró Sarah, y corrió a buscarle. Si Jareth estaba allí, no podría detenerla ya. Nada podría hacerlo.

La recámara estaba desierta. En medio había una cuna, vacía. El reloj mostraba tres minutos pasadas las trece horas. Sobre su percha, el buitre cambiaba el peso de un pie a otro. Abrió el pico y dejó escapar un ruido, como una espantosa risa.



Capítulo Dieciocho
Apariencias

—Toby —susurró Sarah de nuevo, mirando fijamente a la cuna vacía.

Sir Didymus miraba alternativamente de la cara de Sarah a la cuna. Alzó la manta y la almohada, buscando bajo ellas, y sacudió la cabeza.

—Un caballero excepcionalmente pequeño este sir Tobias. Ni siquiera puedo verle.

—No está —dijo Sarah—. Jareth se lo ha llevado.

El buitre dejó escapar un seco cacareo.

Sarah sabía que Jareth no habría abandonado el castillo. Tenía que estar en alguna parte, y por lo tanto también Toby. La única salida de la recámara, aparte del camino por el que ellos habían venido, era un tramo de escaleras a un lado del trono. No podía ver adónde conducían porque el pasadizo giraba en una esquina, pero un adorable brillo emanaba de él.

—Ése es el único camino que ha podido coger —dijo Sarah.

Corrió hacia él, con cuidado de evitar pisar los huesos de pollo medio roídos, los tomates podridos y otra basura que había tirada por el suelo. Sir Didymus, Hoggle, y Ludo corrieron tras ella.

—No —dijo Sarah, cuando alcanzó el primer escalón. Se dio la vuelta y dijo a sus amigos—: Yo… tengo que enfrentarme a él sola.

Sir Didymus, que ya ensayaba su estocada y quite mientras corría, quedó desconcertado.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque… —Era una buena pregunta—. Porque es así como se hace —replicó Sarah.

—¿Quién lo dice? —preguntó Hoggle.

—Todos —le dijo Sarah—. Todas las historias, todas ellas.

Los tres la evaluaron durante un rato. Viendo la desilusión en sus caras, Sarah se sintió miserable. Pero sabía que estaba en lo cierto.

Después de un rato, sir Didymus dijo lentamente:

—Bueno, si así es como se hace, entonces así es como debéis hacerlo. —Alzó su vara y la recorrió con la mirada—. Pero si nos necesitaras…

—Sí —añadió Hoggle—, si nos necesitaras…

—Os llamaré —prometió Sarah—. Gracias. A todos. —Sonrió, sintiéndose torpe a causa de la gratitud.

Luego se giró y corrió escaleras arriba, hacia la luz.

Era una larga escalera y giraba varias veces en ángulo. Estaba jadeando para cuando alcanzó la parte alta y emergió a una plataforma de piedra. Lo que vio la dejó sin aliento.

Arriba, abajo, o alrededor de ella… cuántas, no habría podido decirlo… había un vasto vestíbulo de piedra con muchas escaleras, balcones, ventanas, y puertas a diferentes alturas y en ángulos raros unas respecto a otras, haciendo que no tuviera ni idea de qué era arriba o abajo, cerca o lejos, dentro o fuera, adelante o atrás. Los planos se revertían mientras los observabas, retirándose en esquinas para de repente proyectarse, escalones que subían y que se invertían por sí

mismos, suelos que se convertían en techos, y paredes que se convertían en precipicios. En esta habitación, parecía que la ley de la gravedad había sido revocada, y la perspectiva tenía siete dimensiones. Si hubiera habido agua habría parecido fluir hacia arriba. Se sintió enferma y mareada, y tuvo que aferrarse a un pilar para permanecer erguida.

—Es imposible —susurró para sí misma. Durante todo el tiempo que llevaba mirando al vestíbulo, éste había seguido alterándose. ¿Todavía seguirá cambiando, se preguntó aturdida, cuando nadie lo mira?

Con la espalda contra la pared, avanzó por la plataforma. Si voy paso a paso, estaba pensando, llegaré allí. Si es que hay un allí.

Avanzó, esperando estar avanzando y no subiendo o pasando o atravesando, hasta que llegó al punto que, estaba bastante segura, era el lugar donde había empezado. Sí, ahí estaba la escalera, tras ella. Empezó a ir en el otro sentido, hasta que oyó una voz en alguna parte de abajo. Sabía de quién era la voz.

—Te he estado esperando —dijo ese alguien.

Tomando un profundo aliento, avanzó poquito a poco hacia el borde de la plataforma. Bajo ella, aparentemente sentado en una pared vertical, estaba Jareth.

—¿Dónde está Toby? —preguntó Sarah.

—A salvo. A mi cuidado.

—No está a tu cuidado.

—Oh, ¿y por qué no?

—He llegado hasta aquí. Estoy aquí.

Jareth rió ahogadamente.

—Pura suerte.

—Estoy aquí. Devuélveme a Toby.

—No has entendido nada —le dijo Jareth—. No has respondido a ninguno de los acertijos del Laberinto. Ni siquiera sabes cuales fueron las preguntas.

—Ése no fue nuestro trato.

Jareth echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Ahí tienes, justo como te decía. No has entendido nada.

—Te equivocas. He llegado a entender muy bien una cosa. Sólo finges esa confianza. Eso ya no me engaña. Estás asustado, Jareth.

—Y tú también.

—Sí.

Durante unos pocos segundos, se miraron a los ojos.

Entonces Jareth comenzó a moverse, en las siete perspectivas, y Sarah le observó mientras se movía. Parecía caminar a lo largo de techos y subir escaleras que bajaban. Danzaba sobre paredes altas. Y mientras se movía le gritaba.

—Eres muy cruel, Sarah. Somos tal para cual, tú y yo. Yo necesito tu crueldad, al igual que tú la mía.

Observándole, Sarah sintió que sus rodillas comenzaban a doblarse. Había caído en su trampa.

No tenía ni idea de si estaba mirando arriba o abajo, de si la plataforma en la que estaba de pie era sólida o no.

Todo cambiaba continuamente, como una fotografía en negativo ante un cambio de ángulo de la luz. Extendió los brazos buscando equilibrio, pero no fue buena idea. Se tambaleó, la cabeza le daba vueltas, y se sintió a sí misma perder el equilibrio. Aterrizó sobre un techo, e intentó ajustar sus sentidos. Temblorosamente, se puso de pie.

Entonces vio a Toby. Estaba gateando por un tramo de escaleras, todavía con su pijama a rayas.

—¡Toby! —le llamó.

El bebé no respondió.

—¡Toby! —gritó.

La única respuesta que consiguió fue la risa de Jareth.

De algún modo, tenía que alcanzar a Toby. Empezó a abrirse paso bajando un tramo de escaleras. Un movimiento bajo ella captó su atención. Se asomó bajo las escaleras y vio a Jareth caminando en paralelo a ella, aparentemente bocabajo, como un reflejo en el hielo. O quizás era ella la que estaba bocabajo. Corrió para escapar él, para llegar a Toby. Jareth la imitaba a cada paso que daba. Corría a lo largo de un balcón, y de repente él apareció en el extremo más alejado del mismo, en posición vertical. Sarah se dio la vuelta, corrió por donde había venido, y cayó. Aterrizó con un hiriente golpe sordo. Jareth la estaba observando, riendo.

—Lo alcanzaré —dijo Sarah a Jareth.

En vez de responder, Jareth sacó una bola de cristal y la lanzó hacia arriba por un tramo de escaleras. Los ojos de Sarah la siguieron, y la vio aterrizar cerca de Toby, que estaba escalando felizmente sobre manos y rodillas otras escaleras.

—¡Toby! —gritó Sarah alarmada.

El bebé estaba fascinado por la bola que rebotaba. Extendió la manita hacia ella, y cuando le pasó de largo, la siguió. Sarah le vio aproximarse al borde de un precipicio.

—¡No! —chilló—. ¡Oh, no! ¡Toby!

Toby pasó por el borde y gateó hacia abajo por una pared vertical, todavía persiguiendo a la bola, que rebotaba locamente desafiando todas las leyes de movimiento.

Sarah parpadeó. Era imposible. Jareth reía.

Comenzó a seguir una línea de escalones que iban en dirección a Toby. Cuando ya llegaba cerca de él, el bebé gateó tras la bola hasta otro plano, dejándola sin posibilidad de seguirlo. Lo persiguió de nuevo, y ocurrió lo mismo, y otra vez más. El niño se estaba moviendo en un curso con el cual ella no podía cruzarse. Y gateara a donde gateara, parecía estar en peligro de caer de un balcón, o rodar por un tramo de escaleras.

De repente, Jareth apareció tras ella. Le posó las manos sobre los hombros y la giró. Ella estaba demasiado débil para resistirse a él. Su cara, cuando le miró, mostraba diversión. Decía: *Ha sido un buen juego, Sarah, y ahora es el momento de dejar de jugar, porque nunca podrás ganar*.

Por el rabillo del ojo, Sarah vio un pequeño movimiento. Toby estaba gateando hacia el antepecho de una ventana. Se encogió de hombros, librándose de las manos de Jareth y miró

fijamente a su hermano. No podía haber duda óptica esta vez. Fuera de la ventana, los pájaros volaban a la luz del sol, y Toby estaba escalando hasta el borde. Entre ella y el bebé había un vasto trozo de vestíbulo. Él se balanceaba en el antepecho intentando ponerse de pie. No podía correr hasta él, incluso suponiendo que fuera capaz de encontrar un camino a través de los engañosos planos. Era posible, no podía estar segura, que estuviera por debajo de ella, y entonces podría alcanzarle saltando; un salto tan grande que se rompería cada hueso del cuerpo.

Jareth estaba sonriendo triunfalmente hacia ella. Así terminaba su búsqueda. Si él no podía tener el bebé, tampoco lo tendría ella.

Observó a Toby tambalearse en su precaria percha, y un gritito escapó de sus labios.

Cerró los ojos y saltó.

Cuando abrió los ojos, no estaba segura de donde estaba. Podría haber sido otra parte del vestíbulo. Creyó reconocer el lugar, pero no del todo.

Algo había cambiado. Cerca de ella había una ventana, sin cristal, y a través de ésta podía ver la mitad superior de un ala del castillo. Estaba en ruinas, el revestimiento de piedra había desaparecido del todo, la hierba crecía en los huecos que habían quedado. Los techos de las torretas se habían derrumbado, y los matorrales estaban alcanzando la garganta de la torre. Dentro del castillo, donde estaba ella, se oía el zumbido en el aire que había llegado a asociar con Jareth, pero había un timbre hueco en él, algo desamparado, como música en una casa abandonada. En la grieta entre las dos losas de piedra donde yacía vio que los rastrojos habían empezado a abrirse paso. Se puso en pie y miró alrededor. No había rastro de Toby.

Jareth salió de un oscuro arco abovedado, llevando una capa raída y descolorida. Su cara parecía más vieja, ajada. En su melena rubia había rastros de gris.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? No detectó ningún cambio en sí misma.

Jareth esperaba por ella con los brazos cruzados. Avanzó hacia él.

—Dame al niño —dijo.

Él hizo una pausa antes de responder.

—Sarah… cuidado. He sido generoso hasta ahora, pero puedo ser cruel.

—¡Generoso! —Avanzó otro paso—. ¿Qué has hecho que sea generoso?

—Todo. He hecho todo lo que tú querías. —Dio un paso hacia atrás, a las sombras del arco—. Pediste que me llevaran al niño. Me lo llevé. Te acobardaste ante mí. Yo estuve aterrador.

Dando otro paso lejos de ella, gesticuló en el aire.

—He reordenado el tiempo —le dijo. El reloj de trece horas había aparecido, flotando sobre su cabeza. Sus manecillas estaban girando—. He vuelto el mundo del revés.

Sarah continuó avanzando hacia él, con los brazos extendidos. Él se retiró más profundamente entre las sombras.

—Y lo he hecho todo por ti —dijo con una sacudida de la cabeza—. Estoy exhausto por cumplir con tus expectativas. ¿No es eso generoso? ¡Quédate ahí! —Alzó las manos como para contenerla y se alejó otro paso de ella. Con voz más alta, repitió—: ¡Quédate ahí!

Los labios de Sarah se separaron.

—A través de innombrables peligros e incontables dificultades, me he abierto paso hasta el castillo más allá de la Ciudad de los Goblins…

—¡Escuchad! —dijo un goblin, uno de un nido de una esquina oscura del castillo.

Jareth estaba retirándose paso a paso, subiendo por una escalera que había tras el arco.

Sarah continuó avanzando, entrando en el arco.

—… para recuperar al niño que me has robado —repitió—. Porque mi voluntad es tan fuerte como la tuya…

—¡Basta! —Jareth alzó la palma de la mano ante ella—. ¡Espera! Sarah, mira… mira lo que puedo ofrecerte. —Alzó el brazo izquierdo e hizo un gesto con la mano. Una brillante bola de cristal había aparecido en ella. La giró entre sus dedos, sonriendo pálidamente, y dijo—: Te mostrará tus sueños. ¿Recuerdas?

Sarah dio otro paso.

—… y mi reino igual de grande…

—Va a decirlo —siseó un goblin.

—Va a decir las palabras —balbuceó otro, agitadamente.

Las escaleras detrás de Jareth descendían ahora, y él retrocedía lentamente por ellas mientras Sarah se erguía sobre él.

—Pido tan poco —dijo él, girando el cristal—. Sólo cree en mí, y podrás tener todo lo que deseas… todo lo que alguna vez hayas soñado… tus sueños, Sarah…

Sarah estaba frunciendo el ceño, y había detenido su avance.

—… y mi reino igual de grande… —dijo—. ¡Demonios!

Un goblin sacudió la cabeza contundentemente.

—No es así. Para nada.

—¡Sshh! —dijo otro.

Sarah apretó los puños hasta que se le quedaron blancos. Estaba pensando frenéticamente. ¿Cuáles eran las palabras correctas?

Jareth dio un paso hacia ella. Necesitaba que ella creyera en él.

—Sólo témeme y ámame —le dijo con voz gentil—, y haz lo que yo digo y yo… yo seré tu esclavo. —Extendió la mano hacia ella, y dio otro paso escaleras arriba.

—Nah. —Un goblin sacudió su horrenda cabeza—. No se parece a eso, ¿verdad?

Los dedos de Jareth estaban cerca de la cara de Sarah.

Ella, de pie donde estaba, tragó saliva.

—Mi reino igual de grande… —masculló—… mi reino igual de grande. —Vio el cristal girando entre los dedos de él, y sintió sobre sus labios la calidez de la mano extendida. Jadeó, y, desde algún rincón inspirado de su mente, llegaron las palabras, barbotadas—. No tienes poder sobre mí.

—¡No! —gritó Jareth.

—¡No! —exclamaron los goblins, atónitos.

Un reloj comenzó a sonar.

Jareth lanzó la bola de cristal al aire, donde quedó suspendida, una burbuja. Sarah la miró, y vio la cara de Jareth, distorsionada sobre la cambiante e iridiscente superficie. Gentilmente, la burbuja vagó hacia ella. Ella extendió los dedos fascinada y, cuando la tocó con la yema de los dedos, estalló. Una neblina de átomos de agua flotó en el aire hacia Jareth.

Pero Sarah vio que Jareth había desaparecido. Oyó su voz, por última vez, gimiendo.

—Sarah… Sarah…

Su capa vacía estaba posándose en el suelo. Un rayo de luz captó una pequeña nube de motas de polvo que se alzaban de ella.

El reloj continuaba sonando.

Con un último y lento revoloteo, la capa se quedó inmóvil. Bajo ella, cuando el reloj sonó por doceava vez, un búho blanco salió volando y se cernió sobre Sarah.

Rodaban lágrimas por las mejillas de la muchacha.

Capítulo Diecinueve

Buenas Noches

Sarah cerró los ojos para contener las lágrimas y se limpió las mejillas con las palmas de las manos.

—Debo poner fin a esta costumbre de llorar —dijo en voz alta, como una distracción a su tristeza—. También debo dejar de jadear, tragar saliva, temblar, gritar, y sobreactuar en general cuando… —Entonces recordó otra vez que no había encontrado a Toby y abrió los ojos alarmada.

El búho blanco todavía estaba volando sobre ella, pero en otros aspectos la escena había cambiado. Estaba de pie en las escaleras de su casa y fuera estaba oscuro.

Levantó la mirada para observar al búho. La rodeó por última vez, encontró una ventana abierta, y voló hacia la noche. Entonces Sarah subió corriendo las escaleras de dos en dos, gritando:

—¡Toby! ¡Toby!

Estaba en su cuna, ligeramente dormido. No pudo menos que cogerlo y abrazarlo. Él abrió los ojos soñoliento, pensando en llorar, pero decidió que estaba en una situación bastante buena sin llegar a eso, así que en cambio sonrió. Sarah recogió a Launcelot del suelo y le puso al niño el peluche entre los brazos, diciendo:

—Aquí está, Toby. Es tuyo. —Luego lo metió en la cuna de nuevo. Se quedó directamente dormido.

Ella se quedó allí con él durante un largo rato, viéndole respirar pacíficamente, con Launcelot entre los brazos.

De vuelta a su propia habitación, la luna llena brillaba fuera de su ventana. Dejó las cortinas abiertas, para verla. Si se iba a la cama rápidamente, la luna estaría todavía brillando cuando apagara la luz. El despertador junto a su cama reflejó que era pasada la medianoche. Sus padres estarían de vuelta del espectáculo en cualquier momento.

Se sentó ante el tocador y cogió un cepillo pero su atención se dirigió a las fotografías que tenía por todo el espejo, su madre y Jeremy, sonriéndose mutuamente como jóvenes amantes, los pósteres firmados, las historias de cotilleos sobre *affairs* románticos. Deliberadamente, empezó a quitar una fotografía detrás de otra del espejo. Echó un vistazo a cada una antes de guardarlas en un cajón.

Una fotografía se quedó en el tocador; de su padre, su madre y ella con diez años. Sarah enderezó la imagen. Luego fue a coger la caja de música y ponerla en el cajón junto con las demás fotografías y recortes, la empujó a la parte de atrás.

Escaleras abajo, oyó la puerta principal abrirse y cerrarse. Su madrastra la llamó:

—¿Sarah?

No respondió inmediatamente. Estaba sujetando su copia de *Dentro del Laberinto*.

—¿Sarah?

—Espera —susurró Sarah—. Estoy cerrando un capítulo de mi vida. Sólo espera. —Hizo un alto, y añadió, todavía en un susurro—. Por favor. —Puso el libro en el cajón con el resto, y se

quedó de pie con la mano encima.

—¡Sarah!

Sarah dejó pasar un momento, luego respondió.

—Sí. Sí, estoy aquí. —Miró el cajón y suspiró—. Bienvenida de nuevo —dijo.

—¿Qué? —Su madrastra, que estaba quitándose el abrigo al pie de las escaleras, se detuvo, desconcertada—. ¿Qué has dicho? —le dijo.

Sarah abrió la boca, y la volvió a cerrar. Una vez es suficiente, pensó. Una vez estaba bien. Más sería presuntuoso. Casi me pasé ahí, se sonrió a sí misma, y cerró el cajón.

Se enderezó, y en la oscuridad de la ventana vio su reflejo contra la luz de la luna. Detrás de su reflejo estaba Ludo.

—Ludo… adiós… Sarah —dijo.

Ella se giró con un grito de alegría. La habitación estaba vacía.

Comprobó la ventana otra vez. Sir Didymus estaba allí.

—Y recuerda, dulce damisela, si nos necesitaras alguna vez…

—Os llamaré —le dijo. Echó un vistazo por la habitación otra vez. Estaba vacía, por supuesto.

Sir Didymus corrió de vuelta al marco de la ventana.

—Se me olvidó decir también, que si alguna vez pensáis en el matrimonio…

—Entiendo —le dijo Sarah—. Adiós, valiente sir Didymus.

Se desvaneció. Sarah mantuvo los ojos en la ventana. No tuvo que esperar mucho. Hoggle apareció de detrás de la cama.

—Si, si alguna vez nos necesitaras… por cualquier motivo que fuese… —la miró fijamente por debajo de sus pobladas cejas, y empezó a desvanecerse.

—Hoggle —dijo Sarah—. Te necesito. Os necesito a todos.

—Algunas veces —observó el Hombre Sabio— necesitar es… dejar marchar.

—Oh, ¡guau! —dijo su sombrero—. Eso es sólo para principiantes.

Fuera de la oscura ventana, el búho blanco se había posado con sus garras enganchándose en una rama, una esfinge observando y esperando. Ahora voló lejos sobre el parque, con silenciosos aleteos de terciopelo, arriba hacia la luna llena.

Nadie lo vio, blanco a la luz de la luna, negro contra las estrellas.

FIN

